Habla Mario

José de Cora



novela edhasa

HABLA MARIO

JOSÉ DE CORA



En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Calderón Studio

Primera edición: septiembre de 2019
Primera edición en e-book: diciembre de 2019

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-4749-4

Producido en España

A María José

A Miguel Delibes,
en su centenario,
con el reconocimiento por su magistral novela

HABLA MARIO

DOS CASOS DIGNOS DE ESTUDIO

Mario Díez Collado descansa en el Señor a los cuarenta y nueve años de edad desde el jueves 24 de marzo de 1966, según reza la esquela que de él publica *El Correo* al día siguiente, único certificado oficial de su defunción. En el mundo deja una esposa, María del Carmen Sotillo, y cinco hijos, así como una sola hermana de los cuatro que fueron. Su mujer, de acuerdo también con lo que figura en dicha esquela, está desconsolada, que es fórmula habitual para describir el estado de ánimo en el que se hallan los casados cuando su pareja cesa en sus constantes vitales y los abandona a su suerte con un mayor o menor peculio que pudieron reunir entre ambos, o por uno de los dos, o por ninguno, llegado el caso, tanto por haber sido heredado en su parte magra, como porque no existe ni en el forro de las gabardinas.

Durante ese tránsito del 24 al 25 de marzo, una noche de niebla meona, María del Carmen Sotillo, lejos de caer agotada por el cansancio de una jornada tan singular para ella, permanece en la capilla ardiente de su esposo instalada en el propio domicilio familiar e inicia ante él un monólogo que se va a extender durante cinco largas horas sin que decaiga el ánimo ni la insistencia que la mujer muestra en su exposición de motivos desde el primer momento, intercalada con leves ataques de llanto.

Por extraño que parezca y pese a que en esa habitación sólo está presente la citada mujer y el cadáver de Mario Díez Collado, una tercera persona, excelente escritor de oficio y gran profesional periodista, que dice ser y llamarse Miguel Delibes Setién, logra hacerse con el contenido íntegro de las palabras que la reciente viuda dirige a su esposo fallecido. Delibes las transcribe para ser publicadas en libro bajo el título de *Cinco horas con Mario*, que enseguida obtiene el favor del público, no sólo en ese formato de novela, sino en la versión teatral que el propio autor *et al.* realizan sobre el texto original y que se estrena en el madrileño Teatro Marquina el mes de noviembre de 1979, interpretada por Lola Herrera y dirigida por Josefina Molina.

Esta extraordinaria actriz mantiene la obra con similar éxito hasta que estas líneas se escriben, bien entrado ya el año 2019, superados

los cien del nacimiento del señor Díez Collado, en los cuarenta de esa versión teatral y a punto de iniciarse los fastos conmemorativos de otro centenario más sobresaliente aún, el del escritor.

Se han expuesto teorías sucesivas acerca de la manera en la que el citado señor Delibes llega al conocimiento de lo ocurrido en la habitación de los Díez Sotillo, ubicada en el número 16 de la calle Alfareros. En un primer momento se cree que éste entra en contacto con la viuda, doña María del Carmen, y que ella se lo repite de pe a pa; aunque en fechas posteriores esta posibilidad se desvanece, tanto porque el autor la niega, como por la exactitud con la que se reproduce el monólogo de la mujer, con giros de expresión oral y entonaciones precisas que son propias de esta forma de comunicación en la que una persona habla y quien la escucha está muerta, o sea, soliloquios en ausencia de parte.

Hay también quien arriesga a decir que Delibes se lo ha inventado todo, para añadir a continuación que en realidad aquella noche doña María del Carmen Sotillo se va a la cama tal como indica la esquela de referencia, desconsolada, ya que no se encuentra en condiciones de lanzar ninguna perorata a su marido, y mucho menos durante cinco horas.

Esta segunda versión de los hechos también se derrumba pronto por su propio peso, pues resulta harto improbable descubrir los secretos del alma femenina y exponerlos con el detalle y la minuciosidad utilizados en ambos relatos, el narrativo y el dramático.

Hay, eso sí, un último intento por llegar a la verdad de los hechos del que nos sentimos más cerca, ya que lo consideramos con todas las opciones para el ser el cierto. El monólogo de referencia existió. De eso no cabe la menor duda. Don Miguel Delibes no está presente, ni conoce en los años sucesivos a la mujer. Esos dos extremos también se logran establecer.

Por lo tanto, debemos echar mano del principio *Verbum humanum in aeternum manet*, según el cual el sonido ni se apaga ni se destruye, sino que vaga para siempre a niveles muchas veces imperceptibles para la gran mayoría de los seres, de la misma forma que lo que hablan las ballenas, entre las ballenas se queda.

Cómo y por qué el señor Delibes da con el resorte que le permite acceder a ese archivo con las palabras de Carmen se explica a través de los oficios que el hombre desenvuelve, los de escritor y periodista, proclives a buscar, escudriñar, destapar, fisgonear y a otras actividades similares que son practicadas en legajos, documentos o paquetes informáticos y que el resto de personas no manosean, quizás por tratarse de cirujanos, tasadores de fincas rústicas o asesinos en serie, por citar tan sólo tres de los múltiples afanes a los que dedica su tiempo el género humano.

He aquí por tanto la secuencia de los hechos: Mario se muere en la fecha señalada; Carmen consume cinco horas de su vida para hablar con reproches a su marido fallecido; esas palabras se encapsulan y, gracias al fundamento *Verbum humanum in aeternum manet*, don Miguel Delibes tiene un posterior acceso a ellas un sábado que dedica a abrir cajones y las encuentra.

Como decimos, el tono general de tal monólogo es de censura hacia el marido, expresada a veces con tanta crudeza que quienes tienen sucesivo conocimiento de la historia caen en las dicotomías de considerar mala a Carmen y bueno a Mario; buena a Carmen y malo a Mario, o malos ambos. En ningún caso, que se sepa por parte de quien suscribe, se ha juzgado a la pareja como adecuados y correctos, sin duda por deducir que en aquel desastre de relación matrimonial es obligado cojear de una pata, o de las dos.

Desde los momentos iniciales, cuando Miguel Delibes da a conocer la historia, distintas ramas del saber se afanan en detectar una posible reacción de Mario ante las lacerantes palabras de su mujer. Se instalan antenas, se contacta con espiritistas, se profundiza en el funcionamiento de la tesis *Verbum manet…*, e incluso se organizan expediciones en busca de los chamanes más versados en comunicación mediúmnica para indagar sobre esa posible respuesta que levanta tantas expectativas.

Hasta este momento, toda la vigilancia no arroja más resultado que un silencio espeso, persistente y grisáceo.

Pero hete aquí que en fechas recientes se ha logrado detectar el bosón de Higgs con notable facilidad, lo que abre las puertas a un mundo nuevo de percepciones, algunas de ellas relacionadas con el *Verbum manet*. Gracias a un compañero de estudios que ocupaba un puesto laboral en el CERN, dentro del Departamento de Personal para la preparación de las nóminas de los físicos teóricos, hemos tenido la oportunidad de hojear de puntillas algunos de los más altos secretos de la comunidad científica internacional.

Ahora pierdo a un amigo -porque lo pillan e ingresa en la cárcel de Ginebra-, pero gano un fajo de papeles reservados cuya lectura les ofrezco a continuación a un precio irrisorio, si lo comparamos con las tarifas de mercado que hoy se estilan entre ladrones de secretos, cuya identidad no es necesario desvelar, pues están en la mente de todos. No obstante, hacemos mención a las amenazas de muerte dirigidas contra Julian Assange para que vean lo peligroso que resulta moverse en ese mundo.

Ocurre que en una fecha indeterminada, entre los años 1966 y 2018, Mario solicita y obtiene un permiso especial de la autoridad donde mora desde su deceso. Se le permite materializarse sobre la Tierra con el fin de rebatir, rechazar o matizar aquellas acusaciones

que su viuda le dirige. Todo parece indicar que la envergadura de las mismas es de tal calibre que ninguno de los administradores de los espíritus desencarnados como él halla razones de peso para negarse a la devolución de la visita. El reencuentro entre los dos miembros del matrimonio se realiza sin que Carmen altere su estado de vigilia y bajo estrictas condiciones de sinceridad, es decir, sin que Mario pueda mentir ni en una sola ocasión, pues bastaría ese incumplimiento para romper las condiciones del permiso y verse impelido a regresar de inmediato sin haber completado su objetivo.

De la identificación de ese lugar sólo constan dos pistas contenidas en las palabras del propio Mario. Una, cuando utiliza el neologismo «descielado» en contraposición a «desterrado», y otra, cuando en el mismo párrafo se define a sí mismo como «celícola» (DRAE.- 1. *m.* Habitante del cielo). Parece patente que el protagonista de este doble y extraño fenómeno de comunicación nos quiere informar de que su habitual lugar de residencia desde 1966 es el Cielo, sin que esto suponga prejuzgar qué tipo de materia o de espíritu lo forma, ni si se debe escribir en minúscula o mayúscula, tal como nosotros lo hacemos para ceñirnos al concepto del lugar donde mora Dios, según diversas religiones.

Lo que sí parece caer por tierra -nunca mejor dicho- es la creencia que el indicado Mario mantiene en vida sobre la inexistencia del Cielo, pues sea lo que sea aquello que se quiere definir con esa palabra existe y alberga a Mario.

Es posible que durante la lectura de algunos párrafos, o bien en su conjunto, alguien aprecie cierto paralelismo entre la relación de la pareja y la historia de España. Cada uno es libre de interpretar lo que le parezca, pero de todos modos, sepa que los rasgos dignos de ser comparados se entremezclan en los monólogos de Carmen y de Mario, y en caso de realizarse su disección es preciso utilizar el más afilado de los bisturís para no cometer errores de bulto.

Si a los lectores les extraña que el autor haya podido hacerse con este segundo texto, sepan que a mí también. Tanto o más que el señor Delibes consiguiese las palabras de Carmen sin haber hablado jamás con ella. No obstante, a continuación transcribimos esta segunda pieza llegada a nuestro poder, respetada en su integridad y sin otros añadidos literarios que una división por capítulos titulados. Considerado el primer discurso como un soliloquio en ausencia de parte, diremos que ahora se trata de un soliloquio para durmiente, de cuyo contenido sólo tendrá conciencia una vez que salga de su vigilia.

Si alguno de ustedes ha vivido una experiencia similar relacionada con el *Verbum humanum in aeternum manet*, le agradecería poder compartirla, tal como yo hago con la mía, remitiéndomela a la dirección consignada *ut infra*. Muchas gracias anticipadas. Les dejo

con las palabras de Mario.

O Rego de Aruxe, Santa María de Lieiro,
Cervo, provincia de Lugo
16 de agosto de 2019,
festividad católica de san Roque,
patrón del municipio.

SOLILOQUIOS

I

DONDE ACABA EL NOVIO, EMPIEZA EL MARIDO

Sorpresa, María del Carmen. Sí, soy yo. Tu Mario. Tuyo por decir algo, chica; que vaya manera tuviste de despedirme. ¡Menudo carrete! Aún conservo calientes las puntas de los dedos centrales de pies y manos como cuando empiezo a escuchar tus jeremiadas, como si fueses la última esclava de un serrallo, la más rastrera y maltratada. ¿Qué digo? ¡Pareces una auténtica prisionera torturada por la bruja Leopoldina!, que así te llamaría con certeza don Miguel, el escritor que se hace eco de tus lamentos durante aquella noche en vela. ¡Carmen, piénsalo: fuiste muy injusta! No me da un síncope al oírte porque vengo de que me dé otro, el definitivo, y esos latigazos, cuando son de verdad, no repiten. Además, mírame, estoy amortajado y asotanado como para salir ofrecido en Semana Santa tras el paso del Cristo de la Buena Muerte, por si tuviese a bien para conmigo el milagro de la resurrección; que no, pues jamás hice méritos para tal privilegio. De antiguo sé que tus riñones están bien cubiertos y que podrías superar sin esfuerzos mi precipitada fuga de este mundo, pero, llegado ese trance más pronto que tarde, te superas a ti misma en todas las escalas en que se mida tu cuajo y haces buenas mis prisas de dejarte a un lado. Al muerto, tierra encima. Dirás que no te acuerdas, que ha pasado una eternidad y que son pelillos a la mar, pero no te equivoques. Si he estado callado hasta ahora es porque en el lugar donde nos mandan a los muertos llevamos unas cuentas muy raras. Bueno, raras, tampoco. Distintas. Como dirías tú, es un paraíso muy particular porque tiene muchos pros en contra. Eres genial, lo reconozco. Los vivos os regís por las horas, los días, los años y todas esas zarandajas temporales, pero donde yo me encuentro no existe nada semejante. Para mí es como si ahora mismo acabase de escuchar tu perorata y, sin embargo, me imagino que tú ya transitas en otra onda. A lo mejor te quitaste el alivio, e incluso tonteas con algún vecino paniaguado, viudo también, o soltero vocacional, que se quiere calentar los pies contra tus muslos macilentos, pero a la vez tibios y acogedores. Recuerdo oírte que el luto y el alivio -mi luto y mi alivio-

te traen de cráneo porque acabas de comprar una falda plisada de color verde musgo; así, con un estampado pata de gallo en zigzag, al que tú llamas típico de Dior pero que para mí que es típico de Chanel, pero allá películas, que yo no me la juego a modistos. Tapado con el sudario y con toda la mortaja adyacente, oigo cómo tiemblas de miedo por si no te la puedes poner antes de que pase de moda, o antes de que finalice la temporada, o antes de que la pique la polilla. Perdóname, Carmela, pero hace falta ser del género idiota para pensar una estupidez así cuando tienes a tu marido de cuerpo presente. ¡Ni faldas plisadas, ni nidos de abeja, ni rabos de gaita! ¡Coño, que estoy muerto! Aunque no sientas por mí ni lo que es propio entre parientes cercanos, ¡esa pena chiquitita por haber compartido tantas cenas de Navidad! ¡Aunque no me hayas querido en la vida o no aspires a ser el rigor de las desdichas en tu luto fingido! Una cosa es el desgarro, desesperarte y tal; y otra muy distinta es no usar la mente para lo que está hecha, Carmen, que tú la mente la has tenido siempre de floripondio, o en la fresquera, al lado de la mantequilla. Por dentro, de adorno, y por fuera, lo que es la molondra, para que no se te caigan los sombreros, para ponerte un velo en la iglesia y para ir a la peluquería, a ser posible una vez a la semana como mínimo. Que yo creo que precisamente lo de la peluquería tiene un buen porcentaje de la culpa, porque cuando os meten la cabeza en esos secadores apirulados con forma de bellota os cuecen las meninges y perdéis de mil a tres mil neuronas en cada hornada. ¿Sabes lo que son las neuronas? ¿No? Pues abre el diccionario, que para eso hay uno en casa muerto de risa. Él, muerto de risa, y yo, muerto de pena. Y no me niegues que estuviste cardo borriquero a más no poder porque tengo constancia del chaparrón que me endilgaste a piñón fijo y, muy señora mía, es como para enmarcar. ¡Válganme los epítetos! ¡Qué descanso esa mañana cuando me vi muertecito a tu lado! Llámalo esta mañana o cuando te parezca, pues ya te digo que yo en eso de los tiempos voy a estar un poco fuera de lugar con el hoy, el ayer y el porvenir. Confío en que te quede una pizca de intelecto y te enteres de mis especiales circunstancias. Lo que te cuento. Al principio, sí, te ves muerto y te da como repelús o, incluso, por qué no admitirlo, un poco de nostalgia. Comprendes al instante que se acabó todo lo que te gusta. El periódico, leer, el beso de los niños, las novelas, el cochifrito, las tertulias metidas en harina, la langosta… Pero, por otro lado, ¡oh, qué delicia!, descubres que nunca más serás víctima de depresiones, ni de astenias, ni de angustias vitales. No te preocuparás por una pila de tonterías que tienes ahí delante y que sólo lo son porque nos falta -os falta- parar y pensarlas. Tampoco es que sea buscarle los tres pies al gato, ni que se necesiten treinta años para resolverlas. Son dilemas muy elementales, pero siguen ahí, jodiendo la marrana. Por encima de

todas las dudas y los conflictos, querida Carmen, una vez que te ves allí, metido en el pijama de pino, sabes que nunca más vas a tener que oír uno de esos razonamientos de mulero chuleta que se te ocurren a cada credo, especialmente cuando deberías achantar la boca y atender al que sabe; o al menos no cacarear de gestas impropias de tus fuerzas, como cuando le replicas a Moyano que tú sí puedes opinar sobre López Rodó porque te has leído el Plan de Estabilización de 1959. ¡El Plan de Estabilización, Carmen! Que tú no lo leíste ni por el forro, como no lo leyó el noventa y nueve coma nueve por ciento de los españoles porque es un fárrago de números difíciles de interpretar hasta para quien esté muy al tanto de la política económica española. Y tú, no, Carmen; tú ni al tanto ni a la tanta. Pero, claro, como tienes delante a Aróstegui y sabes que él te ha llamado chorlito carambolo, quieres demostrarle que estás al cabo de la calle. Pero lo que tú haces es pasarte de lista, como casi siempre, y sumirte en el ridículo. Te acordarás de que yo mismo te ayudo diciendo después que sí, que una prima tuya del Opus que trabaja con uno de sus colaboradores nos ha mandado un resumen con las principales medidas y que te lo has leído para darle gusto a la mujer, que ni eso, ¿o me equivoco? Ni te lo vuelvo a mencionar de la vergüenza que paso delante de los dos. Y es que días después, cuando estamos en Casa Zarrías, Moyano espeta a todos: Ya sabréis que la mujer de Mario lee a López Rodó. Y yo, mirando para los cristales, como quien no ha oído. Y es que así no hay manera de que nos tomen en serio, ni a ti ni a mí, porque contagias. Carmen, calamidad, contagias como las venéreas y, si tú abres la boca, a continuación no hay forma ni manera de mantener algo consistente, porque todos coinciden, mira a éste lo que se le ocurre. Mucha cátedra pero en casa cría a una acémila de rabo y orejas. Y así toda la vida, un año tras otro metiendo la pata; o sin meterla, que a veces es peor, porque se trasluce, o ellos lo perciben, que lo tuyo es natural. Fresco y natural como una lechuga. Y, por supuesto, en estas condiciones, a ver cómo te explico en virtud de qué leyes físicas o patafísicas te puedo hablar con desparpajo siendo yo un hombre muerto, un difunto, una ruina; o gracias a qué fenómenos de magia china vas a acordarte de todo lo que diga de esta vuelta. Mejor será que ni siquiera entremos en detalles. Cuando despiertes, recordarás este sermón y te sobrevendrá un ligero dolor de cabeza. Tómate un analgésico de los que ahora receten para cefaleas y listo, a digerirlos, el analgésico y el sermón, que tiempo te hará falta. No deseo verte atacada de un paralís, ni que te quedes pánfila del todo, porque lo que tienes te llega justo. Y, por otra parte, me vas a perdonar, pero nos prohíben mentir. Tales argucias de vía estrecha no van con lo nuestro.

II

POR LA LÁGRIMA SE SABE EL MUERTO

Que sí, Carmen, que sí. Que aquí tendremos nuestros defectos, como eso de que no damos golpe según vuestro criterio, pero si algo está desterrado -o descielado, para ser más exactos cuando hablamos de celícolas- es la mentira. Por eso no es fácil que nos den carta blanca para materializarnos o para comunicarnos con vosotros, porque como no podemos contar ninguna trola, soltamos cada verdad que mete espanto y rara vez se nos queda algo en el tintero. Pero fíjate cómo será el oprobio que me infringes que, cuando les expongo lo de venir al mundo material a verte y contrarrestar un poco lo que me sueltas ayer por la noche -ayer… o cuando haya sido-, no me ponen ningún problema. Más bien todo lo contrario. Sí, sí, vaya usted, don Mario, que lo suyo tiene bemoles. Y aquí me tienes. Está siendo muy cacareado, porque ya te advierto que son muy pocos los que obtienen un pase de pernocta para visitar a sus familiares vivos. Los llaman así, como en la mili, porque sólo son válidos para utilizar mientras ellos duermen. Tiene gracia, ¿no? Pero a lo que íbamos: mira que fue nada más quedarte sola en el velatorio y, ¡zas!, al minuto le das a la húmeda como cuando se agita una gaseosa abierta y luego levantas el dedo. ¡Hala, allá va la riada sin tregua ni reposo! Es más, haces todo lo que está en tu mano para que no duerma nadie en el piso y así tener manga ancha para explayarte conmigo a plena satisfacción. Pues atiende, he de decirte una cosa. En ese momento, como si me dices misa, porque estoy todavía con el papeleo de llegada y haciéndome al espíritu, que así, sin carcasa en la que sustentarse a la buena de Dios, resulta pelín inestable hasta que le pillas el tranquillo. Nada grave. Es como cuando vuelves a montar en bici después de un tiempo. Cuestión de minutos. En tu manera de medir las horas, es mucho más tarde cuando logro prestarte oídos, gracias a que todo se nos repentiza, como si levantásemos la aguja de un *pick-up* y la pusiésemos donde nos da la gana y de esa forma volviéramos a escuchar la canción que nos gusta. Esto te encantaría, porque con ese aparato puedes oír cómo te ponen verde tus amigas cuando te plazca; y lo mejor de todo: ni te

incomodas, ni nada. Bien, pues pensarás tú, y si no te entra corajina, ¿a santo de qué vienes ahora a decirme estas inconveniencias desde el más allá? Pues porque te quiero, Carmen. En el fondo te he querido siempre porque eres la madre de mis hijos y porque hemos vivido juntos. ¡Vamos, que yo no he convivido maritalmente con otra persona…! Y lo admitas o no, el roce puede destruir el amor de la pasión, pero afianza el cariño y mantiene la convivencia en balsa de aceite. Vengo y te hablo así, no para hacerte sufrir, sino para ayudarte, para intentar que mejores, y ya que de vivo no he sido capaz de acercarte a mis pensamientos, a mis placeres, a mis pequeños o grandes sentimientos, quizá lo logre siendo apenas un susurro en tu oreja, una voz mortecina que clama en tu desierto. Aunque lo haga, ya te digo, yo no peno en absoluto por ello, así me maldigas, así caigas de rodillas y llores mi ausencia. Algo ventajoso teníamos que tener, porque no es cierto, como decíamos tantas veces, que los muertos nos quedemos muy solos o que nos deprimamos por estarlo. ¡Qué va! ¡Por favor! No son las delicias de Capua, pero pierde cuidado, que esto está de bote en bote y cada uno anda a su esquela, que es el equivalente a decir que nos miramos el ombligo. Y hablando de mirar, vaya si me sorprende tu preocupación al comprobar en el espejo que las puntas de los senos clarean en tu suéter negro. Sí, lo siento, pero yo ya estaba a otros menesteres y, la verdad, hubiera abierto más los ojos, en caso de haberlos tenido operativos, cuando te pones de un lado y del otro para comprobar si se te notan los pezones, si estás comedida, si ya eres un putón viudo o a saber qué otras inquietudes procedentes del luto llenan tu cabeza en medio de semejante preocupación. No sabes si usar un sostén negro o ponerte una rebeca… Porque, Carmen, vamos a ver, qué problema hay si las tetas te salen pinchonas hacia adelante, como miuras por la calle de la Estafeta, cuando tienes a tu marido tieso cuan largo es en una caja acolchada con pinta de féretro. Cuál es la terrible desgracia de tu espetera, si ésa es la última noche que le vas a ver el rostro sin que sea en papel fotográfico. Si piensas más en la punta clareada del suéter que en haberte quedado viuda sin previo aviso, Carmen querida, si se te ocurren todas esas pijotadas -y tú, no lo niegues, andas enfrascada en ellas-, es que has cambiado dos de los tornillos que vienen de serie por dos tallas de teta. Así no es extraño que se te disparen y el espejo te devuelva esa imagen que a ti te parece impúdica, impropia de la viudedad y proclive a pedir guerra desde la misma misa de alma en San Diego, que se celebrará, Dios mediante, al día siguiente. Como es fácilmente comprobable, yo nunca he tenido *poitrine*, Carmen; pero, de tenerla y ser dos mamas atroces como las tuyas, o me las espachurro con una faja para que no parezcan las Tetas de Liérganes en vertical o las dejo a su aire para que no haya macho que no baje la vista hasta donde clarea el suéter.

¡Pero pelearse con el negro porque blanquea la puntita el día que muere mi marido…! Ahí comprendo un refrán cuyo auténtico significado se me escapaba hasta entonces y que dice: «Dios te guarde de travesura de mula y de delantera de viuda». ¿Será por eso? Vale, de acuerdo. Todo se comprende. Son muchas las novedades que te llegan de repente ese día. No quieres irte a la cama porque vas a estar sola; no quieres salir porque vas a tener que hacerlo sola; no quieres pensar en las musarañas, porque estarás sola con tus musarañas… Pero vamos a ver, ¿por qué no probaste a llorar un poco más? No por mí, que yo voy a seguir igual de tieso hagas lo que hagas, ¡sino por ti! ¡Con lo que eso ayuda! Tampoco es que te pongas a gimotear como una plañidera a sueldo y no dejes dormir la mona a los vecinos, sollozo va y sollozo viene, pero una buena llorada con mocos e hipidos a mansalva te deja como nueva. Vamos, que ya no te quedan ganas de lamentarte en los siguientes quinquenios. Además, piénsalo, así evitas tanto espejo y tanto contemplarte en él, que es la mejor manera de entrar en dominios de la tontería, el miramiento y la afectación. En momentos como ésos, ¡abre el grifo y que cuelgue el moco!, que si queda dentro se enquista, se emponzoña y acaba haciendo tumoraciones. Da lo mismo que el refranero al que tantas patadas propinas os consuele diciendo que el llanto de viuda, pronto se enjuga. De acuerdo, pero hay que soltarlo de todas formas. Así están los que se creen muy hombres porque jamás lloran los kiries. Pues una de dos, o son unos borricos con una sensibilidad de suela de alpinista, o son los que te dan la sorpresa y se echan a lloriquear cuando en el plato les ponen delante un salmonete que los mira cariñoso. Ya te digo que, a mí, por aquello del *rigor mortis*, ni me va ni me viene, pero lo de andar tocándote la *poitrine* en el cuarto de baño en vez de moquear un poquito más delante de las visitas, o de la familia, o incluso de mí…, qué quieres que te diga, me parece incorrecto, sin más. No me sale humo por las orejas porque ya comienzo a estar en la fase denominada A mí, plin -o como tú dices, «A mí, Prim»-, pero si en ese momento me preguntan, no diría nada bonito de ti. En fin, que siempre fuimos diferentes a la hora de comportarnos y lo seguíamos siendo a la hora de despedirnos. Pasada esa noche, de camino hacia la iglesia, si es que vas a ir -que lo suyo es quedarse en casa como hacían antes las viudas responsables-, vale, pues sí, entonces le dedicas cinco minutos al espejo, te tapas, te destapas, te estiras la falda o eliges el velo más tupido, para que puedas llorar o no llorar a voluntad, que para algo eres la viuda y la máxima protagonista del espectáculo. ¡Pero aquella misma jornada fúnebre! ¡Salir por las peteneras de las mamas…! ¡Es que no tienes perdón del cielo y me estoy metiendo donde no me llaman, que bien lo sé! Dirás que es una chuminada, pero desde el año de la polca no

me fijo si clareas los suéteres o no, y cuando me cercioro de que yo estoy en reposo mortal y tú, ensimismada en aquello…, iba a decir que me quedo de una pieza, pero no atinaría, porque de una pieza llevo horas, e importar no es que me importe mucho, que la carne es débil, pero los espectros somos fuertes. Después de todo, aquello no es más que el anticipo de lo que va a venir detrás, hija mía; que tú otra cosa no serás, pero a creyente no te gana ni la directiva de la Venerable Orden Tercera, ni esas chupacirios que se ajustan un rosario atado alrededor de una camisa morada y se hinchan a rezar hasta que las echan porque cierran las iglesias. A lo mejor no es un rosario, sino un cordón de oro, ahora mismo no lo sé. Pues eso digo, entre moco y moco podrías haberme dedicado un rosario, un responso, un padrenuestro, algo; que ya sabes que a mí todo me vendría de perlas, porque no voy al extramundi sobrado de letanías ni de latines. Pero no; la señora está dispuesta a vivir una jornada mortuoria de un laico subido. Vamos, que ni la viuda de Largo Caballero. Te pasas toda la noche sin unas mínimas preces que elevar. Sólo preocupada por la *poitriney* otras chorradas que claman al cielo. Era verlo y no creerlo, cariño. Y en vez de juntar las manos, de sostener un rosario y de pasar las cuentas, que en definitiva es llevar la cabeza a otras salmodias muy sanas y reparadoras para una creyente, vas y me echas en cara que ahueco el ala sin despedirme y sin agradecerte los servicios prestados. ¿Pero tú qué te crees que es un infarto? A veces sí, que amaga y te da el trompetazo para que estés prevenido, para que te cuides y prescindas del café con gotas que te metes después de comer o te olvides de la picadura de tabaco, o reduzcas la caza, pero por desgracia no es mi caso. A mí me da el miserere sin saber siquiera que me está dando, que dices tú si me quedo con la boca abierta como buscando el aire, y no digo yo que no, pero todo en un amén, que me duele, que me quejo y que me voy, como Julio César, en un suspiro inconmensurable, pero no por enorme, sino por mínimo. *Veni, vidi, mori*, aunque la verdad es que ya estaba advertido por Gancedo. Y tú, al lado del agonizante, roncando o resoplando como una bendita, ajena a la tragedia, alejada de lo importante; vamos, como siempre, a tus cosas como un ceporro, a tus ronquidos, a tus gorgorotadas y a tus frivolidades. ¿Y no vas y me dices que me muero sin despedirme? Para adioses estoy yo en ese trance, y mucho menos, para agradecerte tus cuidados. Por cierto, ¿a qué cuidados te refieres? Porque si no se me ha encarroñado la memoria, tus cuidados para conmigo fueron los justos, ni un milímetro más allá de la línea. No digo que yo te haya tenido como una reina, porque ni puedo, ni defiendo la vida muelle, ni quiero que te creas la princesa del guisante sólo por vivir. En eso, como en todo, íbamos a pachas. Lo sabes y, si ahora te haces la mártir, sólo es de cara a la galería, para dártelas de explotada, con lo que

disfrutas tú siendo víctima. Que yo sepa nunca te ha faltado de nada. Sí, una cosa, el coche, protestas tú. Sí, claro, y un yate, y un palacete en Niza y un viñedo en Burdeos. En cambio, yo, a la vista está aquella noche, Carmenchu. Fíjate que hago mutis por el foro siendo un chaval de cuarenta y nueve tacos. Ni al medio siglo llego. ¿Sabes cuál es el promedio de esperanza de vida ese año en España, el de 1966? Pues nada menos que setenta y uno. Me he quedado a veintidós de cumplir las expectativas medias. E incluso quien tiene hoy setenta y un años no es ningún vejestorio. Una auténtica mierda. ¿Qué quiere decir eso? Pues nada positivo para ti. Llegar a los cuarenta y nueve es quedarse muy corto, tú lo sabes. A mí se me ha estropeado la máquina y tú sigues tan rufa que podrías afrontar otro matrimonio, o lo que quisieses, aunque seguramente no lo hagas por el qué dirán. En resumen, si a mí se me ha parado el reloj a los cuarenta y nueve y a ti te sigue funcionando a la perfección, a lo mejor es porque yo te cuidé mejor que tú a mí. Tiene perendengue que te fijes en eso. Marcharme sin decirte: «Adiós, Carmen; me muero. Muchas gracias por el servicio. Ha estado todo de rechupete». Tú estás como unas maracas. Piensas que eso de espicharla es como salir a comer perdices un domingo en las ventas de los alrededores y, tras los postres, despedirse de los dueños agradeciéndoles la pitanza. Mira, Carmen, si pudiese cabrearme, lo haría.

III

CELOS Y ENVIDIA QUITAN AL HOMBRE LA VIDA

No voy a andar con remilgos para no confundirte. Que lo sepas. Sólo hay dos formas de estar en esa vida que tú todavía conservas. O bien, o muy bien. El resto es tortura. Es una deducción de filosofía barata, si quieres llamarlo así, pero después de la experiencia que tuve yo no te escogería como compañera para intentar de nuevo ninguna de las dos, así que ya sabes con qué vida me he tenido que conformar. Dirás que es muy fácil hablar a toro pasado, y estoy de acuerdo, pero sólo cuando lo ves por completo sabes cuánto mide. De hecho, creo que soy yo el que me acerco a ti por primera vez, o eso es lo que siempre me hiciste creer. Más adelante te contaré lo que pienso sobre aquel momento decisivo en nuestras vidas, pero permíteme que antes te descubra un secreto que guardo en mis tuétanos desde hace la intemerata, y que te va a impactar. No creas que son los planos de entrada a las minas del rey Salomón, ni mucho menos, pero así, *inter nos*, tiene su gracia. Te acordarás cuando hace cosa de cuatro años -yo hablo en mi calendario, ya sabes- pillo un catarro de las vías altas y voy dando tumbos completamente escachifollado de las bisagras por los pasillos del instituto, como pidiendo cataplasmas, pero sin dejar de ir cada día porque así me parece lo correcto. Tú no me haces ni caso y durante dos o tres días, mañana y tarde, me empujas hacia la puerta sin darle importancia al trancazo que me consume. Venga y arrea, que yo ya lo pasé de pie y eso no es más que un poco de agua derramada. Más vale dejar a tu hijo con mocos que cortarle las narices, sentencias toda resuelta, sin calibrar yo la oportunidad de tamaño refrán ni su adecuación al caso. A mí, qué quieres que te diga, me extraña tu comportamiento, porque nunca has sido tan desconsiderada con los resfriados que haya podido padecer, ésa es la verdad. Tú eres más de esas esposas que a la mínima te sueltan: Vas muy desabrigado, ¿qué te molestará llevar una bufandita por si acaso? ¡Dios da frío según la ropa! Hoy es un día para ir con abrigo, y tú lo solucionas con una americana. Se me pone la carne de gallina de verte a la intemperie de cuerpo gentil. O también esa otra frase que es insignia y prez de toda

madre resabiada: Sí, sí, y después ven pidiéndome que te haga un ponche. Eres capaz de soltarlas todas seguidas y entonces, en vez de miedo, metes frío. Por eso lo de mandarme a la calle cuando no me encuentro muy católico para enfrentarme a mi catarro no entra en tu ideario higienista. El caso es que la semana siguiente me entero de que cuando me echas de casa con cajas destempladas has citado a la representante provincial de Tupperware, o como se llame ese invento norteamericano, con el fin de celebrar en casa un aquelarre comercial a todo trapo y sin testigos molestos. Estaréis tú, ella y un grupo de amigas que te has encargado de convocar en su nombre a cambio de un botecito de regalo para guardar ajos o grillos, que ya me contarás la ganancia. Habrá pastas, un té de hierbas, unas cocacolas y hasta montaditos de fuagrás, de ésos que pones para matar las hambres caninas nada más llegar a la mesa, pero que has tenido que comprar porque los pedí el domingo y me dijiste que no había. En fin, todo un contubernio femenino completamente a mis espaldas. Por eso me empujas al instituto, para que ni siquiera me entere de vuestra convención. Y yo venga a preguntarme qué sería aquello del tupperware que llevas con tanto misterio. Cuando descubro que son fiambreras de plástico de distintos tamaños, casi me da el soponcio cuatro años antes de cuando me lo da de verdad. ¡Unas tarteras! ¡Cómo está el patio! Te juegas la salud de tu marido por unas tarteras. Me cuesta admitirlo, pero una vez investigado por activa o por pasiva no me queda más remedio que reconocer que todo se reduce a eso, a una merendola comercial a beneficio de un fabricante norteamericano de tarrinas. ¡Aunque fuera sueco! ¡Menuda vulgaridad! De hecho, no llego ni a comentártelo porque me da vergüenza ajena. Sí, chica, vergüenza ajena por una actitud pueril e impresentable que un marido, así, normalito como yo, no se merece; vamos, eso creo. También puedes decir lo de siempre, que en vida fui de natural callado y toda la saliva que ahorro en protestas la gastas tú para reírte en mis barbas. Pensaste que te habías salido con la tuya, pero una de tus amigas de la pandilla conjurada en la compra de tarteras se va de la sin hueso, toda inocente, y se lo cuenta a Encarna. Y ella a mí, por supuesto. Pero no imagines que lo hace por maldad. ¿Qué maldad puede haber en unas fiambreras semitransparentes? No, nada de eso. Un día, a la semana siguiente, o incluso algo después, me pregunta, casi como de pasada, ¿ya habéis estrenado los *tupperwares*? Y yo, ¿qué es eso? Sí, hombre, los recipientes que se vendían en la reunión del otro día en tu casa. ¿Qué día? El martes. ¡Jobar! Mira tú por dónde la mosquita muerta cae con todo el equipo. Que por mí, faltaría más, si hay que comprar chirimbolos de ésos, pues se compran y listo; pero si para conseguirlo tienes que echarme del piso con más de cuarenta de fiebre y meterme con mucho disimulo dos pañuelos en cada bolsillo,

de modo que no tenga necesidad de volver a casa a por uno nuevo, Carmencita, media la distancia que hay entre la fidelidad y la traición. ¡La traición del *tupperware*! Y aquello fue una traición en toda la regla. Ya sé lo que estás pensando, que no te lo digo porque a continuación me preguntarías por la persona que me lo sopla y tendría que hablar de Encarna, vamos, ¡mentar la soga en casa del ahorcado! Claro, ¡Encarna! Esa corretona que bebe los vientos por ti desde que enviuda, o desde más lejos. Encarna, con la que ya te has acostado y con la que me la estás pegando todos los martes y los jueves… porque son los días feriados. Habría que oírte. Después dirán que somos los hombres los que entendemos por la bragueta. Pues no es así. Aunque en esa época no sólo es quien con toda su inocencia me cuenta la verdad de lo que ocurre en mi casa, sino que es la única que en realidad se preocupa por mi salud…, ¡ea! ¡Y lo diré todo, que yo no puedo mentir! Y te cuento. Esa misma tarde de las fiambreras transparentes a mis espaldas, Encarna se pasa por el instituto con un tanque de café calentito y una cafiaspirina que me tomo con ella en la sala de profesores y que me sienta como mano de santo. Cuando te veo cruzar San Ginés con esa carucha y sin bici, me dije, a Mario le ha dado un arrechucho. Fíjate qué paradoja, Carmen. Tú con tus amigotas comprando y vendiendo esos tupperwares, que son fríos y neutros como un quirófano sin inaugurar, y yo, con un tanque de latón, de los de siempre, algo abollado, curándome la fiebre a base de acetilsalicílico en compañía de mi cuñada. Es digno de meditar, piénsalo. Aunque para eso hay que tener algo más que serrín en el cacumen y no ver fantasmas donde no los hay. Si tú deduces que Encarna y yo nos hemos liado porque un día me pillas pendiente de su cimbreo cuando la vamos a ver a un ensayo de Educación y Descanso, hija mía, es que no entiendes nada, ni lo entenderás. Si los hombres tuviésemos que mantener relaciones con todas las mujeres que nos hacen tilín al cabo del día, nos moríamos derrengados en una semana, porque en ese corto espacio de tiempo nos fijamos en varias docenas de mujeres, a poco que salgas de casa, lo cual es lo más normal del mundo, salvo que vengas tú ahora a cambiar el ritmo de las olas. Que si una pierna, que si el arranque de un escote, un talle de avispa, unos labios carnosos… qué sé yo. Aquella vez en el Pabellón Moscardó, cuando ensaya la *Cabalgata de las Valkirias* con el grupo de danzas de Educación y Descanso para ir a la II Demostración Sindical del Bernabéu, es cierto que engancho la mirada en su cintura. No era consciente de su juventud, ni de la buena figura que conserva, como si por ser viuda tuviese que haber perdido belleza. ¡Caray para Encarna! ¡Menudas piernas! Pero, en fin, cualquier detalle de cualquier mujer en cualquier momento. O sea, un montón. ¿Por qué? Pues porque los hombres somos unos aleluyas. Más simples que el mecanismo de un

botijo. Así nos han hecho y así respondemos a esos estímulos una y otra vez. Y no es cuestión de que uno más y el otro menos. No. Es que todos. O quien dice todos, dice todos menos el abad de la cartuja de Miraflores. Todos levantamos las cortinillas así haya un guiño de mujer a doscientos metros a la redonda. ¿Te enteras, Contreras? Todos lo hacemos y yo creo que está muy bien dispuesto, porque, con la cantidad de maulas que pueblan el globo, a los zánganos tienen que ponernos delante poderosos incentivos a tutiplén para que nos decidamos a abandonar nuestro cómodo receptáculo de célibes y nos peguemos el julepe de inseminaros. Especialmente a algunas de vosotras, que salís a nuestro encuentro con ademanes de sargento prusiano, porque de otra forma sólo seríais madres si los niños se concediesen por sorteo, tras apuntarse a una lista de aspirantes a la maternidad, como se hace a la hora de adjudicar pisos de promoción pública. Siento incomodarte si lo hago, pero, ya sabes, me han prohibido mentir. En una palabra, que jamás había pensado en sustituir a mi hermano Elviro en su cama como manda el levirato y prohíbe Juan el Bautista, lo diga la Biblia o lo digan los siete infantes de Lara. Es más, estoy seguro de que esas sospechas tuyas están infladas de vanidad para darte lástima a ti misma antes que sentirla en aquellos momentos por mí. Reconócelo. Ese papel de mujer engañada por la cuñadita te va como anillo al dedo. Estarías deseando ser tú la primera en ir con el bulo a la pandilla de las fiambreras. ¡Ah! ¿No lo sabéis? Pues Mario me la está pegando con Encarna. ¡La misma! Fijaos qué lagartona. No es por presumir, pero el propio día del funeral del pobre Elviro ya me di cuenta de que lo miraba con unos ojos que no son de viuda, y en todo caso… ¡de viuda Clicquot! Viuda que no se consuela, o es por pobre o es por fea, y Encarna es monina, nos os voy a decir lo contrario. Monina como una cortesana calientacamas. Eso te encantaría para darte lustre, di que no; sobre todo después de haberme muerto, porque las tendrías a todas de tu lado, glugluteando por las esquinas como pavas enlutadas del moco colgante. Pobrecilla, lo que debió sufrir. El marido escribía novelas infumables y se acostaba con una cuñada. ¡Santo cielo, Eduardita, con lo que jeringa el tecleo de las máquinas! Ay, chica, es un sonido machacón que te perfora el tímpano con el triquitraque. No sé si sabes lo que te digo. Antes de que a mi Carlos le dé la ventolera de escribir novelones, prefiero que se escape con una lagarta y no me monte estrépito. Mientras estuve vivo, no. Primero, porque no lo sabes a ciencia cierta, y segundo, porque diciéndolo sólo conseguirías que se riesen de ti como descosidas. Mira tú, Mario con la cuñada y ella contándoselo a sus amigas como si tal cosa. Menuda infeliz. Y tú, por dentro, lo dicho, en cada generación, una puta y un ladrón. Ya sólo nos falta averiguar quién roba. Eso fue así, seguro que lo rumias por lo bajinis. Sin

embargo, de viuda te va el papel de cornuda, qué quieres que te diga. Eres como una de esas personas a la que ves por la calle la primera vez en tu vida y dices: Éste es pasante de un despacho de abogados; ésta cose por las casas; ésta usa gafas, pero no las necesita… Lo sabes con plena seguridad, pero no podrías explicar por qué. Mi padre adivinaba cuándo les vendría la regla a las jovencitas con sólo echarles un ojo. ¿Pero cómo puedes estar tan seguro si no eres ginecólogo ni nada que se le parezca?, le opone mi madre, que no se explica de dónde le viene tanto acierto en pronosticar hemorragias. Y él siempre se iba por las ramas: Pues será herencia de mi abuelo, que era zahorí. Fíjate qué gracioso, mi bisabuelo zahorí y mi padre, menstruador a ojo. Una vez entra en nuestra casa un hermano suyo con una hija de once años y mi padre le susurra a la oreja: Prepara los paños. Esta niña está reventona, de esta semana no pasa que empiece a sangrar como las mayores. Casi se enfadan los dos hermanos, pero, como mi tío sabe de sus habilidades, se calla. Antes de marchar, escucha que la niña le dice: Papá, sangro por donde hago pipí. ¡Ahí lo tienes! ¡Zahorí del período! Pues tú, de viuda a cornuda; que además rima. ¿Que cómo es posible si el esposo ya ha fallecido? Pues no sé, se los pondrá por vía intravenosa, pero llevar, los lleva. Cuernos intravenosos o intramusculares claveteados directamente en tu testuz desde el purgatorio. No sé cómo, pero tú encontrarás el método para hacerlo posible y dar lástima, porque no voy a descubrirte ahora que otra de tus especialidades es coquetear constantemente con el espíritu de la contradicción. Tú lo llamas el eterno femenino, sin saber que lo bautiza Goethe. Yo oigo eterno y salgo por piernas. Tú, eterna. ¡Sálvese quien pueda! Sí, sí, no pongas esa cara de panoli, que enseguida te lo explico y me darás la razón quieras o no.

IV

MARIDO MUERTO, SIETE A LA PUERTA

Voy al ejemplo más reciente. Entendámonos, el más reciente para mí, que soy el que se ha pirado. Me cuentas que Borja está muy contento la tarde de autos, o sea, cuando doy la espantada. El niño se ha tirado al suelo en el salón y, en medio de todos los que acuden a darte el pésame, cuando unos están al pairo de que saques algún pastelito para sobrellevar el duelo y otros sólo se suenan, va y suelta: Yo quiero que papá se muera todos los días para no ir al cole. Me lo estoy imaginando con su carita de bueno. Mitad de bueno, mitad de pillo. Y tú, que estás a punto de encerrarte conmigo en la capilla ardiente, o sea, que estás a unas horas de ponerme a escurrir como nadie lo ha hecho en mi vida, agarras por la oreja al pobre niño y, según me dices luego, le das una paliza de muerte, que ya será menos, porque entonces seríamos dos cadáveres en un día, padre e hijo, y me parece matar a manta de Dios. Vamos a ver, Carmen: Borja no hace más que verbalizar lo que sinceramente piensa. ¿Qué sabrá él con sus cinco añitos lo que significa eso que oye por allí de que su padre se ha muerto, ni nada por el estilo? No le puedo consentir esta barrabasada, dices para justificarte, como si fueses un Salomón que imparte justicia. Si no le pongo el culo morado, este niño crecerá sin sentimientos, y no hay cosa que más odie que una persona sin sentimientos, cuando en esta familia fuimos, y seguiremos siéndolo, de piel muy fina para los siete sufrires. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Borja tiene cinco años y tú, cuarenta y siete. Borja está encantado porque no tiene que ir al colegio y, cuando pregunta el motivo, le contestan que es porque murió su padre, que es como si oye que se debe al cónclave de cardenales. ¿Qué significa eso de la muerte? No tiene ni idea, no sabe nada, pero entonces vas y le arreas una paliza, eso, de muerte. Pobre Borjita, aún se estará preguntando qué ha hecho él para recibir una azotaina tan tremenda de su madre. En cambio, tú, que lo sabes perfectamente, que suspiras y gimoteas por las esquinas cada vez que alguien nuevo entra en casa para que te vea destrozada, como viuda prototípica y señorial mientes en voz alta y me trituras por lo bajo.

¡Tú sí que eres una impertinente! ¡No somos nadie, don Pío! ¡Es el destino, doña Carmen! ¡Mentira! Tienes que esforzarte para que te salga la siguiente lágrima. Deseas que anochezca y que se vayan todos para quedarte midiéndome las costillas. ¿Ves ahora la contradicción? Y toda esa mezcolanza de sentimientos, los rectos, los malos y los ocultos, la paga Borjita, porque el pobre sólo quiere que yo la palme perennemente. O sea, que no me muera nunca para que pueda morirme siempre. Y yo me pregunto: ¿qué hace el niño tirado entre las piernas de las visitas? ¿Cómo es que no está jugando en su cuarto, o al cuidado de sus hermanos, o en el cine, o en cualquier parte menos allí, en medio de las exequias? De verdad, a mí me daría una profunda vergüenza haberle puesto la mano encima al niño, casi tanto como todo lo que parloteas esa tarde. Primero con don Remigio, el párroco de San Diego, al que dedicas una de tus mejores interpretaciones. ¿Qué va a ser de mí, padre? ¿Qué voy a hacer, don Remigio, si él lo era todo para mí? Y el moco tendido. Ni Bette Davis te habría superado en esa angustia. Y él, naturalmente, en afán consolador. No piense ahora en eso, mujer. Trate de recordarlo tal como lo ve en los múltiples momentos felices que sin duda habrán vivido, y piense que, si el Señor ha querido llevárselo, es porque le ha encomendado una misión sublime de la que ni siquiera podemos tener de ella un leve reflejo. ¡Mira, a lo mejor en eso acierta el cura! La misión puede ser venir para decirte todo lo que pienso, todo lo callado durante años de silencio cómplice, a ver si ahora te abro una brecha en la sesera y hacemos algo provechoso de ti. Muchas gracias, don Remigio, me han reconfortado un montón sus palabras. Sobre el muerto, las coronas; y sobre el cura, el bonete. ¿Piensa asistir al funeral, Carmen? ¿A usted qué le parece? Eso va en caracteres. Antes, ya sabe, la viuda se quedaba en casa, pero ahora, con los tiempos modernos, se ve de todo. Pero ¿y si mañana me encuentro con fuerzas? Entonces debe ir, doña Carmen. A la gente siempre le impresiona el dolor de los familiares, pero si no los ve en la iglesia se alarman y creen que han enfermado de su Gólgota. Es una prueba de valor y de resignación cristiana. Pero padre, si me lo autoriza permaneceré sentada durante todo el funeral. En mi debilidad no me gustaría tropezar y caerme. ¡Ah! Y tampoco iré al cementerio. Presidirá el duelo mi padre, don Ramón Sotillo, y el resto de los familiares. Además, tendría que ir de trapillo porque, desde que murió mamá, no me compré nada negro. Muy bien, me parece lo correcto. Al cementerio no vengas, que está haciendo un frío que pela y allí arriba sopla un viento endemo…, un viento de miedo. Procura tomarte una tilita una media hora antes de salir y ya verás que puedes participar de toda la ceremonia y soportarla sin desmayos. Dios da fuerzas a quienes las buscan. Soportar, ya me entiendes, debido a tu estado, que nunca es pesado alabar al Señor. ¿Y los niños,

don Remigio? Los niños deben asistir todos. Los mayores, porque no tienen excusa, y los más pequeños, porque el funeral, por desgracia, los ayudará a tomar conciencia de su nueva realidad, de la vida sin un padre que les aguarde. ¿No dices que Borjita no sabe lo que ha pasado y has tenido que castigarlo? Pues así se va dando cuenta. Lo que usted diga. Sí, sí. Os oigo todo el parloteo; no sé si en ese mismo momento, a la par que se produce, o después. Es una ventaja propia de los difuntos. Y no es que tengamos la oreja a todo lo que comadreáis, pierde cuidado; pero cuando se trata de algo que nos afecta tan directamente, se nota que nos dan una bula, o un permiso especial de espionaje, para que tengamos una base desde la que opinar. También escucho frases sueltas de esa tarde, pero nada especial. Lo que cabe esperar de un acto así. Topicazos como eso de que siempre se van los buenos y os quedáis los malos. O esa reflexión tan original de preguntarse: ¿Quién me lo iba a decir? El martes me cruzo con Mario en la calle Herreros y lo veo tan rufo como siempre. ¿Iba en la bici? Sí, en su bici, como todos los días. Yo le prevenía: Mario, que la bici no es propia de catedráticos, y él, erre que erre, no se apeaba de ella para hacerme rabiar. ¡En el buen sentido, se puede usted imaginar! Ya, ya… Don Mario era todo un personaje. «Era», ¡qué difícil se me hace usar ese pretérito! No te atormentes. La vida es muy traicionera. Sí, ya nos lo advierten las escrituras. Nadie te avisará ni del día ni de la hora. Mucho ánimo, ya sabes dónde estamos para lo que quieras. No tengas ningún reparo, tú levantas el teléfono y nos llamas, sin rubor; cuando sea y para lo que sea. Sois muy amables, pero por fortuna tengo familia larga y los niños pronto serán unos hombrecitos. ¡Mario ya lo es! ¡Desde luego, desde luego! Lo dicho, aunque tengas a los tuyos para urgencias, que sepas que a nosotros nos tienes para lo que necesites. Lo haré. ¡Carmencita, que me he pasado toda la mañana llorando sin poder parar! ¿Cómo estás? Escacharrada. Como una bayeta. Desearás acostarte. No creo que pueda dormir, ha sido toda una vida con él. ¿Te das cuenta? Apenas un *flirt*, unos tonteos con dos chicos y ya me veo de novia con Mario. Pienso que estiraré la mano en la cama y no lo encontraré. ¡Eso tiene que ser horrible, Valen! No te obsesiones. El tiempo te va a ayudar. Hoy es demasiado pronto, por supuesto, pero ya verás cómo recobras fuerzas incontinenti. Tú eres una mujer fuerte. Has sacado adelante a cinco hijos y también vas a salir de ésta, seguro. Y aquel aparte con tu padre, que es todo un pozo de ciencia sobre el negro. A buenas horas pude imaginar yo que don Ramón fuese experto en lutos rigurosos, y vaya si lo era. Hija mía, lo que marca a una viuda académica, lo que la distingue de una llorona, es la tela mate y el crespón inglés. Lo demás son gárgaras. Pero, papá, ya no se lleva nada de eso. No se lleva en este villorrio, pero en Inglaterra una muerte de nobleza sin *kasha*, ni es muerte ni es agonía.

Y entonces va el tío y se desparrama con el crespón de China, el *crepella*, que puede ser sencillo o doble, y la *kasha duvetyne*, que ésa, por lo visto, es para los abrigos de gran luto. El primero que te pongas, desde luego, debe ser muy sencillo y con forma de chal, que tú de pecho andas muy sobrada. ¡Papá! Escúchame bien: yo, un tres cuartos de astracán y para de contar. ¡Menudo ridículo nos espera, Carmencita! ¡Pero si estamos en 1966! ¡Como si es el año 2000! Las pieles y el luto son como las sopas de ajo y el señorío. ¡Si aparecen las primeras, desaparece lo segundo! Por lo menos, en el luto riguroso, que es del que estamos hablando para mañana. Y tú le replicas con que la madre del alcalde había llevado un *renard* negro al funeral cuando muere su hijo. Y, además, todas las primas llegaron a San Diego con pieles de conejo, negras, eso sí. Buena la hiciste. ¡El alcalde, el alcalde! ¡En esa familia todos son unos horteras de orla y encomienda! Si lo sabré yo. ¿No tienes ningún crespón ondulado, un *voile* de seda mate, un crespón marroquí? No, papá. Pues la hemos cagado. Y yo, al lado, Carmencita. Muerto y al lado. La verdad es que me parece haberlo vivido todo por segunda vez. Como si ya me hubiese muerto en otra vida. Ja. Buena broma. Morirse en otra vida. No encuentro otra forma de expresarlo. Sí, es cierto que hubo una catarsis, un terremoto que me deja inestable por un tiempo, si de tiempo se puede hablar cuando se ha acabado, pero, más allá de eso, todo es bastante cotidiano. Las palabras de don Remigio, las tuyas, las de Valen… Incluso Borjita con su ocurrencia de matarme todos los días. Lo que oigo me parece habitual dentro de lo que cabe. A veces ocurre cuando vas a una ciudad donde no has estado nunca y crees que el paisaje te va a sorprender por desconocido. Sin embargo, a medida que la pisas te convences de haber estado allí; ese rincón, esa ventana, esa música escuchada a esa hora, con esa luz y en esa calle, ya estaban en tu memoria, y en el fondo te llevas una gran desilusión porque lo que realmente te interesa es maravillarte y descubrir nuevas sensaciones. Para esto no me pego un palizón de *Pullman* desde el pueblo. Me sucede en el viaje del Paso de Ecuador, cuando vamos a Valencia. Y vuelvo a sentirlo el día de marras, escuchándoos como adormilado en una sesión de cine cuando vas al Kursaal a ver *La túnica sagrada* por quinta vez en Semana Santa. Pues algo así. Pero, como ya te dije, no me puedo quejar, porque lo que escucho a continuación colma todas mis ansias de novedades. Quizá te pase lo mismo ahora, que lo que te diga te sonará como recién estrenado. Después de tantos años sin hablarnos a calzón quitado será toda una experiencia, sobre todo para ti, porque yo me tengo muy oído. Quizá tú confundas mi voz con la de algún mercachifle de feria, uno de ésos que reducen el precio de sus productos cantándolos con un ritmo insoportable que a ti te entusiasma porque crees realmente que están

de rebajas. ¡Ni quinientas, ni cuatrocientas, ni trescientas…! ¡A doscientas! Desengáñate. Son de juzgado de guardia. O con la de Oliveras. Siempre prestaste más atención a Alberto Oliveras que a mí. Dices que transmite confianza y que, si fuese cura, llenaría las iglesias. De hecho, no hay jueves que te pierdas *Ustedes son formidables*. E incluso, me acuerdo bien, cuando hace un programa para convertir la casa de Dulcinea en el Museo del Amor del Toboso, llamas a la radio para donar veinticinco pesetas. Yo no puedo estar ajena a ese proyecto tan español de pura cepa, tan entrañable y tan sentido, me dices muy solemne, como haría un ministro de Franco. Telefoneas, te piden los datos y tú les preguntas si puedes hablar con el señor Oliveras. No, el señor Oliveras está en antena. Pues por eso ardo en deseos de saludarlo y, además, no se olvide de que he donado cinco duros. Que no. Te pongas como te pongas, ellos son los que eligen a quienes entran en directo, y tú no les gustas. Lo curioso viene después, cuando se acaba el programa y nos enteramos de que ardió la casa de Oliveras en París durante la emisión. Enterita, con todas sus pertenencias dentro; un Picasso, un Cocteau…, todo lo que tenía. Me acuerdo de tu llamada y te digo: ¿Ves lo que consigues? Ardías en deseos de saludar a Oliveras y le has quemado la casa de París. ¡No vuelvas a llamar a nadie de la radio! ¡Lo que nos pudimos reír en la tertulia! ¿Será gafe?, pregunta don Nicanor. Me callo. No creo que existan personas que atraigan la mala suerte. Y además nunca hubo motivos para considerarte más que gafe, ceniza, que en este caso es lo que le va al fuego. No. Lo que hay son aguafiestas, pero admite que la noche de Oliveras se podía hacer un chiste fácil con tu ardiente llamada. El caso es que ahora vas a escucharme hasta que pidas árnica. Tengo que aprovechar el permiso, porque estos chollos no se conceden a cualquiera. A Lázaro, a mí y a pocos más. Para que luego digas que vivo en pecado.

V

DONDE HAY AMOR, HAY DOLOR

He de reconocer que incluso dentro ya del féretro me haces una gracia bárbara. Cuando te oigo decir que piensas embetunar la copa de tus sostenes blancos para usarlos mientras lavas el único sujetador negro que tienes, estoy a punto de incorporarme, así, con un resorte, plaf, y romper a reír. Tú siempre fuiste de soluciones pintorescas, pero esto parece más propio del profesor Franz de Copenhague, el del *TBO*, que de una viuda con sólo doce horas de experiencia. Menos mal que Transi te presta uno de encaje con azabache y lentejuelas. Aunque ella tiene mucho menos que tú, también es más ancha y cabes en el corpiño sin que te ahogues ni te desparrames. Así, lo uno por lo otro, te da tiempo a lavarlos varias veces antes de decidirte a salir de tiendas. ¿Cómo voy a encargar a nadie que me compre un sostén negro?, razonas. Doble bochorno. Uno, al hacer el encargo, y otro, cuando lo solicite, porque Conchita Muga, la corsetera, va a saber al instante quién es la destinataria de la prenda. Me conoce la copa. ¿Y qué?, me pregunto yo. ¿Las viudas no usan sujetadores? Hombre, dices tú, también puedo encargárselos a mi prima de Burgos, pero al final decides con sensatez que no es cosa de movilizar a media España por un sostén oscuro. ¿Qué será cuando tengas que comprar bragas? Así que aceptas el de Transi, le pones una goma pasada dos vueltas por el corchete para que ceda lo justo sin cerrarlo del todo y esperas un mes antes de visitar a los corseteros Muga. Tienes ideas de bombero, chica, qué quieres que te diga, aunque mejor la gomita que el betún, desde luego. Otra de las tuyas es que durante años piensas que aquella celebración de las oposiciones a cátedras con cerveza y gambas tuvo que acabar a la fuerza con Encarna y yo metidos en la cama de una pensión cerca de la Puerta del Sol. Seguramente lo sigues creyendo hoy mismo, y tampoco te lo voy a reprochar, porque Encarna está especialmente melosa conmigo aquella noche y porque admito que es una carambola difícil de creer que la citen ese mismo día en Madrid para preparar la coreografía de la Demostración Sindical, ésa que ella coordina con el grupo de Educación y Descanso

de aquí. Yo entiendo que es un orgullo ver cómo tu cuñado se convierte en catedrático lexicólogo, y quiere hacérmelo notar delante del grupo. Se siente feliz por mí y porque tú no estás delante con tu cara larga, claro. Luego, en fin, la parranda se prolonga, las cañas pasan de tres y la bebida desinhibe casi tanto como yo lo estoy ahora. Miraditas sí que hubo y en una de las cervecerías a las que entramos, una que tiene sótano, ella espera a que seamos los últimos en bajar y me dice: Tengo que darte algo. Y, cuando nos quedamos solos en el piso de arriba, me aparta de las escaleras para que nadie de abajo pueda vernos y me planta sus labios en los míos. Quiero que sepas lo mucho que me alegra tu éxito, Mario. Te lo mereces, eres un hombre muy preparado. Y punto, Carmucha. Y punto final. No sé si no quiso ella que hubiese más, si no quise yo, o no quisimos ninguno, pero ahí empieza y acaba nuestra gran aventura amorosa de aquel día en Madrid. ¡La orgía de Carretas! Como no es cosa de contarte lo del beso porque habrías puesto el grito en el cielo, te dije que lo habíamos celebrado con cerveza y gambas a modo de resumen. Debí añadir unas banderillas y boquerones en vinagre, porque los pedimos, pero -fíjate qué autocensura- pienso que de boquerones a boca hay un trecho muy corto, y tú, que a todo le sacas punta, acabarías por imaginarnos con los labios pegados en un beso, que si bien tuvo poco de casto, no es de la gravedad que piensas, con un adulterio consumado en el Hostal Victoria, o donde yo duermo aquellos días, la Pensión Pucela, en Espoz y Mina, 14, 2.º izquierda y 3.º, todo el piso. Ahí tienes los datos. ¡Ah! Y las banderillas tampoco las cito, por lo del toro y los cuernos. Dices que ayer… Bueno, cuando haya sido el día de mi óbito -qué raro me suena escucharlo-, Encarna está más apesadumbrada que tú, y puede ser cierto, Menchu, porque a ti te veo más pancha que ancha, e incluso alguno de los muchachos de Carón, que están hasta el flequillo de ver duelos y de oír lamentaciones, tienen peor cara que la tuya. Encarna, es lógico, ve primero morir a su marido, y ahora al hermano de su marido, y se siente desamparada por norte y sur. Al fin y al cabo, para ti es la primera muerte, porque cuando nos deja Elviro no te da por lagrimear. Es un cuñado sin más, y yo soy un cuñado de la viuda, que no es lo mismo. ¡Bah! No sé si lo vas a entender, si quieres hacerlo o si te pondrás a berrear como una descosida. ¡Ahora resulta que la viuda es Encarna! Que conste que yo no vuelvo con ánimo de venganza, ni mucho menos. Se me ha pasado ese sentimiento. Lo expulsamos en el mismo momento de desencarnar. ¡Qué curioso! Morir es desencarnar y vivir es Encarna. Me fijo ahora. Tú sigue pensando lo que prefieras, porque yo tampoco estoy dentro de la cabeza de Encarna y no me voy a poner más papista que el Papa diciendo cosas que sólo las supongo, pues, aunque no me prohíben especular, sino mentir, la falsedad va implícita cuando la especulación

es disparatada. Lo que no sé es a qué viene, cada vez que hablas de Encarna, recordarme que yo siempre he mantenido una actitud comprensiva hacia las prostitutas. ¿Realmente quieres sugerir lo que se entiende? ¿Que Encarna es poco menos que una puta y que mi hermano estuvo casado con una pilingui sólo porque nos llevamos bien? ¿Eso es lo que debo pensar de tus novelerías? Pues me da que además de ser la mayor fantasiosa que existe sobre la Tierra, también estás trastornada, Menchu. Si las únicas mujeres que se libran de las cuatro letras son las que orinan agua bendita como tú, no sé cómo pudo llegar el mundo hasta hoy. Di que le tienes tirria porque los hombres la miran más a ella y asunto acabado. Porque no me vas a negar que te gustan los admiradores. Serías la primera y la única. Mujer, hombre o bicho. A todos nos encanta que nos aprecien, que parezcamos simpáticos, entretenidos o bien acicalados. Tú misma lo dices, porque siempre hablas de Paco Álvarez y su famoso Tiburón; o del tintorero Eliseo San Juan, que no sólo te recorre el cuerpo con la mirada y te repasa como el cabo furriel a la tropa antes del paseo, sino que, además, te dedica un piropo diario. ¡Qué buena estás, que estás rebuena! ¡Te han hecho de pechuga! ¡Para comerte! Y venga requiebros y venga insinuaciones para encamarte, que si le dieras medio centímetro al cantamañanas de Eliseo, allá que ibas, ensabanada, que para eso, lo reconozco, no hay que estudiar a Platón si quieres profundizar en los hombres, porque somos mecanismos botijeros, unidireccionales e inequívocos, como los trenes. Si uno se pone en marcha, no va a parar hasta la estación, pero no le pidas que se quede en ella, porque irá a otra y a otra… hasta agotar la caldera. Te lo digo en confianza porque ahora que estás sola, como tú eres medio lerda -no te ofendas, es así, cariño-, vas y te encuentras con uno que te promete hacerte emperatriz de Lavapiés y te lo crees. Que no, Menchu, desengáñate. Ése te ha tomado por Venta de Baños y hasta que meta la máquina en agujas no va a parar. Claro que, luego, si te he visto no me acuerdo, y si le mandas recado ya está en La Bañeza. Ojito, porque si te ven enclenque, o así, apampada de la izquierda, te entran con cuatro zalamerías y en menos de que te enteres estás viendo tus bragas tiradas delante del catre. Y, después, olvídate de tus discursos. Que si hoy las chicas de servir se ponen pantalones o que si fuman en los *dancing* los sábados por la tarde, porque se te acabarían los argumentos. Con un poco de chiripa ése te visita los domingos a la hora del fútbol y te hace un apaño a sobrepeine, pero de matrimonio, olvídate, que eso se acabó desde aquellos años en que don Práxedes se turnaba con Cánovas y viceversa. Y a tu padre, menos aún. No acudas a él para que te dé manilla, porque don Ramón es un calavera todavía peor, es decir, de la época en la que no hay alternancia; al menos hasta que nos casamos, porque después ya te deja a ti el puesto de

carcamal titular. Pero en aquellos años os las da con queso. A tu madre, desde luego. A Julia, menos. Como las dos sois desaboridas del intelecto, tal que si os hubiesen puesto un queso de Burgos por sesera, os parece que tu padre es un liberalote convencido hasta las entretelas. Y todo porque os pide que no os comáis la fuente de albóndigas por entero y así le llegue a la criada. ¡Menudo revolucionario! ¡Él, que se ha comido la mitad de la carne, aunque está en el chasis! No me hables de tu padre, ni me lo pongas de ejemplo cabal porque lo conocí y le sufrí alguna de sus calaveradas, como bien sabrás. Con tu padre hay mucha tela que cortar y ya le dedicaré esta noche un aparte especial. A lo mejor te deja un poco turulata, aunque espero que ya estés de vuelta de todo y no te pille desprevenida. Y si a su fama de rígido nos referimos…, en fin, pantomimas. ¿Te acuerdas de aquel día del noviazgo en que nos sorprende llevándote con el brazo sobre el hombro? En casa te dice que eso no lo hacen las parejas decentes, porque la mano, a nada que la mujer se acerque al macho, baja hasta la teta y se prende la llama. Y una cosa añado ahora, y es que estoy de acuerdo con él, porque si te llevo con la mano por el hombro es con la esperanza de pillar cacho, bien entendido, una rozadura, un descuido, un aplastarse instantáneo para comprobar lo mullido de tus notables protuberancias. Vamos, que soy más inocente que Marcelino Pan y Vino y Pablito Calvo juntos. Y eso que cuando ocurre y nos ve, yo ya estoy dando clases a chavales con bigote que seguramente meten más mano cada fin de semana que su profe toda la primavera. Seguramente, no; fijo que es así. Cada vez que los veo achuchándose en los jardines con sus gachupinas, pienso para mí: pero mira a ésos que se las están comiendo con las mandíbulas abiertas y yo me paso los domingos contándole a mi chica los dedos de la mano izquierda por aquello de tocar algo de carne, aunque sea de hueso pronto y pulgar oponible, como los monos. Lo del hombro había sido un éxito sin precedentes. Puedo contarlo segundo a segundo. Domingo de invierno. Salimos del cine de seis ya anochecida la tarde y llueve a cántaros. Como sólo llevamos un paraguas, lo abro y te atraigo hacia mí con intención de que nos tape a los dos. Ojo, que lo hago de manera instintiva, a boleo, sin pensar en más ni en menos… o casi. Y de repente me veo allí, con mi mano derecha en tu hombro y tomo conciencia de que no dices nada. Me quedo con la mano aposentada sin moverse, como una zarpa de león sobre su presa gacelera, satisfecho por haber llegado a dominar esa posición del Gurugú; sin ánimo de avanzar por si se produce un movimiento de defensa, pero sin intención alguna de abandonar esa cota. Si estaría contento en ese momento que me invento lo de acercarnos a ver el escaparate de Alonso por si ha llegado el manual de *Roselló*, no por el libro, que ya sabía yo que no,

sino porque así dábamos más vuelta hasta tu casa y podría tener otro buen rato la mano donde la tenía, allí, en la hombrera de aquel chaquetón de espiguilla, grueso y áspero como un saco de arpillera, pero del que no deseaba salir hasta que me naciese en el envés de la mano el mismo dibujo, por mímesis o simpatía, o porque la fibra acabaría por atravesar la carne de tanto mantenerla sobre ella. Y en eso aparece tu padre debajo del paraguas del procurador don Saturio, que ya temía yo el encuentro por ser su zona de tapeo. Tierra, trágame. ¿Y qué hago? Pues nada, quedarme en las posiciones conquistadas, a la espera de que tú te muevas, o algo, pero yo creo que ni siquiera eres consciente de lo que tu padre tiene delante de sus ojos avinagrados, de modo que nos cruzamos con don Ramón y sus amigos y tú le sueltas un buenas noches, como podías habérselas deseado a la modista que os cose los martes. Y yo, ni eso. Él abre los ojos y sigue camino, avergonzado de tener una hija a la que le pone la mano encima un ayudantillo de cátedra, un novio bufanda. Es mi hija. A ése lo saca de paseo llevándolo al hombro como loro de pirata. ¡Si al menos fuesen del ganchete!

VI

PARA TOREAR Y CASARSE, HAY QUE ARRIMARSE

Ya en tu casa hubo de todo. Palabras gruesas y alusiones a la virginidad de María. Te llama chica fácil, que cuando me lo cuentas, pienso yo, ¡tela marinera, pues cómo serán las difíciles! Recuérdalo, ¡hasta entonces ni te había dado un beso en la mejilla! Uno de ésos que se dan a las madres, a las tías, a las abuelas, o incluso a las amigas de las abuelas, que te lo agradecen como si fuese un bocadillo de jamón después de un viernes de ayuno y abstinencia. Nada, ni asomo de roce carnal. Ése era el liberalote de tu padre, el que decía a su pandilla que en 1945 Franco se estaba ablandando. Tuve que haberlo supuesto. Si así el padre, así la hija. Pero aquella vez me quedo con la mano pegada a tu hombrera y eso acaba fatal, porque cuando me quiero dar cuenta ya estoy emperifollado de frac delante del altar, con mi madre a un lado y don Ramón Sotillo al otro, mirándome complaciente mientras masculla para sus adentros con su hablar ampuloso: Como no obtengas la cátedra en el bienio que se inicia, tal como refrenda vuestra promesa, las nochebuenas subsiguientes vais a cenar en el evangélico portal de Belén. Por mis ancestros que cenáis allí. Que sí, que yo se lo oigo, aunque el suegrazo mamonazo no pronuncie palabra. Y no fueron dos años, fueron cuatro, contando los de novios, los que paso lanzado a los libros como una fiera por el miedo a que el cascarrabias de tu padre me cruja con ese vozarrón que se gasta. ¡Mariooo! ¿Te tomo los temas alusivos?, me vocea por las escaleras cada vez que nos visita. Y yo: Muchas gracias, don Ramón, pero no hace falta. Ya los tengo casi dominados. Y él, nada. Mira que ya te han defenestrado una vez y no tengo ganas de andar con pamplinas ante mis amistades si te vuelve a dar un telele por llevar el bandullo cual despensa de cesante. Y era verdad. La primera vez me citan ante el tribunal a hora tan temprana que llego sin haber desayunado, tú lo sabes, y luego, con los nervios y falto de azúcares, se me viene a la boca lo poco que tengo en el estómago y lo arrojo delante de los tres examinadores. Retírese y ya depondrá en otra ocasión algo menos sólido, me dice López Camargo, que es un bicho y

al que todavía hoy le encanta humillar a los opositores. Así, cuando uno pincha y se azora, ya no necesita escuchar su rollo para declararlo zoquete. Pero dos años después, ¿qué? *Cum laude* y felicitaciones del propio Camargo, que volvía a estar en el tribunal. Y es que o cometen una injusticia histórica o me aplauden. Y me aplaudieron. Hace tiempo que no tropiezo con un opositor tan brillante, me dice el presidente. A ti tampoco te emociona demasiado. Primero, porque me ves celebrándolo en la cama con Encarna, y segundo, porque crees que eso de aprobar una oposición a cátedras de instituto es como un concurso de tu colegio de monjas, cuando os preguntáis unas a otras el futuro imperfecto del verbo *amar* y listo. Qué suerte tuviste, me sueltas por teléfono cuando te digo el resultado. ¿Suerte? ¿Me paso cuatro años empollando como el conde de Montecristo sin salir de mi habitación ni para pintarme la raya del culo y tú lo llamas suerte? Eso sería que te presentases tú y que pudieses decirles dos palabras seguidas; pero me vas a perdonar, Carmucha, lo mío no se aprueba de chorra así te presentes todos y cada uno de los días de tu vida. No puedo decir lo mismo de tu padre, que lo sabe valorar desde el primer instante. Don Ramón, más flaco que un naipe, me toma de los hombros -¿de dónde si no después de aquella noche?-, me mira fijamente y me atrae hacia él para darme el gran abrazo. Hijo mío, nunca dudé de ti, ni de tu prosapia. Creería sin duda que prosapia es erudición, y no abolengo. Pero, bueno, se lo agradezco igual. Al menos él se equivoca a mi favor. Aunque, eso sí, dudó; vaya si dudó durante años. Al final trataba de reivindicarse y reivindicarme. Después de todo lo pasado, se lo agradezco, porque al menos él lo sabe apreciar en su justa medida. Y tú también, cariño. Tú lo valoraste en toda la extensión de la palabra. Oye, Mario, mira, como ahora con eso de ser catedrático cobrarás mucho más, había pensado que a lo mejor, dentro de un mes, podíamos estirarnos un poco, pedir un crédito y comprarnos un coche. ¡Bah! Nada de particular, un cochecito de ésos que hacen ahora para los españoles. Un Seiscientos o un Setecientos, en esa gama. Pequeñito, para ir en él cuando llueve y luego, en verano, viajar a Ledesma como unos señores. Mira que te pusiste pesada con lo del coche. Que si lo tenían todas tus amigas, que si iba con la dignidad del catedrático, que si pasaba cualquier cosa… Y todo se reduce a lo primero, a que lo tienen todas tus amigas. Quizá, pero no es un argumento de peso, qué quieres que te diga. Vamos a comprarnos una gabardina de Tergal porque la tiene Juanito Ventolera. Pues la verdad, no lo veo necesario. Si no tienes una gabardina de ésas, tendrás chambergo, zamarra o lo que sea. Suspirar por un seiscientos porque lo tiene Fulanito me parece uno de los razonamientos más endebles que se pueden exponer a la hora de comprarse un coche, y si encima te faltan las ganas, no sabes

conducirlo o, lo que es más grave, no has pensado jamás en desplazarte a la parte que sea, la operación destinada a hacerte con uno cae estrepitosamente, como cayó la nuestra. Te he oído decir que es por la tacañería, que soy más agarrado… ¿Cómo dijiste? ¡Ah, ya! Más agarrado que un escocés comprando pantalones. ¡Qué original simpatía la tuya! ¡Por arrobas! En fin, me acojo a toda una vida escuchando lindezas de ese calibre. Y tú sin coscarte de que es otra la película. Hombre, no voy a discutir que no me gusta gastar como a ti, que eres una acabacasas con título acreditado. Ni eso, ni tengo agujeros en las palmas de las manos, pero cargo con el sambenito de tacaño. Lo cierto es que va escrito en la propia palabra. Se dice *gastar*, no como sinónimo de *comprar*, sino de *derrochar*. Cuando gastas es que se te ha roto el bolsillo y se te caen las pesetas. Cuando compras es que lo necesitas. Se habla de la cesta de la compra, no de la cesta de los gastos. Fulanito es muy gastador, no muy comprador. Vamos, algo de sentido común. Tú llegas a una tienda -alguna vez no puedo zafarme y voy contigo, lo reconozco-, te pones delante de las perchas y las examinas como haría un peón con las uvas en la vendimia. Me las llevo todas. Entonces comienzas la recolección a destajo. De vez en cuando miras las tallas, por eso de descartar algunas, y profieres las frases tribales con las que se solemnizan esas hecatombes que llamamos tardes de compras. ¡Uy, aquí no entro yo ni con calzador! ¡Lástima! ¡Si tuviesen una talla más, me la llevaba! O también. Este color es ideal porque me va con todo. Y su antónimo. Ya me dirás tú con qué me pongo yo esto. Y seguimos. Esos cuadros te hacen más delgada. Este año no se llevan los estampados. No sé por qué, pero a mí el amarillo como que no. Y así una y otra vez como una carraca hasta la saciedad. Cualquier frase vale y la contraria también. ¿No has reparado en que cinco minutos después de decir «las plisadas no, que se arrugan mucho», estás diciendo «este año vienen unos plisados que son divinos»? Pues yo sí, me he fijado y lo dices. Eso mismo, o clichés muy parecidos. Eres de lo que no hay. Una veleta. Terminada la *razzia* y cuando el dependiente que te sigue está a punto de pedir refuerzos al Regimiento Inmemorial del Rey porque ya has convertido la tienda en un cambalache, acumulas lo que has seleccionado en varios mostradores y das comienzo al segundo ritual, que consiste en colgarte la percha delante del mentón y mirarte en un espejo torciendo levemente la cabeza, ora a la izquierda ora a la derecha, que sinceramente yo no sé si eso sirve de algo o lo hacéis para poder veros la cara sin que se note, porque no recuerdo que jamás comprases nada después de ese balanceo de la testa; pero bueno, quizá me pase de mal pensado. A continuación, tomas unas cuantas y te las pruebas del todo, quiero decir, en enaguas; que si soy yo el tendero no lo permitiría, porque a saber cuántas señoras pasan por cada falda y qué

grado de limpieza trae de la calle cada una de ellas, que allí pueden reunirse bichos de todas las especies. Me refiero a los piojos, claro; no a ellas. Finalmente, cuando ya no te queda más opción que reconocer el escasísimo dinero con el que sales de casa, te vuelves muy digna al dependiente y le ruegas con cara de pena, pero firme y decidida, que te reserve aquella chaqueta verde calipso, porque vas a mirar en otras tiendas, aunque lo seguro es que vuelvas a por ella a cualquier hora del día siguiente, a más tardar, cuando en realidad no piensas hacerlo porque ya has pasado tu tarde de compras, que es lo que pretendías desde el primer momento. A mí eso no me va, Carmen. No sé qué extraño disfrute puedes encontrar, tanto cuando compras como cuando amagas por hacerlo. Especialmente, lo segundo. Y eso no es ser roñoso, sino de otra pasta. Somos de otra pasta y por tal me tengo. Comprendo que cada año haya que renovar alguna camisa, un traje cada tres o cuatro, calzoncillos cada estación, cosas así; pero ir todas las santas semanas a ver escaparates porque andas muy mal de ropa…, perdóname que te diga, pero eso responde a alguna disfunción de la glándula tiroides, o es porque tienes placas en la laringe o sencillamente porque te patina el bulbo raquídeo, como esas personas que entran en una tienda y sienten la necesidad de robar, que ésa ya es la excusa perfecta. El otro día leí que el porcentaje de mujeres cleptómanas triplica al de los hombres, y con ello no quiero culpabilizarlas. No, pobrecillas ellas. Es una enfermedad, hay que admitirlo así, pero entiéndeme, algo quiere decir. Que tenéis más tendencia a gastar, o lo que sea, como esa amiga tuya a la que motean como la Estrenatrajes. Tú no la padeces, alabado sea el Señor, pero algo falla en tu mecanismo, porque además te da por asegurar que yo pertenezco a la Cofradía de la Virgen del Puño, y no sé si lo dices para disimular que tú militas en la del Caño Libre o para que se me vea rarito, de verdad te lo digo, pero, de tanto insistir, algunos de mis amigos me tienen por lo que nunca he sido. Que yo, si hay una ronda de cañas, o de cualquier piscolabis, apoquino mi parte a escote como el que más. Y añado, a ti nunca te han escaseado ni faldas, ni corpiños; ni echarpes, ni medias. ¿No dirás que no? Sí, lo dirás. La noche, la última que estuve aquí en carne mortal, me reprochas que nunca te he agradecido no sé qué sacrificios hechos por ti y, además, me acusas de tenerte esclavizada. Y todo porque eres el ama de casa del hogar. ¡Válgame el Misterio!, que diría un fosariano. Quien te oiga sin conocerme pensará que me cuelgo látigos de la cintura, y hay reproches que no, Carmencita. Un «dejamestar», puede ser; un carcelero, nunca.

VII

CUANDO BAILO CON MI NOVIO EN LA ALEGRE ROMERÍA, SIENTO QUE POR TODO EL CUERPO ME RECORRE LA ALEGRÍA

Antes de que a Hugo, el lechuguino que acompaña a nuestra hija, pueda llamársele todavía ni novio, ni nada ya lo has marcado como un enemigo avieso que trata de asaltar tu castillo y te dedicas a derribar cualquier escalo que el mozo lance hacia las almenas de la niña, dicho todo en clave de asedio. Ella reacciona entonces a la inversa de lo que se estila. Carmenchu se refugia en mí y comparte sus cuitas conmigo, cuando lo habitual es que el padre -como hace el tuyo- refunfuñe o maldiga y sea la madre la colaboradora secreta de las jovencitas en sus romances iniciales. Sabes perfectamente que es así, incluso con los chicos, y tendrían que darse circunstancias muy excepcionales para que suceda lo contrario, a no ser que no píen ni una palabra con nadie, que también. Te lo digo para que veas que no soy el único en detectar comportamientos raritos en ti; la niña también te ha calado desde el año catapún chispún. Ese tal Hugo, me dices una noche ya metidos en la cama mientras frotas tus pies helados contra mis pantorrillas, me está empezando a caer peor que unas tijeras de punta. ¿Qué pasó entonces?, te pregunto preocupado. Pues nada y todo, que este mediodía veo a los dos tortolitos cuando cruzan el parque y me fijo en que el pollito tomatero quiere pegarse a nuestra niña como una lapa, mucho más de la cuenta, como hacen los gatos melosos. ¿Con violencia? ¡No, hombre, no seas bruto! Se acerca así, a empujoncitos, contra su trenca. ¿Nunca viste a un gato frotándose contra la pierna de su ama cuando quiere que lo arrulle? Pues así, pero a topetazos. ¿Y ella qué hace? Pues eso es lo grave, que no sé si lo acepta o lo rechaza. Desde mi punto de vista, la verdad es que mucho no se aparta la condenada, de modo que le deja terreno suficiente para seguir haciendo gaterías todo el trecho que los observo. Está bien. Será señal de que a ella le gusta el tal Hugo. ¡Mario!, me rompes el nombre con ese toniquete que preludia tormenta. ¿Y no vas y la defiendes tan pancho? ¡Tate, como eres republicano y estáis contra la familia…! ¡Pues anda la osa! Ahora resulta que por el mero hecho de que a la

criatura le guste un zangolotino, el muy cerdito va a poder arrimarse y tocar a la niña por donde quiera, con sus melindres y zalamerías de aspirante a macarrita. Pues prepárate, Mario, porque si piensas como Durruti te hacen abuelo antes de la romería del próximo Corpus sin que te enteres. Pero vamos a ver, Carmen, razona. Como siempre, tú conviertes dos briznas de hierba en un carro de heno y te parece que la chiquilla debe tomar las mismas medidas contra los pretendientes que contra la peste, cuando las ciudades encendían hogueras fuera de murallas para quemar las miasmas antes de que entrasen. Absurdo de todo punto. Y otra cosa, ¿qué importa para el caso que yo sea republicano o deje de serlo? Ya sé que tienes cierta tendencia a confundir el culo con las témporas y te mueves a gusto entre los más confusos batiburrillos, pero si ahora te digo yo que eres del bando nacional, nos liamos a estacazos como en el cuadro de Goya. Que conste que hoy llevo las de ganar. ¡A ver cómo acabas conmigo estando yo muerto de antemano! Bueno, en aquel momento no era todavía fiambre, pero empezaba a perder fuerzas como para andar a la greña, y mucho menos contigo. Recapacita, te imploro reuniendo las que me quedan. Sienta la cabeza, que son dos críos. No hay nada de eso que supones, me esfuerzo en convencerte. Puedes dormir tranquila. La niña se había sincerado conmigo. Papá, Hugo me gusta, pero no sé si es el hombre de mi vida. ¿Cómo lo voy a saber si no hablo algo con él, si no intimamos un poco? ¿Os besáis?, la interrogo de repente. ¡Nooo! ¿Qué cosas dices? Luego cede. Todo lo más, en la mejilla, ¡pero en la boca ni se nos ocurre, eh! A lo mejor a ti no, pero ¿estás segura de que a él tampoco? Bueno, eso no lo puedo saber, desconozco si lo piensa. Cariño, no desea otra cosa, te lo juro. Pues él nada me dice. Lo hará. Vamos, que ni siquiera me lo pide. Te lo pedirá. ¡Papá! ¡Ni papá, ni mamá, cariño! Ahora eres tú la que estás fuera de juego, la prevengo. Eso es algo normal. A los enamorados les gusta besarse porque es un prólogo de lo que vendrá después, ya sabes, porque, si el amor que hoy os une fructifica en algo más sólido, en el futuro mantendréis relaciones íntimas completas y el beso es un introito de otros contactos mayores. ¡Mario! ¡Qué repugnante eres! ¿Le hablaste así a Carmenchu? Sí, tal cual. Y más. ¿Tú sabes lo que son las relaciones íntimas? Y la niña: ¡Papá, qué disparates se te ocurren! ¡Yo no sé nada de eso! ¡Pillada! Y si no sabes nada de eso, ¿por qué alzas la voz y te pones colorada de proa a popa? ¡Ni que saberlo fuese anatema! La niña está en un apuro, porque naturalmente que conoce todo lo concerniente al sexo, a lo elemental por lo menos. Sería tonta de capirote. Que lo sepas, Carmen, de ca-pi-ro-te, si llega a vivir al margen. En aquel momento, confirmado de sus propios labios, como corresponde, ya se han besado en la boca e incluso se habían acostado en casa de Hugo mientras los padres van una noche al cine.

Lo hacen sin dejar de estar vestidos los dos y tirados sobre la colcha. Eso me dice, pero vete a saber. Y tú preocupada porque en el parque la embiste como hace un becerro a su madre cuando le busca las ubres. En fin, tampoco quise decir eso. Borra el becerro, borra las ubres y borra la niña. ¿De qué hablabas con Carmenchu?, indagas por la noche. De sus asuntos. ¿De Hugo? Bueno, sí, también de Hugo. ¿Y qué, lo va a dejar? No, creo que no. Si te digo en ese momento que ya se meten en la cama, aunque sea de mentirijillas, te caes redonda y tenemos que recurrir a las sales de amoniaco para espabilarte. Pero da igual que estés en el ajo como que no, porque cuando te los encuentras de frente por la Costanilla, a los dos o tres días de nuestra conversación, te plantas delante del pollo y le sueltas por todo saludo: Mira, Huguito, en casa somos de rosario diario y si alguna tarde nos olvidamos de rezarlo, a la media hora estamos confesándonos; así que imagínate cómo seremos en todo lo demás. Confesamos las manitas, los besitos y los empujoncitos. Y él. Sí, señora. Y Carmenchu, roja como un tomate, os deja solos con el sermón, viene corriendo hasta casa y se echa a llorar a mis brazos. ¡Qué vergüenza, papá! Tal como te lo digo. ¡Cómo disfruté aquel día! Entiéndeme bien, mujer. Disfruto al ver que Carmenchu me elige a mí para sollozar, y no a ti. Imposible que lo hiciese, si eres tú quien le provoca el llanto. Cálmate, mi vida; ya sabes cómo es mamá. Un poco impulsiva, un poco desconsiderada, un poco borrica; pero te quiere, y por eso jamás consentiría que te hiciesen daño, ¿lo entiendes? Es por eso. Papá, tú no la oíste, si alguien quisiese despreciarme delante de Hugo habría utilizado las mismas palabras que mamá. Que si nosotros éramos de comunión diaria, que no se le ocurriese besarme o llevarme de la mano, que iba a machacarlo si se entera de algo… Unas cosas… no sé… ¡medievales! ¡Pobrecilla! ¡Mi niña! Ven, llora un poquito más, que eso te viene bien, y déjalo de mi cuenta. ¡No, no le digas nada! Por lo que más quieras, no le comentes nada, que va a ser peor. Fíjate si te conoce. Tú dices que está hecha una pollita. Yo, que es toda una mujer. Y la verdad es que no te lo menciono esa noche, pero sí tres o cuatro semanas después, cuando veo que estás calmada y tienes a tu fiera interna apaciguada. Carmen, el otro día estuve hablando con la niña sobre Hugo y yo creo… No pude seguir. Empiezas a reírte y yo me quedo desconcertado. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? Pones la mejor de tus caras, la de entrar a matar, y me respondes con otra pregunta. ¡Ah! ¿No lo sabes? Han roto. Se cansaron, o algo parecido. Creo que Hugo no aguantó más y la ha dejado. ¿Y tú qué ibas a decirme, Mario? Iba a decirte, iba a decirte… ¡que eres despreciable! ¿Cómo te puedes alegrar de que la niña se aflija, de que le hayan partido el corazón y encima todo sea por tu culpa, por tu maldita manía de meterte en medio? ¡Uy, qué gracioso! ¡Por mi culpa, dice! ¡Pero si eso se veía

venir! Todavía son unos pipiolos y aquello no tenía más recorrido que el que tuvo. Además, cuanto antes, mejor. Si éstos se enzarzan unos meses, después sí que es complicado desenramarlos, y duele, ¡con lo sentida que es tu hija! Además, qué quieres que te diga, muy poco amor tenía ese muchacho para dar a Carmenchu si por dos marimorenas que le organizo en la calle se amilana y se larga a rastras con la cola entre las piernas. A enemigo que huye, puente de plata. Y luego sigues con una extensa dialéctica sobre lo que yo haría si don Ramón nos para por la calle siendo novios y me afea llevarte por el hombro; que si seguiría con mi amor hacia ti, o te dejaría tirada como Hugo deja a Carmucha. Y yo, callado y pensando lo mucho que me alegraría si en ese momento me cruzo con don Ramón en la calle y tengo que escucharle que su hija es una santa, que comulga a diario y que no se me ocurra tocarle ni un pelo de su simpar donosura… ¡Oh, Carmen! ¡Daría la mitad de mi sueldo para que ocurriese! Entonces lo miraría fijamente a los ojos y le diría con la mano en el pecho: Don Ramón, puede llevarse a su hija y hacer con ella un altar allí donde más fieles acudan a adorarla, no sé, ¡al valle del Tiétar! Yo no la merezco, de verdad; yo soy un pecador y un mal bicho que jamás en mi vida alcanzaré ni la base de la peana en donde debe instalar a su preciosa hija. Quédese con ella y no se preocupe por las cuentas. No me deben nada. Todos los gastos los doy por bien empleados si ella es feliz. Quédense el piso de Alfareros y déjenme en el portal, si no es mucha molestia, la biblioteca con los libros y algo de ropa; los libros no sabe utilizarlos y la ropa no le sirve. A mis hijos los veré los domingos y por mí no se preocupen lo más mínimo, pues malo será que no encuentre acomodo en alguna cueva, en compañía de dos ratas que por allí se dejen caer. Pero claro, son disparates míos, porque por muy chapado a la antigua que esté don Ramón, ya no me diría nada de eso. Cuando llega Carmenchu del colegio le pregunto por Hugo y la chiquilla me sosiega a cal y canto. Nos dejamos hace una semana. ¿Y tú que tal lo llevas? ¿Yo? Fenomenal. Era un poco cargante y si te digo la verdad, papá, no la vas a creer. Di lo que te parezca, cariño; siempre te creí y ahora no va a ser distinto. Lo que sea. Papá, a Hugo le huelen los pies una barbaridad, y yo eso sí que no. Si entro en mi dormitorio y todo está impregnado del olor a sus calcetines, como que no. ¡Ah! Pues no sabes cuánto me alegro. Le resumo el chasco que me llevo con su corazón roto, que no lo era tanto. Atiende, en tu hija hay razones de peso. De ahí la utilidad de acostarse los novios. Es la manera de que se quiten los zapatos, y así unos y otras comprueben si les ataca a las narices, no sea que lo descubras después del banquete, cuando ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. ¿No opinas lo mismo, Carmen?

VIII

SI QUIERES VIVIR EN PAZ, DEJA A TU MUJER MANDAR

Durante años he soportado con resignación estoica tu desprecio hacia mis libros. Pronto descubro que serías incapaz, no digo ya de leerlos, sino de respetarlos, porque aunque se escapen a tu corto entendimiento, podrías haber tenido la sensibilidad suficiente para comprender que son estudios muy sesudos. Vamos, que no están destinados al vulgo en general, sino a otros eruditos, otros catedráticos, alumnos o investigadores. Bien porque les aportan conocimientos y les sirven para construir ese gran edificio al que llamamos con mucha pompa la Cultura, o bien porque les satisfacen la curiosidad sobre asuntos que ellos, por lo que sea, no han estudiado tan profundo. ¡Ja! ¡Y un jamón con chorreras! Jamás te has parado a pensar en ello y el adjetivo más benévolo que les has dedicado es que son unos tostones, como los plátanos fritos venezolanos. Unos ladrillos impenetrables que no deberían haber existido nunca, porque así emplearía ese tiempo… ¡en escribir novelas de amor! Como ésas que dan por la radio para tirar del moco a gente como tú, gente que prefiere agobiarse por las desventuras de la pobre huerfanita antes que hacerlo por sus propias desgracias. Magnífico. Y tú quieres que contribuya a su alienación completa con nuevos textos. ¡Alegraos, nadie padece lo que Ama Rosa! ¡Podéis daros con un canto en los dientes! Las primeras veces, cuando llego de la imprenta con un ejemplar humeante que todavía rezuma olor a tinta, sólo deseo ver tu sonrisa y comprobar que te contagio, una pizca de mi alegría, pues pienso, como el refranero, que alegría belleza cría. Pero ya con el primero se me cae el alma a los pies. Lo coges, le das la vuelta sin abrirlo siquiera, y no se te ocurre otro comentario más oportuno que decirme si no podrían ponerle una foto en la portada. ¿Una fotografía de qué? ¿De la pasiva refleja? No distingues una novela de una monografía, ni la prosa de la poesía, ¡ni el gato con botas del coloquio de los perros! Y luego, sin siquiera haber pasado las páginas a la carrerilla ni haber echado el ojo a una, al azar, aunque sea para ver el tamaño de la letra, me lo devuelves diciendo: ¿Y cuánto te llevas tú de

cada uno de éstos? Porque yo sé de algunos libros que a los autores les salen caros si no venden tantos o cuantos, y éste, con las pintas que tiene, me da que no se lo colocas ni a papá por su santo. A veces me invade la tentación de zarandearte la cabeza, por ver si se te reordenan las ideas con el meneo. Te lo digo con todas las letras, porque no es que no tengas razón en eso de vender pocos ejemplares y perder dinero, que la tienes; es por el tono, el desprecio y el recochineo que utilizas. Oye, que era algo así como que te está bien empleado por escribir esos mamotretos infumables y no me vuelvas a dar la barrila con la matraca literaria porque me tienes harta. Si por ti fuera, prohibías la filosofía, la ética, la patrística y todo lo que no pudiese llevar la foto de unos novios acaramelados en la portada. El álgebra, por ejemplo. ¿Puede llevar una foto de Jorge Mistral y Rosario Granados? ¿No? ¡Pues fuera con ella! Atavismos de algún profesor tridentino, o de vete a saber dónde. Porque ésa es otra, tu idea del amor es comparable a la que pueda tener una niña de cinco años. El amor es ese sentimiento maravilloso que alcanzan los protagonistas de las películas en el último minuto de su historia y que a ti se te ha negado porque tuviste muy mala suerte con tu pareja, que en este caso soy yo. Pues estáis muy equivocadas, tú y la niña de cinco años. El amor no existe más allá de lo necesario para que una pareja entontezca y decidan vivir juntos, creyendo que es para siempre. No, no lo es. Después viene la convivencia, que es mucho más difícil, más elevada y más útil. Si le quieres llamar amor, vale; pero entonces hay que cambiarle el nombre a la tontería. ¿Por qué razón todas las películas de amor terminan precisamente con un beso? ¿Por qué no nos cuentan lo que ocurre después de que los labios de los amantes se espachurren en un ósculo de pasión? ¡Porque en el ochenta por ciento de los casos es una mierda y en el veinte restante, nunca será tan cinematográfico como lo fue en el momento del beso! Perdón. A veces algunas historias sí van al fondo de la cuestión, pero entonces no son películas de amor, ni novelas románticas, sino tragedias griegas o tostones aburridísimos, porque la convivencia tiene de saludable lo que tiene de rutinario. Terminan con un beso porque allí acaba el amor tal como tú lo concibes. Se despiden de él. Han vencido todas las dificultades y a partir de ese momento sólo les resta recordar que un día fueron el chico y la chica de una película que ha llegado a su fin. Se acabó. *The End*. Ahora se encienden las luces y se ven unos chorretones de grasa en los azulejos de la cocina que sólo se van con Blanco España. Todo muy fácil de imaginar. Lo siento, Carmen, pero ha sido así desde Altamira hasta hoy. ¿Quién ha escrito la historia de amor más grande de todas las épocas? Pongamos que haya sido don Guillermo Shakespeare cuando nos narra las relaciones del señorito Romeo con la señorita Julieta. Bien. Podría valer cualquier otro amor

de los clásicos, o uno de los actuales. Todo precioso, todo muy sublime y desprendido, pero fíjate tan sólo en dos detalles, Carmencita. Primero, comprueba que los dos jóvenes se aman, no porque estén imbuidos de una espiritualidad sublime, ajena a la que disfruta el resto de la humanidad, sino porque sus familias se odian, y no hay nada tan atractivo para unos adolescentes como llevar la contraria a sus mayores. Es la única manera en la que un joven se puede singularizar cuando todavía no ha acabado de formarse, oponiéndose a sus antecesores. ¿Es algo muy meditado? No, es automático. Los padres son carrozas y ellos vienen frescos. ¿Es algo útil para la humanidad? Eso depende de cómo lo encaren unos y otros. A veces, sí; a veces es una hecatombe. A ti también te pasa conmigo, que te desvives por contradecirme. A ellos les hace sentirse importantes. A ti, no sé. Creen que con esa postura altiva resuelven sus problemas existenciales, pero si sus padres se oponen a los deseos de Romeo, Julieta va a estar cada día más prendada de él, y viceversa. Lástima no haber reparado en ello los Montesco y los Capuletto, porque les bastaría pasar por alto sus diferencias, ponerles una cama con dosel a los chavalines y en dos meses cada uno marcharía por su lado y Shakespeare se quedaría sin obra. Pero ojo a otro detalle que la gente suele saltarse en esta historia. Por supuesto, don Guillermo sabe que escribe un monumento al amor y no quiere fallos. Todo debe funcionar con la precisión de una maquinaria relojera, como ocurre en el resto de sus obras. Si es el odio, odio a raudales. Si los celos, celos hasta el crimen. Si ambición, que se ambicione sin límites. Bien, pues con el amor intenta hacer lo mismo. Amor a borbotones. Pero entonces va, escribe la historia y se dice: Está genial, de esta pieza sale mi obra maestra. Pero el hombre la quiere perfecta. La mira, la remira y concluye: ¿Qué hago yo con estos dos serafines? ¿Que se compren un piso con derecho a cocina en Verona y que vivan su amor por encima de familiares y contratiempos? ¡No! ¿Quién se iba a tragar eso? ¿Concibes a Julieta rodeada de niños mientras pasa por la sartén unas judías rehogadas para cenar? Es una escena muy hogareña, muy familiar, muy entrañable, pero nada tiene que ver con una representación del amor romántico. Romeo volvería borracho, sin un duro en el bolsillo y con deseos de escapar de Verona a la primera oportunidad para regresar a la vida muelle que le ofrecen los Montesco si se separa de la Capuleto. No, no es una perspectiva adecuada para la obra cumbre del amor humano. Entonces, de repente, como ocurre en los grandes descubrimientos, don Guillermo tiene una revelación y se dice: Ahora todas las piezas encajan a la perfección. Romeo y Julieta la cascan en el último acto, los enterramos y, para colmo de felicidad, las familias de ambos se reconcilian y serán ellas las que vivirán felices comiendo perdices, no

los enamorados. ¿Capiscas ahora? Por eso la llama *La excelente y lamentable tragedia de Romeo y Julieta*. El amor es excelente, pero lamentable. El amor es tragedia, por no ser eterno. El hombre y la mujer no pueden vivir constantemente a partir un piñón porque es un plan contra natura. Un enamorado no hace nada, nada positivo, me refiero; excepto suspirar y poner los ojos en posición de santa Lucía, es decir, eviscerados sobre un plato. En esas condiciones no hay sociedad que avance, ni fontanero que arregle una fuga. ¡Qué decir ya de una calzada romana! ¿Te imaginas a cien cuadrillas de enamorados intentando levantar la catedral de León? Se caería de blandengue, sin áridos ni argamasa. Son seres de pastaflora. No quiero ver a los alumnos de mi clase afectados mayoritariamente por los efluvios del amor. Ya cuando hay más de tres con esos síntomas, el rendimiento baja una enormidad porque se contagia en dos tipos de reacciones: el zangolotino, que no para de moverse como si le hubiese entrado un repentino baile de san Vito, y el estafermo, que se puede pasar todo el santo día con la vista puesta en una mancha de la pared. Después de estar una hora entera con Lope de Vega de arriba abajo, les preguntas de qué hablamos y sólo alguno de los afectados, si tengo suerte, dirá que de literatura, que es la clase en la que están. Tú me das la vara con lo mismo. Que no te quiero, que no estoy enamorado, que no te compro estupideces el día de nuestro aniversario, o como dices tú, que no tengo detalles. ¿Cómo que no? Que yo sepa, he vuelto todos los días a casa, no he puesto en duda que los cinco niños son hijos míos, he traído el suficiente parné para alimentarnos a todos y ¡jamás!, Carmen, ¡jamás alcé la voz más de lo que ahora hago, cuando mi condición cadavérica no me permite desarrollar el estado de enojo de forma expansiva! Es curioso, pero normalmente obtienes conclusiones diametralmente opuestas a las mías. En el cine te encanta ver cómo sufre el héroe. Tú dices el chico, aunque estemos viendo *Rey de Reyes* y el chico sea Jeffrey Hunter en el papel de Jesucristo. Ésa te encantó, por ejemplo. Me explicas que es por el profundo catolicismo que la inspira, pese a que sean norteamericanos y supuestos anglicanos, pero yo estoy convencido de que no, de que sólo es por las judiadas que le hacen, aunque ya las conozcas de cabo a rabo antes de entrar en el Kursaal. Durante la película llego a sentir cierto canguis, como dice Marito, porque de vez en cuando me miras en la oscuridad de la sala y oigo tus pensamientos: Qué bien le sentaría a Mario una corona de espinas como ésa, y que lo azotasen atado a una columna delante del alcalde y de los delegados de todos los ministerios. Dime que no, dime que con *Rey de Reyes*, o con *Solo ante el peligro*, no piensas en verme como el doliente, mientras tú permaneces ricamente sentada en tu sillón del patio de butacas. Eso a mí no me lo quita nadie de la cabeza. Y no te lo digo porque piense que me deseas la Definitiva, que ésa

viene sin que nadie la llame. Es otra cosa. Una especie de venganza por haberme casado contigo, por no poder pavonearte en el Tiburón de Paco Álvarez y por no ir todas las noches al Pasapoga, donde sólo estuvimos una vez, acaso dos, con los Enríquez, previo pago de diez pesetas la entrada, porque muchos iban a echar un ojo y se quedaban de juneo en el ambigú sin hacer gasto. La noche que yo digo, a principios de diciembre del 60, o quizá del 61, te la pasas pendiente de saber si miro el culo a las mujeres que salen a la pista o si les repaso la espetera a las bataclanas del Jhay y del Savoy, unas chicas muy bien armadas a las que invitan a una copa de balde para dar color a la pista cuando no hacen el pase en su espectáculo, unas manzanas más abajo. Y es verdad, las miro porque aquí ninguna iba tan apretada y con la raya de la media tan bien puesta, desde el centro del muslo al centro del zapato, como esas vicetiples madrileñas. Miré, Carmen; miré cuanto culo pude y más que lo haría de no descubrir al instante tu cara de lechuza arrugada que anuncia bronca en casa. Nunca volvimos al Pasapoga, me dices un día cuando Marito ya ha cumplido los catorce y se puede quedar al cargo de su hermana. ¿Al Pasapoga?, te contesto. A lo mejor ni existe y, si está abierto, hoy irán esas chicas con faldas tan cortas que espabilan las pupilas del más frío de los hombres, y a mí me asusta pensar en la cara que pondrías si me descubres mirándolas. No, Carmen, no volvemos al Pasapoga porque es un suplicio, como lo es casi todo lo que hacemos juntos. ¡Ah! ¿No lo sabías? Sí, cariño, eres más pesada que Castro en la ONU.

IX

VIENTO, MUJER Y FORTUNA, MUDABLES COMO LA LUNA

La costumbre te hace más llevadera, pero siempre que tasco el freno y me detengo a analizarte, me da el mismo resultado. ¡Hay que ver lo pelma que es mi mujer! Yo entiendo que posiblemente nos hayamos unido sin grandes aficiones comunes, salvo haberte dejado aquella mano sobre el hombro, que más arrepentido no lo puedo estar. Sí, mujer, los niños son muy guapos y todo eso, pero eres como una rémora que se acarrea de la ceca a la Meca, y de la que sólo descansas si desapareces. Por eso fue una gran ventaja cuando me dieron las arcadas finales, porque pienso en un segundo que me estoy muriendo y que ya no voy a aguantar mecha otra tarde de domingo, con lo flojo que ando de tragaderas. Y así es. Aunque muero sin que me digan los jesuses, lo hago muy a gusto con ese pensamiento de felicidad en la cabeza. ¿No se me nota en la cara? ¿No viste dibujada en ella una mueca de placer, leve pero notoria? Creo recordar que la puse. Y hablando de ese instante, tengo una buena noticia para ti. Al final sí existe ese túnel de luz que tanto te preocupaba, y ya ves, también hay pensamientos y una infinita gloria, pero me vas a perdonar que no te dé más detalles, porque no estoy autorizado para ofrecer según qué clase de información. Quizá más adelante. Hoy sólo tengo permiso para hablar de lo nuestro y bastante te he dicho ya. Tú pensarás que no me lo permitirán nunca porque soy malo y me estoy comportando fatal contigo, pero no es verdad. Estoy autorizado para las descripciones, nunca para el insulto, de modo que medita en lo que te digo porque nada es mohíno, sino retazos de los años pasados juntos. Ninguno de nosotros los habíamos soñado así antes de contraer, pero ya lo dice la palabra, contraes matrimonio, como contraes una enfermedad, y en nuestro caso con incesantes recaídas. No supimos hacerlo. Lo mismo que España. Y aquí estoy yo, muertecito para demostrarlo. No pretendo escaquearme sin culpas, lo que no quiero es llevármelas todas, como supongo que te pasa a ti, aunque en tu discurso no me dejas margen para equilibrar la balanza. Pongamos que tienes razón cuando culpas a Moyano y a Aróstegui de brujerías

realizadas contra mí, a saber con qué fines y en qué maléficos planes contenidas. Pues vale, te lo admito. Soy tan poca cosa, tan poco valgo, que esos dos muertos de hambre, como los llamas, me toman por el pito del sereno y se dedican a hacer de mí una marioneta sin sentido a su servicio. Pues muchas gracias por la alta consideración en la que me tienes, que no sé ver en Moyano al ganso que tú detectas al instante con sólo intercambiar cuatro frases mal rimadas. Y con Aróstegui, tres cuartos de lo mismo. Aunque menos, porque de Aróstegui ni siquiera te dignas a conocerle la cara cuando nos invita para celebrar que le publiquen los versos con los que gana un accésit del Adonáis. Hombre, no digo yo que el Adonáis sea el Nobel, pero llevarlo, aunque sea un accésit, sólo está al alcance de plumas muy contrastadas. ¿Se han equivocado con Aróstegui? No, no lo creo, lo que pasa es que a ti te dicen Adonáis y es como si te hablan de las islas de Sotavento, que no las sitúas en el mapa. ¿Un adonáis? Sí, es algo de belleza. Este hombre es un adonáis, se dice. ¡Pues anda que Aróstegui sale guapo en la foto del periódico…! No, no voy a la fiesta de ese poetastro, porque vais a reuniros una panda de rojos y no tengo ganas de oíros barbarizar contra el Pardo. Así estaréis más a vuestras anchas y yo, en casa, de mil amores. Incluso es posible que aproveche y rece un rosario por vosotros. Y entonces vas y le dices a Transi que estoy dominado por esa parejita de tontos útiles, que me pueden las malas compañías y que cualquier día saldré volando por la ventana de la cocina, no sé si con escoba o con alas, porque la transformación demoníaca aún no está decidida. Menos mal que de momento no se ha hecho del PC, pero me temo que cualquier día me venga con la nueva. No, ni me lo dirá. Para esas cosas él es muy judeomasónico. ¡Bárbaro! Muchas gracias por la confianza que siempre depositas en mí. ¿Mario? Sí, por ahí anda con sus fruslerías del averno. Y para qué hablar de *El Correo*. Eso sí que bate todos los récords. Un periódico que no vende es el argumento perfecto para cualquier zopenca como tú. Es definitivo. Lo que no da pasta no vale para nada, que es la vara de medir de la pequeña burguesía. Por eso te joroba tanto que hagamos campaña en pro de la igualdad de oportunidades y de la enseñanza gratuita, porque temes tener que aflojar tú la mosca. ¿Por qué no publicáis cosas que interesen a la gente?, me preguntas toda repolluda cuando comentamos las deudas que tenemos en *El Correo*. ¿Qué más le puede interesar a la gente que se luche por dar gratis educación a sus hijos? Y tú saltas como un tigre: ¡Ahí lo tienes! Eso sólo preocupa a don Nicanor y a sus compañeros de viaje, porque si el niño vale, va a salir adelante. ¡Y a lo mejor sin necesidad de ir a la universidad, como el hijo de no sé quién, me gritaste, que ha puesto una fontanería y le están entrando los monises como nunca los vimos en nuestra casa! ¿Por dónde entran? ¿Por un grifo?, te pregunto, y tú me tuerces la

mirada. ¡Por un tubo, Mario, por un tubo! ¿No has oído hablar del PIO, el Patronato de Igualdad de Oportunidades? Pues existe, porque Franco ya pensó en eso, así que dejadlo en sus manos y dedicaos a algo de provecho, que por haber perdido la guerra no estáis autorizados a mangarla. De verdad, Carmen, lo tuyo es estomagante, porque ya no es que te importe un comino lo que pueda angustiarse esa gente, sino que, además, te parece mal que alguien se interese por ellos. ¡Con el PIO ya está todo resuelto! Ésa era tu frase favorita. Si te preocupases un poco más por los tuyos y menos por los que no conoces, mejor nos iría. ¿Cuántas discusiones acabaron así? Muchas, todas las que tienen que ver con el dinero, porque ya me dirás qué me quedaba después de escucharte cosas que no dice ni Franco. ¿Qué digo Franco? A tú lado el del Pardo es un rojazo de libro. Y Girón es Marx con acento andaluz. Les pasas por la derecha a todos y me quedo corto. Recuerda cuando hace poco se hablaba de la Ley Orgánica y tú preguntaste de qué iba. Al decirte que Franco va a separar la Jefatura del Estado de la Presidencia del Gobierno, comentas que te suena a liberalismo y que si se empieza a cuartear el régimen quedarían cachitos cuando el hombre muera, que algún día será, digo yo. Y la tarde en la que el niño llega de clase diciendo que el profe de Formación del Espíritu Nacional, ya sabes, el estirado de Anselmo Pons Pita de Sarabia, les ha dicho que él también está en contra de separar los poderes, se te ilumina la cara pensando que no se han perdido los valores y que todavía hay españoles a la derecha de Franco. Que sí, Carmen, que lo tuyo es muy rancio y si te diesen a escoger quitas al ferrolano y pones a don Rodrigo, que es varios siglos más preconciliar. Tiempo pasado, siempre loado. Pues *El Correo* no está en eso y yo creo que, si aguantamos el arreón de los veinticinco años de Paz, la gente comenzará a pedir comentarios como los nuestros, europeos, avanzados, de honda política social y eso. Pronto habrá la posibilidad de crear asociaciones políticas y lo vivido hasta ahora nos va a parecer un recuerdo chungo. Y digo «nos» porque intentaré compartir vuestra alegría, cuando llegue, aunque sea confundir churras con merinas, porque ya no sufro, ni padezco; ni río, ni me regocijo. No te gustará ni un pelo cuando te toque, porque tú eres muy dada a las emociones, a la sangre en la arena, a las saetas y a los olés. Y aquí, de eso, nada de nada. Te lo avanzo. Es algo así como estar *in albis*, que eso es lo que significa, pero coscándote de todo. No me negarás que tu defensa es endeble. Yo es que soy así. ¡Ja! ¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que hay que comprarte tal como vienes de fábrica, porque eres incapaz de mejorar, de aprender, de rectificar, de pulirte, de cultivarte, de evolucionar…? Yo es que soy así. Pues yo, asá. Y si tú tienes derecho a ser como te da la gana, tu querido Stalin, también, y ya está liada la cosa.

X

LA ENVIDIA SIGUE AL MÉRITO, COMO LA SOMBRA AL CUERPO

En vida soy hombre que reconozco mis debilidades y una de ellas es caer en la tentación de la poesía tres o cuatro veces, no más. Quizá me empuje Aróstegui con su Adonáis. Quizá lo haga por probar. Tú te llevas un susto tremendo cuando lo descubres porque no tienes ni idea. ¡Ajajá! Como soy judeomasónico, no te digo ni pío. Creo haberte oído que uno de mis hermanos, Elviro o María del Rosario, es quien te quita la venda de los ojos sobre mis veleidades de vate. Da igual, no se lo reprocho, pero no creas que me hace mucha gracia cuando me entero. Sólo faltaría que después de las burlas sobre mi prosa te escuche risas sobre mis versos. Y, además, es verdad, son un adefesio y raspan como una lija de metales. Lo digo antes de que lo averigües de tu mano. Te pillas un berrinche de campeonato porque mis hermanos conocen un soneto que había dedicado a tus ojos, te acordarás. Déjame leerlo, déjamelo, por lo que más quieras, me perseguiste por todo el pasillo. Y yo, que ni hablar, que son un churro. Después de aquello, y por miedo a que acabases leyéndolo, lo rompo en añicos, así que puedes ahorrarte la búsqueda por los cajones de casa, que no encontrarás nada. Pero para que no digas, te voy a recitar una cosita que decía por el medio, a ver si luego te acuerdas y se la cotilleas a Valen para reíros juntas. Presta orejas, porque no lo repito y a continuación prometo olvidarlo, si puedo. «Ausencia de mal, barniz de miel, ojos de añil; tú, mi crisol; tú, mi azul». Una mierda. ¡Dios, qué basura! Lo critico yo sin esperar tus opiniones porque con eso de que están dedicados a ti puedes convencerte de que son una maravilla, que te conozco. ¿Ves? Ya estoy arrepentido de haberlo hecho, que tú de memoria nunca fuiste mal del todo, aunque sólo te sirva para ser un papagayo que lo repite a título de inventario y declamar a Ovidio sin saber ni quién es ese señor. Ahora bien, no creas que tengo un cajón repleto de poemas dedicados a ti. Te dedico ése por dos razones. Una, porque, las cosas como son, tienes unos ojos preciosos, y dos, porque ese día me sube la fiebre más de la cuenta por culpa de aquella gripe de hace diez años, que me encama y todo. En esos días tú pasas las

visitas hasta nuestro dormitorio sin avisar ni nada, y cuando viene tu hermana Julia me pilla con el orinal en la mano encima de la colcha, a punto de descorrer la bragueta del pijama. ¿Qué haces?, gritas tú como si me hubieseis sorprendido en pleno pecado nefando. ¿Qué hacéis vosotras? ¡Yo intento mear, cojones! Creo que es la primera vez en mi vida que digo cojones en tu presencia. Y os marcháis avergonzadas. ¡Qué menos! Pues sí, aquella semana, no sé si antes o después de la interrupción, supongo que antes porque es cuando más alta llega la temperatura, tomo como puedo recado de escribir y pongo uno detrás de otro los famosos versos. Reconozco ante el Parnaso que hago rimar *ojos* con *hinojos*, que está a la altura de rimar *amor* con *dolor*, y que bastaría para aconsejar mi expulsión de cualquier foro literario, pero a mi favor opongo que no queda de ellos un trozo de papel mayor que una uña. Sí, Carmen. Ésa es otra de tus especialidades, el don de la inoportunidad, el que tú me reprochas a mí. ¿No podías haber llamado? ¿No podías haber entrado tú primero y después de comprobar que todo está en orden de revista que pase luego tu hermana? No, porque eso estaría bien hecho y lo que tú perseguías era dejarme en ridículo. ¡Cuántas veces pensé en esa imagen, en verme de rodillas a punto para la micción y en cómo le quedaría grabado para siempre a Julia semejante cuadro de su cuñado doliente, orante y orinante! ¿Sabes que sólo el tres por ciento de los personajes literarios aparecen descritos en una obra mientras hacen aguas menores en alguna ocasión? Y de ellos, sólo el cero coma ocho son los protagonistas de la novela. Es extraño porque es una necesidad que los humanos tenemos al menos tres veces al día. Y haciendo lo otro, mucho menos. Un cero con cinco, o por ahí. Ya lo sabes. Lo investiga un colega alemán y lo publica en *Die Weltbühne*, bueno, en un sitio. Que conste que a mí nunca me gustó esa manía de mear en la bacinilla para no enfriarte, porque, si lo piensas, el biruje te coge cuando te coge, y cruzar el pasillo para llegar al servicio no es como atravesar el Antártico, sobre todo si te pones la bata y te calzas unas zapatillas. O como hacía mamá, que, antes de que entrase mi padre cuando estaba enfermo, quemaba una palangana de alcohol para calentar el ambiente. Pero tú, como estás educada en el castillo de la Mota, donde hay que bajar a las cuadras para cambiar de agua al canario, pues venga, a poner orinales de porcelana debajo de las camas, con la peste que dejan en la habitación, especialmente si es de enfermo febril, o si se acumulan durante toda la noche sus emanaciones. No sé por qué, pero a mí ese amasijo de olores, entre el sudor de la cama y la orina bajo ella, me lleva siempre a pensar en un fumadero chino. Será por sus escupideras y por el olor que intuyo en sus habitaciones, pues bien sabes que jamás estuve en China, ni contacto tuve con gentes de aquel territorio dejado de la mano de Dios

al que decimos amarillo. Sea como fuere; pis y poesía, temperatura y métrica, oración y plegaria, quedan para siempre fundidos en mi memoria gracias a una sabia combinación de tus costumbres medievales y tu inoportunidad. Pero está bien. No voy a hacer más herida de un episodio que meses más tarde tú misma cuentas aderezado de grandes risotadas en la cuchipanda de San Ramón, con tu padre y su hija Julia delante, aunque naturalmente ella, que es bastante más discreta que tú, se limita a bajar la cabeza con un hilillo de sonrisa colgado de los labios, pero sin esa demostración de alegría vergonzante que tú le pones al relato. Tanta, que yo mismo acabo por contaros que cuando salís del dormitorio tengo que dejar el orinal vacío debajo de mi lecho de dolor, porque se me han pasado las ganas con el bochorno. Se me ha cortado. Y eso, como no lo sabes, te hace callar. Ya ves lo que son las cosas. Cómo disfrutas reduciéndome al mínimo común múltiplo, a aquello que me haga parecer lo más pequeño del universo, algo tan minúsculo que hasta tú me superes. Con lo bonito que habría sido ayudarnos y aportar uno lo que al otro le falta. Complejo de estrados, le llamo para mis adentros, porque tu comportamiento tiene bemoles. Mientras no saco la cátedra, anda que no te pitorreas. Según tú, no voy a ser capaz. Que yo, profesor, sí; pero el traje de catedrático me queda muy ancho, que van varias convocatorias y nada, que no retengo, como los niños; que estudio, pero sin aprovechamiento, porque me doy la vuelta y se me cae el conocimiento por una oreja, como si fuese agua de Valencia que me hubiese metido con jeringuilla. Algo le pasa, cotilleas a tu padre para que yo lo oiga y meter cizaña. Estudiar, estudia, no digo yo que no, pero al poco se le olvida y no hay manera. Pero, amigo mío, en cuanto doy el do de pecho, una vez pasado el primer año en el que te pavoneas de paseo a la salida de misa, como si nos hubiesen hecho marqueses o yo qué sé, tuerces el gesto y dices a tus amigas que en España ser catedrático de instituto no es como en Francia. Que aquí nos hacen casi por aspersión de agua bendita, porque necesitan un cupo por instituto. No es por quitarle mérito a Mario, pero es la verdad. Pues sí, esa reacción tuya me tiene en ascuas una buena temporada. ¿Por qué será que antes no quiere más que verme de catedrático y ahora le parece una insignificancia? Me cuesta otro año más averiguarlo, pero un día se me encienden las luces y lo veo como agua de manantial. ¡Torpe de mí! En gran medida es porque supones que nos subirían el sueldo una millonada. No sé de dónde lo sacas, pero realmente esperas un maná inagotable, de tal forma que cuando llega el aumento te da un sofoco que dejas de hablarme durante dos días. Y yo creyendo que me habías visto con Encarna. Sí, porque le prometí unos boquerones cuando cobrase mi primera nómina de catedrático. Fíjate qué estúpido. Lo celebro con Encarna, dejas de

hablarme, y pienso: Me ha visto, porque sí, los boquerones nos los tomamos con unas cañas en Casa Zarrías. ¡Menuda ocultación! ¡Casa Zarrías, donde van todos nuestros amigos, el Ayuntamiento en pleno y los cofrades del Santo Entierro, que salen de San Pedro Regalado! Pero no, no me cachaste. Es porque sueñas con que una lluvia jupiterina de oro caiga sobre nuestras cabezas a raíz de la oposición. Y luego, poco a poco, a partir de aquel chasco, construyes tu particular complejo de cátedra. Yo soy catedrático y tú no. Entonces piensas: vamos a hundirlo todo lo posible para que descienda a mi altura y así nuestras amistades crearán que estamos al ras. Y yo, como siempre fui algo bambarria, te dejo hacer y deshacer a tu antojo. La pobre se divierte cuando me ve por los suelos. Dejémosla. No tengo fuerzas ni ganas para rebatirle nada de lo que se trae entre manos. Eso es ya al final, cuando me defienden todos, incluido tu padre y Julia, y cualquiera que sepa cómo está el panorama. Pero, mujer, no te ensañes con él, que en la calle se escuchan juicios muy positivos de tu marido, te dice una de tus amigas, no sé cuál. Yo acabo de entrar y quizá ni tú sabías que ya estoy delante del perchero. Me apalanco en el *hall* y te escucho. ¡La calle, la calle! ¡Si la calle supiese lo que se cuece entre estas paredes, cambiaría su discurso en un plis plas! Y yo me quedo a cuadros. ¡Lo que se cuece entre estas paredes! ¿Pero de qué hablará esta mujer, si lo único que se cuece aquí es la coliflor de todos los viernes de vigilia y la merluza de uno de cada tres…?, si hay suerte y no son los restos del jueves. Ésa es otra de tus poses ante las amigas, dar pena. Una, dar pena, y la otra, quitarme méritos. No sé qué consigues con lo primero. Con lo segundo, sí. Ya digo, rebajarme tanto que a poco de compararnos tú subas muchos enteros. Esta Carmen vale un montón, está llevando la casa y los niños ella sola, porque lo que es él, menudo sieso. Haciendo unos libros que no leen ni los censores, unos artículos que con sólo ver el título te caes hacia atrás de espaldas y se te quitan las ganas hasta de saber de qué van. *Cooperación versus solidaridad*. Toma ya. Como para leérselo a un enfermo. Menuda verbena tienen que organizar noche sí y noche también en esa casa. Es cierto, Carmen, eso lo comentan tus amistades porque has conseguido convencerlas de que si haces una novena tras otra sólo es para salir de la rutina, que tú tan de san Antonio no eres. ¡Ay! ¡Si tú supieses la alegría que me dabas anunciándome que la semana siguiente comenzaba la novena del Carmen y que a ésa no puedes faltar porque es una promesa ante tu madre muerta! Doy por bueno que cenemos un poquito más tarde. ¡Uf! Sí, más tarde. No importa. Llegaré a las siete, los niños estarán a sus cosas y podré tirarme en la piltra a la pata la llana sabiendo que hasta las nueve y media no se te espera. Porque ésa es otra, esposa mía, ¿a qué viene esa manía de no dejar que me tumbe a la bartola si llego cansado? Los

niños agotan al más pintado y cada año que pasa, más. ¡Me arrugas toda la colcha!, protestas con voz de gallina clueca y, además, éstas no son horas de estar acostado. Todo porque me ves un poco traspuesto con la siesta del carnero antes de cenar. Yo no sé si son horas o no, pero el esqueleto me lo agradece como si le diese una langosta *menier* todos los domingos. Ya sabes lo que me pirro por una langosta *menier* y lo que habría dado por comerla en el banquete de bodas, pero tú, venga que no, que lo paga mi padre. ¡Cinco pesetas de diferencia había con el solomillo! Cinco miserables pesetas que serían el chocolate del loro. Allí comprendí lo que se me venía encima. La perpetua sin fianza, y a mayores, las acusaciones constantes de que yo siempre tendré la culpa de todo. Y es cierto, nunca remamos en la misma galera y, si lo hicimos, estábamos sentados uno frente al otro, no al lado, que es lo suyo para avanzar.

XI

CON EL PASO DEL TIEMPO, LA IGNORANCIA GANA CONFIANZA

Pues eso, ni tumbarme un ratito entre siete y ocho, ni langosta en la boda. Me hubiera conformado con tomarla algún domingo que otro, porque un crustáceo *di cardinale* no nos va a desequilibrar los gastos. Atiende, porque a lo mejor no lo sabes. El kilo de langosta en los primeros meses del 36 -atención, ¡del 36!- va a tres pesetas y media en Santander. Un poco más al sur, y en ese mismo momento, llega al duro. Hablamos de la España republicana, no te lo pierdas. Último precio que veo en el mercado antes de diñarla, veinte pesetas kilo. Dime tú si no podíamos haber tenido el detalle. Pues no, haces todo para impedirlo. ¡Sí, hombre, con lo que ganas vamos a comprar langosta para el señor, que se cree el Aga Khan! Que para mí las tengo que no sabías ni quién era el Aga Khan. Además, siento decirte que lo pronuncias mal, porque suena como a cochinadas de perro, que te lo noto por el rabillo del labio. Después, cuando se enamora de la catalana Silvia Casablancas y salen unas cuantas fotos suyas en la prensa, pones los ojos como platos y te fijas en que se escribe así, Aga Khan. A partir de ese día comienzas a pronunciarlo de otra forma. Por Quevedo que lo noto. De algo nos vale a los filólogos haber estudiado las plosivas labiales y las fricativas palatales. ¡Aaaga Kjhan!, decías muy graciosa, abriendo la boca más que antes, como si se hubiese posado sobre tu cabeza la lengua flamígera del Espíritu Santo para corregir tu acento. A las pocas semanas, Silvia Casanovas le da calabazas y tú no sales de tu asombro. No lo entiendo. Un tío guapo, multimillonario, que te lleva a Cannes, a Capri, a Cortina D'Ampezzo… Aquí voy a ser algo malo. Algo peor, porque sé que no había necesidad de burlarme tanto, pero qué le vamos a hacer, una por ti y mil por mí. Es la guerra, Carmucha. Digo que no se te escucha Cortina D'Ampezzo, sino Cortina Dan Pecho, como si fuese teta de novicia, y aquello es para partirse la caja. Siempre con respeto, Carmen, siempre con respeto. ¿Tú me viste alguna vez reírme de ti porque pronunciases una cosa o la otra? ¿A que no? Me río ahora, en silencio, sin llamar la atención de nadie ni dejarte en ridículo. No se

puede asegurar lo mismo a la recíproca, porque menudas risotadas te salen del alma si puedes pillarme en algún renuncio de cualquier tipo. Lo que pasa es que no te resulta nada fácil, porque un catedrático, quieras que no, maneja cierta cultura y la retiene, te lo juro, Carmen, que la retiene. Si fuese a repasar todas las meteduras de pata de este estilo que tuviste, no acabamos hoy; pero, en fin, déjame que te refresque aquel sábado en el que vamos al cine con los Enríquez y camino del Kursaal les sueltas que a ti las películas de negros te encantan. Ninguno sabe qué cara poner. Ni yo, que seguramente en ese momento estoy con la cabeza en Babia. Estrenan *Niágara* y tú crees que las cataratas están en África. Te suena. No, mujer, te aclara Torcuato, que además intenta ser correcto, las cataratas están entre los Estados Unidos y el Canadá. Y tú, empeñada. ¡Pues hay otras en África que si no son Niágar, son Niágaro! ¡Parece que las estoy viendo, con sus negros al lado y con todo lo que hay en África! ¡Porteadores, *bwanas* y leones! Hasta Torcuato se ve en la tesitura de decir que sí, que algo de eso le suena en el Congo Belga, porque va a empezar la película y tú sigues con la tabarra africana cuando todavía no ha desaparecido el olor a ozonopino. Pero lo mejor es cuando se apagan las luces y ves que sale Marilyn Monroe. Entonces abocinas la voz y nos gritas en sordina: ¡Esto es! ¡Ahora se explica todo! ¡Como sabía que era de Marilyn, me confundo con *Mogambo*, y de ahí el lío! Ésa es la puntilla. No contenta con trasladar las cataratas a África, ahora metes a Marilyn en el reparto de *Mogambo*, y a Ava Gardner… vete tú a saber dónde, que seguro que la pones de Juana de Castilla en *Locura de amor*; después de todo, Luis Miguel Dominguín hace con ella alguna que otra locura, o eso dicen los cotillones. Menos mal que callas hasta que se encienden las luces de nuevo y nos vamos a tomar la ración de calamares a Santiponce, como siempre que salimos del cine. Ya no es que con tu desconocimiento se llenen varias enciclopedias, que eso, más o menos, nos pasa a todos, lo tuyo es el atrevimiento, el empecinamiento y la dureza de mollera que impide arrancar lo que por error o por arte diabólica se cuela para incrustarse en las paredes de tu hipotálamo, cariño. Ya estarás contento, catedrático, prorrumpes de sopetón mientras lees la prensa en un desayuno. No te pierdas esto del ministro de Vivienda. Como Sánchez-Arjona, que a ti te parece tan reaccionario, tiene un corazón que no le cabe en el pecho, les había dado 25 000 pesetas de su bolsillo a unos gitanos para se hiciesen un poblado en San Martín de la Vega, muy cerquita de Madrid. El de Altamira lo llaman. ¿Y sabes qué ha pasado? Viene hoy en el periódico. Pues que ahora que lo acaban, gracias a esa manteca del ministro y a mucha más derramada de bóbilis, bóbilis por el Ministerio, argumentan los muy finolis que en las casas no pueden estar ¡porque se constipan! Y las han dejado muertas de risa para

volver con sus carros por España adelante. ¿Qué te parece? Vuelve a darles algo gratis. Eso es para que sigas publicando artículos sobre la igualdad de oportunidades. La cabra siempre tira al monte, te pongas como te pongas, Mario. Que no tienes la azotea donde hay que tenerla, porque estas cosas se ven venir a la legua y no hace falta ser el mago Mandrake para adivinar lo que va a pasar con las viviendas. Nubes negras, agua en las tierras. Hazme un poquito más de caso a mí, que ya lo decía mi padre, Carmencita, todo lo que te falta de estudios lo suples con tu pesquis, y es verdad, yo de pesquis ando de miedo. Todo eso me lo sueltas de corrido y yo sin saber una palabra de los gitanos de Altamira, ni de las pesetas de Sánchez-Arjona, ni de nada de lo que esa mañana me dices, pero, según tú, si dos tipos de la raza calé afirman que se constipan por vivir bajo tejado, la culpa es mía. Y todo por pedir que en España exista una ley para la igualdad de oportunidades y cualquiera que lo merezca pueda estudiar en la universidad sin que dependa de la cartera del padre. La verdad es que te luces a la hora de elegir argumentos. Me estrujo el magín por verte cuando lees la noticia y piensas a bote pronto: ¡Ésta se la tengo que contar a Mario! ¡A dónde nos llevan las ayudas sociales! ¡Unas casas que constipan! ¿Y qué? Entre los payos hay muchos que se escapan de sus domicilios y ni siquiera explican por qué lo hacen. De ésas tuviste otra sonada. Cuando voy a la mili me encuentro allí con un tropel de gente que por primera vez en su vida se sienta en una taza para hacer de cuerpo. Te lo digo y tú me sales con que entonces va a estallar un conflicto en España porque pedirán váteres en todas las chabolas. Tienes cada salida, Carmen, que asusta. Incluso a mí, que debería estar curado de espanto. ¡Pobrecillos reclutas de mi compañía! A otro de ellos, analfabeto, le enseño las primeras letras. Consiente que lo haga si al mismo tiempo le sirve para escribir una carta a la novia. Vamos a un ritmo de una diaria y en tres meses la moza le contesta que la olvide, que sale con otro. El sorche entra en desazón y temo que acabe como una regadera, pero poco después me pide que le ayude con una carta en la que le diga que está muy contento y que ella se vaya a ya sabes dónde. Me alegro, porque al menos se le han pasado las ganas de matarla, pero le digo que espere hasta el día siguiente, de modo que cuando viene le propongo que le envíe estos versos a la zagala, sin otra explicación: «Tantas cartas te escribí, / novia mía, por correo / que en vez de quererme a mí, / te casé con el cartero». Le parece muy bien, le enviamos los ripios y al regresar de un permiso, me dice el tío muy contento: «El cartero es más feo que Carracuca». Y es que había dado en el clavo. ¡El nuevo acompañante de la moza era el cartero del pueblo! Me parece una anécdota simpática, pero cuando te la cuento no se te ocurre mejor respuesta que acusarme de colaborar en contra de las mujeres, te acordarás. No sabía que estábamos en guerra. Tú me

entiendes, Mario. No, no te entiendo, Carmen. Lo tuyo es un permanente chocar de espadas. Como eso de que nos pasamos las tertulias hablando de mujeres. Una idea que se te mete en la mollera desde antes de casarnos y no hay forma de arrancártela, ni con fórceps. Que si tú oyes, que si te acercas y cambiamos de tema, que si no te damos gato por liebre, que si no hay más que vernos las caras de sátiros… Carmen, eso es de psiquiatra. O, por lo menos, de otorrino. O tienes dentro una madeja que te reconcome o estás medio sorda. A mí no me salen otras cuentas. ¿Tú crees que unos señores hechos y derechos, alguno con más años que la plaza de Ronda, van a dedicar sus vidas a eso? Y también ¿a qué le llamas tú hablar de mujeres? Yo no sé hablar de mujeres. Sí, puedo decir de alguna que está para mojar pan, pero de ahí no me sacas; ni a mí ni a ninguno de nosotros. No es un tema con mucho recorrido una vez que has cumplido los dieciocho… veinte años. No concibo a Moyano o a Aróstegui proponiendo que hablemos de mujeres. ¿Y ésta? Está para mojar pan. ¿Y esta otra? Está para mojar pan también. Y así hasta la hora de retirarnos. Un poco soso, ¿no te parece? Porque supongo que podremos hablar de madame Curie sin que contabilice como una de esas conversaciones que tú llamas «de mujeres». O que podremos comentar si Peláez, el de Dibujo, se ha liado con la madre de una alumna…, que, por cierto, después averiguamos que no, y no tuve ocasión ni tiempo para decírtelo. Peláez y la señora se ven dos días seguidos fuera del instituto, pero es porque ella borda el pendón de la parroquia de San Diego y le pide que le eche una mano, pero no en parte alguna de su cuerpo, sino en el dibujo del santo sevillano, cuyo perfil bordado se gastó por el roce. Así que devuélvele la honra, que yo ya lo hice antes de estirar la pata. Pero sí, esos chismorreos, si los hay, no digo que no se comenten, pero lo que es decirlos, enterarnos y saltar a otro asunto. Anda que si es por eso ibais a estar libres las de tu pandilla. ¿Que no? Lo vuestro sí que es un despiece a conciencia del paisanaje, incluidas vosotras mismas. Españolito que vienes al mundo, una de las dos Españas ha de helarte el corazón… El día que faltes a la peña del café. O, como lo describe Moyano, comenzáis por la coronilla y termináis por la rabadilla, que está muy bien traído. ¡Qué desmenuce! A mí lo que me asombra es el exacto conocimiento de todos y cada uno de los miembros de las familias a las que despellejáis, porque para *Niágara* no, pero para recordar los nombres y apellidos de los hijos, de las hijas, de los maridos de las hijas, de las suegras, tías, cuñadas, abuelos y abuelas, vaya si te das maña, casi tanta como Matías Prats, que antes de hablar del banderillero repasa a todos sus ancestros. Tú, y todas -no vamos a singularizar-, sabéis situar a los primos en su lugar correspondiente y sin un fallo, lo cual demuestra que abundas en prácticas. Y es que les hacéis un

seguimiento desde la cuna. Alfonsito, el de los Carrascosa, tiene que andar ahora por los veintidós. Sí, porque me acuerdo que pasó la escarlatina dos años antes que mi Aránzazu y mi Aránzazu le lleva tres, así que hoy tiene que tener veintidós porque mi Aránzazu acaba de cumplir los veintitrés. ¿Cómo es posible realizar una deducción tan complicada y, sin embargo, pensar que las cataratas del Niágara están en África? Misterios que ni siquiera donde me hallo tienen una solución satisfactoria, aunque tú dirás que todo se basa en prestarle atención, como las vacas, que parece que no se fijan pero, si nada se lo impide, vuelven solas a la cuadra todas las noches. Pues será, pero a mí me puedes enumerar mil veces los hijos de Antonio y Bene y mil veces confundiré sus nombres, o no sabré si Laurita viene antes que Toñín, o viceversa. Por no saber, Carmen, a veces dudo de los nuestros y cuando me lo preguntan me paro a pensar si tuvimos a Borja antes que a Álvaro, o es al revés. Exagero. Desde hace años sé que el tercero es Álvaro y Borja el cuarto, porque por chiripa o por lo que fuese les pusimos los nombres por orden alfabético y eso ayuda. Lástima que Carmenchu vaya antes y no después. Álvaro, sí, fue por un primo tuyo de La Bañeza que se mató al caerse del caballo cuando tenía diecisiete y tú le habías hecho la promesa a la Virgen del Castro de dar al mundo otro Álvaro si tu primo iba al cielo, que hasta yo lo vi bien y todo, porque seas creyente o agnóstico está bien eso de repoblar el mundo. Pero ¿lo de Borja? ¿Qué Borja se te ha muerto a ti que yo me entere? Ya, no hace falta que me contestes. Te emperras en llamarlo Borja porque de repente se pone de moda y punto. La gente no lo relaciona con los Borgia, que si no… Yo no dije ni oste ni moste, porque por experiencia sé que sólo podría empeorarlo, y que conste que si te recuerdo que Borja y Borgia son lo mismo seguro que cambias de opinión en un suspiro, que tú nunca fuiste muy partidaria de Lucrecia, ni de Alejandro, ni de ninguno de esa familia, pero ahora ya está. El pobre Borjita fue un pedazo de pan desde que nació y como sabe que es el cuarto sólo llora cuando se ve agotado por el hambre, la impaciencia, la fiebre o el dolor. No como lo otros, que desde el principio saben que si no lloran no maman. No quisiera meterme en camisa de once varas, pero Borja había escalado todos los puestos para convertirse en mi favorito desde que le descubriste un antojo debajo de la axila derecha. ¡Ése es mi niño! ¡Señalado por la sangre del dragón! Lástima que no me da tiempo a comprobar si realmente se confirman las expectativas. ¡No comentes nada de esto, por lo que más quieras! De mí puedes decirles lo que te parezca, pero no quisiera que los demás sintiesen ni tanto así de favoritismos. En primer lugar, porque no es verdad del todo. Si he dicho algo de Borja es porque me parece que llora menos que los otros, y no es que nos hayan salido llorones, ésa es la verdad, sino que yo me digo, pobrecillo, con la de

chistes que se hacen sobre los Borjas, ¡y él sin un mal pariente en la familia al que poder echarle la culpa! Porque no es lo mismo tener un tío abuelo llamado Borja que lucha en la vergüenza de Cavite que no tener nada y salir a pecho descubierto diciendo que sí, que soy el primer Borja de mi familia. Y eso que yo en estas cosas procuro no fijarme, porque la bobada engarza tanto en quien la señala como en quien la carga. Tú ya me entiendes. ¡Ah! Y para que te enteres: ahora no miento, porque no puedo, pero antes sí. Al menos lo hice en tres ocasiones. Cuando te decía que no llegaba a comer porque teníamos seminario, era mentira. Me escapaba de francachela con don Nicanor a ponernos ciegos de langosta en el Remelluri, donde la hacen a la americana de rechupete. Veinte pesetas cada uno y nos sale langosta por las orejas. Cómo de grandes serán mis temores, que a él también le engaño diciéndole que tú sabes dónde estamos comiendo. Vergüenza me daba reconocer que me tenías tan acobardado.

XII

AZOTE DE MADRE, NI ROMPE HUESOS NI SACA SANGRE

Yo nunca defendí que a los niños hubiese que pasarles por alto las faltas, ni que no se les reprenda cuando hacen una trastada. Ésas son interpretaciones tuyas cuando te critico que los castigues dejándolos encerrados en casa sin salir las tardes de cuatro domingos seguidos. Por la mañana, a misa, y luego, el resto del día, encarcelados, a gemir detrás de los cristales viendo cómo sus amigos van al cine, o a la plaza, o a donde les plazca, y todo por haber roto dos elefantes horrorosos que nos regala tu primo Mauricio por nuestra boda. Tú les tenías mucho cariño porque los dos eran de trompa levantada, y ésos traen mucha suerte. Un porrón de suerte. ¿Tu confesor no te ha dicho nunca que creer en trompas levantadas va contra la ley de Dios? Que lo diga yo, que ya me tenéis por un cantamañanas absoluto, un ateo redomado y un defensor de idólatras, pase, pero tú, Carmencita, tú, que le rezas tanto a san Antonio como a santa Inés, debes tener más cuidado a la hora de mezclar elefantes con rosarios, porque podrías condenarte sin remedio. Pero es que, además, evidente con echarles una somera mirada, el par de paquidermos, con ese esmalte de oro negro, o de carbón dorado, que más feo no lo hay, están sobre el bargueño del pasillo pidiendo ser arrasados de un momento a otro por un balonazo de Álvaro, como finalmente ocurre para cortar los bichos por lo sano. No sé si de Álvaro o de Mario, pero muy bien dado. Que yo los apoyo con toda mi alma. En silencio, eso sí, porque enfrentarme a ti por dos míseras trompas es insensatez que nunca se me cruza por las mientes. Claro que ahí tomas impulso para vengarte. Porque eso de castigarlos a todos sin salir cuatro domingos es una especie de provocación ante mí por ver si entro al trapo y, la verdad, soy de nuevo un cagón, porque ni salto, ni digo esta boca es mía. Pobrecitos niños. Ahora que lo pienso debería purgar en la muerte por haber sido tan cobarde en la vida. Tú insistes en decir que deben aprender que eso no está bien, que no se pueden pegar patadas en casa como si fuese el Santiago Bernabéu, y estoy de acuerdo. No se puede convertir el hogar en la casa de Tócame Roque, pero una vez que sueltas la

patada, vete tú a saber si rebota en Carmencita, o si la trompa de los elefantes se asoma más de la cuenta desde la estantería. Cualquier circunstancia adversa, porque ellos han oído mil veces que no se debe chutar en casa. Otra cosa no se les dice desde que persiguen los cromos de Di Stéfano, Kubala y Garay, que son los más escasitos. Sile, nole, sile, sile, nole… Me parece escucharlos cuando cambian los repes delante del quiosco de la plaza. Mario, por ser el primero, nunca nos da problemas con los chutes dentro de casa hasta que llega Álvaro. ¡Qué guapos hijos tenemos! ¡Y qué yeyés! Bastaría eso para que nos hubiésemos llevado mejor; por ellos, para enseñarles a comportarse. A veces pienso si ésa será la razón por la que cierro la boca, para que no me oigan ni un solo reproche, ni el mínimo atisbo de discusión entre nosotros. Podría ser. También me preocupa que nos escuchen los vecinos y les dé por pensar que andamos a la gresca. Que tú les grites o que yo les suelte un bocinazo entra dentro de lo previsible, pero entre nosotros, no. Y creo haberlo conseguido. A ver cuántos amigos saben que nos llevábamos mal. Si hay alguno será porque se lo cuentas tú, que mis labios han estado sellados hasta la extenuación y ahora te estoy hablando más que en los últimos diez años juntos. No hubo diálogo para que no hubiese bronca, y tú llevas la voz cantante en todo momento, una cantante solista, eso sí. Cuando a cualquiera de ellos se les cae un trozo de pan al suelo les dices que le den un beso y se santigüen. Después de ese ritual, valía perfectamente para ser zampado. Es el pan besado que se da a los mendigos. Y digo yo, si es el propio de cada uno, vale, pero si vuelve a la panera común, no entiendo el orden del procedimiento, porque si lo que desinfecta es la señal de la cruz, primero debe santiguarse y luego darle el beso, pues, de lo contrario, pueden pasar los gérmenes a los labios y liarse una gorda. Si se me cae a mí, lo recoges tú, tú lo besas y tú te santiguas, y yo veo que Marito nos mira preocupado. ¿Qué le pasa al pan de papá que tiene que besarlo mamá? Es que mamá lleva el beso cantante. En más de una ocasión estuve a punto de decirle que yo no tenía superpoderes como vosotros dos y de ahí que no hiciese nada, pero tampoco aquí abro la boca y sigo callado como un imbécil, como hoy, que no estoy imbécil, pero sí callado como un muerto. En esos momentos tengo la sensación de que me has anulado como persona, que no soy yo, sino un reflejo silencioso de lo que fui. La sombra de un cuerpo que un día existió, pero del que apenas queda una pálida presencia entremezclada con los muebles del comedor. Confundida con los colmillos de los elefantes -cuando existían-, con la fotografía de la boda que mantienes en constante exposición como si fuese el taco del Corazón de Jesús, pero sin necesidad de arrancarle la hoja del día, porque todos los días son el mismo, el de la boda. Ese día en el que no pude tomar langosta y el tiempo se detuvo en un infarto

masivo que luego explota de verdad y arrampla conmigo; sin decir ay, en completo silencio para no despertarte. Cuando lo haces por la mañana -Carmen, tú misma lo chismorreas en uno de los pésames-, experimentas una terrible sensación porque te das cuenta de que llevas durmiendo con un muerto, no sé, dos o tres horas. Es decir, la tragedia no es mi muerte, sino las dos horas que has compartido lecho con un cadáver, aunque casualmente, ¡*oh, là là*!, ese fiambre es tu marido. Y tus amigas, ¿sí?, ¿verdad? No me digas más. ¡Tuviste que pasarlas canutas, Carmen! Lo que yo siempre digo a mi Roberto: nunca sabemos los pesares que la vida nos tiene reservados. ¿A quién se los reserva, listillas? ¡Será a mí, que soy el que paga el pato en toda esta historia! La de los años anteriores por lo menos, porque si lo miramos por el lado de la liberación a lo mejor tenéis toda la razón y la peor parte te la llevas tú, que vas a tener que seguir aguantándote unos cuantos años más sobre la Tierra, con lo que eso duele. Si fueses normalita, pues no. Viuda y tal, monilla, con tus dos pitones que clarean el suéter, seguro que te lo podrías pasar fenómeno, pero siendo así, entre tonta del bote y medio lela, es posible que te angusties si no rectificas. Fíjate en mí. Yo lo hice y ahora estoy en el paraíso, etéreo y feliz. Sin chascos como el que me llevo cuando llego a casa con mi primer libro en las manos y le das menos aprecio que a una octavilla del cine con la próxima película. O cuando preparo *Castillos y almas*, mi tercer o cuarto libro, y Sánchez de Muniaín me pide un artículo para publicar en *Arbor*. Se habían enterado de qué va *Castillos*… y les interesan algunos aspectos. Te lo cuento todo con pelos y señales para disfrutarlo juntos porque era muy simbólico. En aquel tiempo había estudiado a conciencia la literatura de Gregorio Martínez Sierra y la colaboración recibida de su mujer, María de la O Lejárraga, a la que se cita más sin la O delante del Lejárraga. Lo digo por si se te ocurre buscar algún libro de ella, que no lo creo. El caso es que tengo todas las cartas en la mano para afirmar que la mayor parte de la obra de Martínez Sierra la escribe en realidad su mujer. Sobre algunas novelas ya no cabe la menor duda, y una de éstas es *El amor catedrático*. ¿Te enteras? Amor y catedrático en el título. El día que hablo con los de *Arbor* voy a la librería de viejo que puso Roque Talaván en Puerta del Este a echar un vistazo, como hago de vez en cuando, y a los pocos minutos lo encuentro. Encima de una pila de ejemplares recién llegados está la novela en su edición de 1910. Es un ejemplar lleno de rarezas, porque, aunque dentro figura la Casa Editorial Maucci, o sea, la de Emanuele Maucci Battistini, en el lomo viene Domènech, que es Eduard Domènech i Henrich, lo cual quiere decir que aún no se han fusionado y que se reparten las menciones en dos sitios distintos, o lo que fuese, pero todo muy peculiar. Lo compro de inmediato sin comentarle la rareza a Talaván. Que Cervantes me

perdone. Es un libro precioso, con unas tapas duras que llevan cuatro flores en relieve, como le gustaba a Maucci. Papel malo, impresión pésima, pero una presencia buenísima. Le encantará a Carmen. Su título está hecho para ella, *El amor catedrático*, y encima escrito por una mujer, pero firmado por un hombre. ¡Un monumento a la causa del feminismo! Corro con él, tembloroso, casi con miedo a que alguien me pueda atracar entre la Puerta del Este y Alfareros. Menuda estupidez, no hay ladrones tan eruditos. El caso es que subo y te lo doy. Toma, de regalo, una novela firmada por un hombre, pero escrita por su mujer. ¿Lo pillas, Carmen? Además de todo eso, María de Lejárraga lo titula con esas dos palabras, amor y catedrático, que en nuestro caso significan bastante. *Arbor* ya me ha pedido un artículo sobre él. ¡Todo un honor! Especialmente porque todavía no ha salido mi libro. En fin, que lo acabo de encontrar y quiero que sea para ti. Lo aceptas con cara de no haber entendido nada, lo remiras displicente como haces siempre y me sueltas: Aquí pone G punto Martínez Sierra y eso puede ser tanto un hombre como una mujer. Gloria Martínez Sierra, por ejemplo, o Genoveva, o Gertrudis. Yo me quedo petrificado y creo que mascullo entre dientes algo así como que «no se puede hacer más el canelo». Desde luego, si no lo digo, lo pienso y, como tantas veces, ahora estoy arrepentido, te lo confieso de corazón, de no haber salido al balcón a gritarlo con todas mis fuerzas. ¡Acabo de hacer el canelo una vez más! Pero no, no está bien que un caballero desprestigie a su esposa. *El amor catedrático* es lo que yo creía tener en casa. Ja. Lo que tenía era un pato tirando a tigre; sí, hija, lo que oyes. Jamás lo habría dicho en vida, pero en este caso no por prudencia y pudor, sino por desconocimiento, que yo no sabía de la misa la media antes de escuchar todo lo que me soltaste aquella noche, que era un no parar de reprimendas, como si después del casorio te hubiese metido en la boca un gurruño con un pañuelo y hasta instalarme en la caja no hubieses podido sacártelo. Fue todo uno, cruzarme las manos muy formalito en el féretro, y tú venga a rajar de lo lindo, de abajo arriba y de arriba abajo, Carmencita; que yo creo que pecas contra más de un mandamiento al mismo tiempo, o contra todos si me descuido. Contra Dios, sin duda. Aquello no era cristiano. Contra el matrimonio, contra el padre y la madre, contra las fiestas de guardar y contra el noveno, porque es meridiano que deseas a otro hombre y no al tuyo, que está allí, en las postrimerías, admirado de cuanto va saliendo por tu boca. Yo no puedo suponer que me guardas toda aquella bilis y seguramente tú tampoco creas lo que te estoy diciendo, Carmucha. Se ve que hablamos poco, aunque ya me contarás; para escuchar según qué improperios lo mejor es que al menos uno de los dos esté muerto. Te haces menos sangre. Yo, ninguna. También te saltas el mandamiento que prohíbe la mentira, que ahora yo de eso sé

bastante. Eres la repera. Un día envías una muestra de tu letra a la *Consulta Grafológica*, de Matilde Ras. Lo anuncias a bombo y platillo para que veamos lo moderna que eres. Matilde Ras, no sé si lo sabes, es quien populariza en España la grafología a través de esa sección en las páginas azules de *Blanco y Negro*. Pero si llegas a sospechar que Matilde es homosexual y amante de Elena Fortún, la de *Celia*, no le mandas ni la hache, que es muda. A lo que íbamos. Pasa el tiempo y de la consulta a Matilde Ras no se vuelve a hablar en casa. No le habrá contestado, pienso yo para darle una explicación. Pero meses después, cuando un repartidor de Transportes Laguna me entrega unos libros que había pedido a Barcelona, busco cinco pesetas para la propina en una bandejita de la cómoda que tienes llena de monedas y de bisutería inclasificable, y entonces tropiezo con un recorte chiquitín en papel azulado. Es la respuesta de la Ras a tu consulta. Tienes que perdonarme, pero la leo muy interesado. Es imposible sustraerme a la tentación, especialmente por el silencio con el que intentas ocultarla, aunque para silencio total nada mejor que haber destruido aquel papelito. Al grano y en resumidas cuentas, que lo leo y callo, por supuesto. La verdad es que me impresiona y entiendo que no hayas querido compartir conmigo el certero análisis de la Ras. Lo recuerdo perfectamente con pelos y señales. Firmas como REINA DEL HOGAR, con todas en mayúscula, y en su respuesta Matilde te contesta, poco más o menos: Aciertas en llamarte Reina del Hogar. Te imagino autoritaria con mando en plaza. Demasiado rígida en tus ideas y poco dada a la amabilidad. Debes pensar más en quienes te rodean y un poco menos en ti. También te diré -y esto no me lo informa la grafología- que debes eliminar esas faltas ortográficas que tanto afean la escritura de cualquier mujer. Más incluso que en el hombre si queremos ser iguales. Ponte a ello y dentro de un año me vuelves a escribir. Feliz reinado. No son las palabras que tú esperas y por eso el recorte se queda allí, abandonado hasta que doy con él por casualidad. Insisto, deberías haberlo roto.

XIII

EL AMOR ES CIEGO Y EL MATRIMONIO LO CURA

Mientes cuando afirmas que soy un ave fría. Mientes cuando me reprochas que durante el noviazgo presientes que soy un hombre fogoso. En resumidas cuentas, que conmigo te llevas un chasco morrocotudo, como si te enamorases de Tarzán y te casases con la mona Chita. Vamos a ver si ponemos algo de orden en este entuerto que montas sin ayuda exterior. Para empezar, yo no sé si a tus ojos soy fogoso o templado. Me tengo por normal y a mis cinco hijos pongo por testigos de que algo habré hecho por enarbolar el mástil en el tálamo; vamos, digo yo. Pero no es lo ardiente o apático que haya sido en el noviazgo lo que me preocupa, sino lo que tú me reduces y apagas con tus negativas y tus excusas de calientabraguetas vergonzante. Ahora no, que nos pueden ver. Si lo hacemos todo de novios, ¿qué ilusión nos va a quedar cuando nos casemos? ¡Esas manitas… que luego van al pan! No seas ansioso, Mario… Pero bueno, ¿y a Zósimo por qué le dejas llegar con la mano hasta el tafanario? ¿Por qué a él sí le permites que te investigue hasta el cuarto oscuro? Tus estrecheces me provocan el síndrome de la-mano-que-se-queda-tiesa-en-el-hombro. Ya sabes, cuando ocurre lo de tu padre. De esta cota conquistada no me muevo, me digo para darme valor, y si quiere don Ramón que la abandone, que venga él y me la quite de un manotazo. Así que yo hago todo por resistir, por tomar posiciones y por izar banderas en nuevos terrenos todos los días. Si mis tropas no avanzaron más y con mayor celeridad es porque encuentro feroz resistencia en las trincheras del Ebro. De tal forma pienso en la inutilidad de la milicia y permanezco en el enclave ganado. Por ejemplo, hablemos del brazo derecho, que en verano y en la fila de los mancos es tierra tomada, y por él me paseo con holgura, acariciando, buscando molla, subiendo y bajando por esa piel tan suave como realmente la tienes, que da gusto deslizar los dedos y la palma bien abierta para aumentar la zona de contacto. Estoy allí, más contento que unas castañuelas en ese mullido brazo tomado al enemigo, pero si por un impulso, calentón o atrevimiento, ordeno a mis tropas que se

hagan con el sobaco, que penetren en ese terreno apetecible, pero peligroso, si planifico un asalto a esa nueva piel, arrugada, ignota, y por ello anhelada, de un despacho del alto mando se emiten instrucciones para cerrarme el paso, de tal forma que se estrecha la cañada y los dedos quedan atrapados entre dos paredes que hacen impracticable tanto el avance como el propio retroceso. Sólo queda el recurso de salir por piernas del lugar, en previsión de que no sucumban por falta de oxígeno, de sangre o de movilidad. Cierto es que las misiones en esa cota nunca tienen como objetivo la conquista de la propia axila, que es terreno de paso y no de campamento. Pensaba yo en los rigores del estío que aquellos vestidos sin mangas, de amplia apertura, donde mi mano se cuela a su aire, son la evidente invitación a seguir la marcha y tú, arrebujada contra mi hombro y sin perder ojo hacia la pantalla, esperarías la llegada de los dedos que sortearían la copa del sostén para penetrar en él y regocijarse en esa abundante teta, ¡coño, Carmen!, hasta dejarla lisa. ¡Cuántas veces he soñado esa toma paso a paso! ¡Cuántas lanzo a las tropas tras la cota de la copa! ¡Cuántas retroceden cabizbajas, sin haberse asomado tan siquiera a las estribaciones del Gurugú! ¿Quieres que te lo diga? Lo sé, porque la cuenta es muy fácil. ¡Todas! Todas, Carmen, todas. Esa conquista que acabo de contarte no se produce nunca, y tú mejor que nadie lo sabes. Ignoro si te muerdes los labios de ganas, si disfrutas viendo mi avance en ridículo o si reservas abrir tu flor un día cuando tenga la plaza en propiedad registral, pero lo cierto es que jamás ocurre durante el noviazgo, que es cuando tiene que suceder, pues de casados no voy a estar hurgándote el sobaco en la sesión de las ocho, con Maite y Torcuato al lado, que a saber lo que podrían pensar, ahora sí, de unos estólidos maleducados que confunden el patio de butacas con su alcoba matrimonial. Por eso, Carmen, cuando dices que me hacías más fogoso, sé que finges y que te engañas a ti misma, pues nadie más te escucha en ese momento. ¿A mí? ¿Pretendes mentirme a mí? ¡Pero mujer, si yo estoy en el campo de batalla…! ¡Si soy el dueño de aquellos deditos que mal que bien llegan a la axila y allí pierden toda esperanza de victoria! No, ahora miento yo. No la pierden porque al domingo siguiente, viendo que un nuevo vestido deja el brazo al aire y el camino libre hacia la montaña, se reorganiza el pelotón y con las mismas ansias del primer día trato de abrirme paso cual comandante Cirujeda que avanza hacia el general Maceo para dar al traste con él de dos escopetazos, sin saberlo. ¡Qué dos escopetazos habría disparado yo en caso de triunfo! Nunca tiré la toalla, Carmencita. No digas lo contrario, y si no hago más esfuerzos es sencillamente por no romperte la manga y que tu madre se huela la tostada. Este novio que se echó la niña es peor que un orangután desenfrenado. Anda que no hay diferencia entre ese remilgado a quien

acusas de falta de fogosidad y la historia de mis soldados a la conquista de tus domingas. Todo lo que haya faltado de ímpetu por mi parte no te lo apuntes en tu haber, sino en tu debe. Tú me haces más que mi madre, yo soy más hijo tuyo que de ella. Al menos en todo lo malo es así. Quédate con esa idea. Tú me aturullas con que si el cura te ha dicho que la castidad en el noviazgo no es saber hasta dónde. Ni tampoco quedarte un milímetro antes para no caer en el pecado, sino vivirla en plenitud, que a saber qué entiendes tú, el cura y el archipámpano de Bombay por plenitud, si yo con llegar a la axila me excito ya como un gorila y después, *na*. Puestos a ser castos, ¡no me dejes ni siquiera que te mire el escote o ven tapada de casa!, pues yo en aquel sinvivir me bastaba verte el canalillo para saludar de inmediato a la bandera. Además, todo eso que hablas de mi hermano José María, que si tiene una mirada de bergante que marea, que si Elviro, que él y yo no parecemos hijos de la misma pareja, son figuraciones tuyas, producto de congojas sufridas a raíz de tanta represión. No lo dudo, porque José María, qué voy a decir yo de mi hermano, podía tener una miga de mayor picardía, un brillo más intenso en los ojos por su juventud, pero en absoluto es ese rompecorazones que, según vosotras, las mata callando. Lo que ocurre es que siempre nos parece mejor y más apetecible lo que no hay. A mí me tienes rendido a tus pies y no me dejas ni que te acaricie un pecho. A José María, que ni caso te hace porque es un buen hermano, te lo habrías comido a besos, como a Zósimo, el cebo ponzoñoso que clavas en tu anzuelo. Eso presumes, porque ni así te imagino yo despendolada con nadie, salvo que lo uses para cazar una pieza mayor. Eres incapaz. Te han inoculado la vacuna contra el placer y sólo sabes…, ¡en fin! Para qué perder el tiempo en algo que conoces tan bien. Ahora me vienes con que Transi te descubre tus verdaderos sentimientos y me chivas de pasada, así como quien no quiere la cosa, que en realidad quien a ti te gusta desde el principio es José María y que te quedas conmigo como de segundo plato. Pues si ésa es la historia, bien alelada fuiste. Me haces desgraciado a mí y te jorobas de por vida al no estar con tu enamorado. El único que gana en ese episodio es José María, que se libra de aguantarte. Y aunque él nunca lo sabrá, puede estar eternamente agradecido a su hermano, que lo libra de un infierno prematuro, dejándose caer él en la laguna Estigia. ¿Te coscas? ¡Es que la memez te domina por entero! Hasta cuando quieres zaherirme en lo más profundo, hasta cuando hablas de José María como mi rival y tu preferido, me descubres que te rodea una insolente pobreza de intenciones. Sé que nunca les contarás a los niños ni lo que me hablaste aquella noche ni lo que ahora te digo. Todo está tan plagado de invenciones que no te interesa ponerlas a su alcance. Ante mí, sí, porque estoy tieso y ni en pintura podías imaginar

tenerme delante otra vez en forma de molesta conciencia. En cuanto a lo que yo te transmito, por supuesto que no lo contarás, ni a ellos ni a nadie. Vino Mario y me puso a escurrir. No, claro que no. Primero porque los muertos no vienen así como así y se sientan cinco horas contigo para contarte lo mucho que han fallado en esta vida; y segundo, porque no sales nada favorecida en el retrato. Te juro que si te cuento todo esto es por lo impertinente que te pones. De lo contrario, ni se me habría ocurrido. ¿Cómo decís por ahí abajo? ¡Ah, ya recuerdo! El muerto, al hoyo y el vivo, al bollo, pues eso, pero al revés. Hoy soy yo quien se queda con el bollo, porque tú todavía tienes que bailar con la peor pareja, que es la vida. Así que el muerto, al bollo y el vivo, al hoyo. Ya no te avergüenzo más yendo en bici al instituto contra lo que tanto protestabas. Mario, que la bicicleta no es para los de tu clase. Y, en fin, que yo sepa, iba en bici porque era cómodo, rápido y movía las piernas. No veo yo en el asunto ninguna declaración de militancia proletaria, porque para eso la habría hecho más ostensible, no sé, con un pañuelo rojo atado al cuello; pero por ir en bici… Son cosas tuyas, triquiñuelas para conseguir que entre en casa el Seiscientos, montarte en él y, ¡hala!, todo solucionado. Aunque no tuviésemos para cenar, con un Seiscientos aparcado en el garaje de Fermín el estómago se contentaría. Será el tuyo, porque el de los niños y el mío seguirían haciendo ruido todas las noches. No sé cómo te enteras, pero una tarde llegas a casa muy alterada. ¡Ya lo sé, ya lo sé! ¿Qué sabes, mujer? Acabo de averiguar por qué no quieres comprarme un Seiscientos. Tú dirás. Pues porque Spartaco Boldori, el presidente de la Fiat en España, vive en la misma casa que en su día ocupó Franco dentro del Paseo de la Castellana. Creo que es el edificio del número 28. Me lo dijo Marititita, que está relacionadísima con el Pardo y conoce lo que se cuece en Madrid. Y yo te pongo cara de caballo porque todo aquello de don Spartaco y del piso de la Castellana me suena a chino. Es la primera noticia que tengo y me alegro de que el señor comosellame ocupe hoy el antiguo domicilio de don Claudillo. ¡No lo insultes así! Si crees que ésa es la causa de no comprar el dichoso cochecito, te lo digo de verdad, Carmucha -te lo razono entonces y te lo repito ahora-, pide la baja en el club de detectives, porque te equivocas de medio a medio.

XIV

DOS QUE DUERMEN EN UN COLCHÓN SE VUELVEN DE LA MISMA CONDICIÓN

Desde que te conozco me vuelves tarumba con tus manías sobre las clases sociales, y no precisamente a favor de su igualdad. Que si tú eras más, que si el otro era menos, que si no había que confundir el señorío y la plebe… Te oigo decir mil veces: No es de nuestra clase… Ese chico no tiene clase… Todavía hay clases… Ya se ve de qué clase es… Y así hasta reventar la paciencia del más tranquilo. Sobre todo, durante una temporada, mediado nuestro matrimonio, me traes frito con el dichoso clasismo. Se ve que en nosotros no funciona el refranero cuando dice que quienes duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma opinión. De modo que me harto y te lo pregunto de la forma más inocente que se me ocurre, aunque a lo mejor no lo es tanto a tus ojos. A ver si me desasnas, Carmen, ¿tú tuviste alguna mala experiencia con un obrero, con aquella costurera que os iba a casa, o de dónde te viene ese insistente presumir de una alcurnia que no existe por ninguna parte? ¿Yo?, me contestas con los ojos abiertos en señal de sorpresa. Es decir, te choca que me haya percatado de tu altanería. Yo no tuve ningún problema, lo único que siempre digo es que si una mujer se enamora de un hombre que no es de su clase -o un hombre de una mujer, me da igual-, será más probable que existan roces entre ellos, porque el que pertenezca a la clase inferior no sabrá comportarse en los ambientes que seguramente frecuenta su pareja. No sólo quedará en ridículo, sino que hará avergonzarse al otro, y por ese camino, hoy por mucho, mañana por una bagatela, el amor se les irá desagüe abajo y si te he visto, no me acuerdo. Por eso hay que vigilar las amistades de los niños y procurar que no anden en malas compañías. No digo yo que sean perjudiciales sólo por ser de peor extracción, sino que dos desiguales rascan, se raya el engranaje y lo probable es que les haga descarrilar, Mario, que tú eres muy confiado y te mezclas con cualquiera, y Dios nos libre de que, además de pobre, sea revanchista. Es como el café. Si lo mezclas con achicoria, el resultado siempre va a ser peor, no tiene vuelta de hoja. Boda en

igualdad, hasta en la edad. Atiende, Carmen, si no te lo dije antes, te lo suelto ahora, cuando ya no me duelen prendas, ni me duele nada. Cada vez que te oigo hablar así, lamento no haberte sacudido un pasagonzalo en los morros la primera vez en la que hubo ocasión, ni muy fuerte, ni más de uno. Un golpe así, suavecito, a la remanguillé, para que se te hubiesen asustado las pestañas, enrojecido las napias de vergüenza y quedarte sin ganas de volver a decirlo. Quizá no haga falta después de que repasemos juntos el encuentro que tuve con el baranda de Zósimo. Estuvimos de confidencias un buen rato. Pero, espera, no te pongas nerviosa, que todavía no toca. Cuando me dices que en vuestra casa don Ramón os aconseja dejar algo de comida para el servicio en las fuentes, y recalcas que para ti ese gesto es timbre de orgullo, no sopeso todo de lo que en realidad significa. Si es así, deduzco al instante que más de dos, y tres, y cuatro veces no dejasteis en la fuente ni una pajolera patata frita. Ni tú, ni tu hermana Julia. ¿Nunca pensasteis que en esta vida os podría haber tocado a vosotras el papel de cocinera? ¿Te gustaría acaso que volviese la fuente sin una croqueta? Y cuando hablábamos de eso, enseguida saltas como una tigresa malherida. Buena es ella. Seguro que Virtudes ya habría frito alguna de más, que tonta no es. Más bien, de la peor especie. A mi madre le sisa día sí y día también. Y a mí me extraña tanta crueldad, tanto odio hacia esa mujer. ¿De dónde saldrá todo?, me pregunto entonces. Pues don Ramón, pienso, será muy leído y escribido, pero es un canalla, y como tampoco se lo dije en vida, la próxima vez se lo recuerdas de mi parte. A propósito, papá; ¿sabes una cosa que decía mucho Mario? Pues que eres un canalla y que tienes la nariz aberenjenada. Díselo para subsanar todo lo que me callo durante años, por favor. Ahora bien, si él es un tunante de marca mayor, tú le heredas las hechuras, aunque en otro estilo, quizá menos rancio, pero más cínico. Y no digas que has cambiado, porque no es verdad. Cuando la catequesis de Aránzazu para su primera comunión, hace nada, te pusiste como un basilisco al escuchar que el párroco organizaba a los niños en grupos de ocho y a la nuestra le tocaba con los hijos de Hermenegildo el vinatero. ¡Con la de pecados que suelta su padre por esa boca que Dios le ha dado!, exclamas como un resorte. ¡Nada, nada! ¡Lo siento don Tomás, pero a mi Aranchita la prepara en casa don Constancio, el capellán penitenciario, que es amigo de toda la vida y no se me niega! Y yo estoy seguro, Carmucha, que no es por los tacos del vinatero, que tú no sabes si blasfema o recita a Campoamor. Es porque Hermenegildo está a pan pedir y siempre se ha dicho que es el feligrés más pobre. Tú defiendes a capa y espada que se deberían modificar las fronteras parroquiales para que su casa pertenezca a Santos Justo y Pastor, y no a San Diego, donde todos somos de clase media-media para arriba, porque él mismo se iba a

encontrar mucho más cómodo con sus iguales allí, donde todos son unos muertos de hambre, e incluso él, si estira un poquito el cuello, podría verse pelín superior, pues tiene negocio abierto y no depende de patrón. En cambio, con nosotros, ya ves, siempre será el farolillo rojo si es que no le toca una de catorce, que ya las pagan casi a millón. Hay gente que le da unas monedas a su mujer creyendo que pide, tan desarrapada la ven. Y, cuando te enteras de que Aránzazu va a codearse con los hijos de Hermenegildo el vinatero, te da un jamacuco que te deja descuajaringada. Por eso te inventas que el padre se cisca en la divinidad, o en lo que sea con tal de evitarlo. Eso no es devoción y persecución de la mala palabra, como recomienda la campaña del obispado. ¡Eso es clasismo, liso y llano! El párroco de entonces se pone como se tenía que poner, que no es que don Tomás fuese modernillo, ni rojo, ni nada de eso, pero le entra una especie de orgullo parroquial y enseguida te da respuesta. Señora Collado, si su hija no se prepara en la iglesia con el resto de los niños, aquí no podrá recibir la primera comunión. Comprenderá usted el feo que se les hace a todas las familias. Y, además, que lo prohíbe el obispado, ¡ea! De entrada pareces convencida, pero nada más darnos la vuelta te sale de nuevo el ramalazo de clase y lo amenazas. ¡Hablaré con don Constancio, que es amigo del gobernador, y ya verá cómo se tiene que comer con patatas la prohibición! Menos mal que te fuiste calmando y no se vuelve a poner el tema sobre el tapete. María Aránzazu hace la catequesis con los hijos del vinatero y recibe las Sagradas Formas con todos. Y de eso, ¿qué hace? ¿Dos, tres años? Lo único bueno que tiene el vinatero es su nombre, que es el tercero del Caudillo. Tú no has vencido el clasismo porque no has luchado nunca contra él. Te encanta y te encantará mientras vivas. Serías feliz si aquí abriese uno de esos salones de té que hay en Madrid, donde para entrar tienes que llevar tu partida de nacimiento y las de tus tatarabuelos para demostrar que, además de cristianos viejos y linajudos, en tu familia siempre usasteis gorro de dormir, *déshabillé* y pantuflas. Te chiflas por mirar por encima del hombro. Reconócelo, es algo superior a ti y, aunque me niegas la existencia de problemas cuando me atrevo a preguntártelo, me quedo con el barrunto de que no es así. Pasa el tiempo y, mira tú por dónde, tres semanas antes de que me dé el patatús, cuando ya no tengo la cabeza para ocuparme de tus delirios, ¡cataclás!, me entero de la historia y empiezo a ordenar todas las piezas del puzzle hasta donde soy capaz. Una vez más me lo quedo dentro, pero ahora es a conciencia, porque no me veo con fuerzas para decírtelo a la cara. ¡Qué va! Hay gresca seguro y, si puedo evitarla, ya sabes que hago malabares. ¿Te acuerdas del berzotas de Zósimo Tiedra? Es una pregunta retórica. ¿Cómo no te vas a acordar si es el pollo con quien pelas la pava antes de hacerlo conmigo? Sales con él,

te magrea, tonteas y lo utilizas, o lo que sea. Aún os estoy viendo por la avenida de los Plátanos, todo amartelados, que bien quisiera haber ido yo así en algún paseo sin que jamás me lo permitas, ni cuando ya han salido las amonestaciones. Pues lo que te digo, a la salida del instituto me encuentro con Zósimo hecho un brazo de mar después de varios años sin verle. ¿Por dónde andas? Me fui a Alicante, eso es vida, chico. El invierno, una maravilla, ni te enteras de la estación. Me he hecho con la gerencia de tres barras americanas y me sale el parné por las orejas. No veas qué holgura. Esto es muy seco y eso es lo único malo que le encuentro yo a Alicante, porque a veces caen unas mantas de agua como cuando entierran a Zafra. La gota fría, lo llaman, y sí, sí, ojalá fuese una, pero sueltan millones. Menos mal que las tengo a cubierto, porque de lo contrario se me ahogarían las putas; ja, ja, ja, se chulea el Tiedra de su insultante macarrismo. ¿Y tú? ¿Sigues con Carmen, claro? Fíjate en la calaña del cafre. Un tío que te había metido mano hasta donde pone Pamplona, visto con estos ojitos… que ya no tengo. Me dieron ganas de…, me dieron ganas y nada más, porque en realidad le digo que sí, que seguimos juntos y muy felices. Con cinco hijos ya. Y va el impertinente del proxeneta y me suelta: Pues ten cuidado, ya sabes que en esa casa no es harina todo lo que se muele. ¿Qué casa? La de Carmen, que yo contigo no he salido, je, je, je. Por supuesto, no entiendo lo que me dice, aunque al instante sé que pretende echar pestes contra tu familia. ¿A qué te refieres, Zósimo? No me gusta el tono de tus palabras. Yo, ya sabes, tratando de no perder ni la compostura ni el buen tono de la conversación. ¿No me digas que no lo sabes? ¡Cojones con los Sotillo! Yo creí que una vez que te hubiesen pescado no les importaría enseñarte el cadáver que tienen escondido en el ropero, ji, ji, ji. ¿Pero qué estás diciendo? Yo enfurezco a cada frase, pero a la vez no quiero dejarlo escapar sin que me descubra por fin qué se trae entre manos aquel chuloputas con todas las letras. Digo que vives en la inopia, Mario, y no te conviene. Pregúntale a tu mujer por su hermana Julia y por qué su madre marcha de la ciudad unos meses antes de que nazca la chiquitina, jo, jo, jo. No te entiendo, digo yo para exigirle más claridad, hasta que toma carrerilla y se despacha a gusto sin dorarme la píldora ni un segundo más. Es muy sencillo, Marito: tu suegro, el seriote de don Ramón, le levanta las faldas a la cocinera por delante y por detrás. Vamos, que se la mete en cuanto tiene la mínima oportunidad, porque la marmitona es una bicoca de bragas caídas y nada más salir la madre de tu mujer de la casa, ¡zas! Ya sabes, lo del dicho, al hierro candente, batir de repente. Aquí no era hierro, sino molla, pero la barra estaba igual de recalentada, ju, ju, ju. Y, por supuesto, con ese ritmo de bombeo, más tarde o más temprano ocurre lo que tiene que ocurrir. Virtudes se queda embarazada de tu suegro y cuando don

Ramón trata de solucionar el bochinche mandándola con su barriga a donde Cristo perdió la sandalia, la cocinera le sale con que nones. Que la criaturita, Julia, para entendernos, es hija suya y merece los dos apellidos y el mismo trato que tu Carmen, es decir, que es su hermana sin más distingos, ja, ja, ja. Estamos hablando de cuando tu churri tiene tres o cuatro años, que es lo que se llevan las dos, ¿a que sí? Zósimo Tiedra me estaba cargando hasta decir basta, pero el camándulas sabe cómo mantenerme intrigado. ¿Solución?, se preguntan los Sotillo. Muy sencilla. La sabe Virtudes. Tus suegros la prohijarán como fruto legal de la pareja y ella se quedará en la casa con sus cacharros, así podrá estar al lado de la adulterina y ésta tendrá padre y madre. O, mejor dicho, un padre y dos madres, je, je, je. Don Ramón está que fuma en pipa, porque a todas estas no ha dicho nada a su mujer, a tu suegra, ni piensa hacerlo. Pero para cumplir las exigencias de Virtudes no le queda otro remedio. Como ves, querida Carmen, el cabrón de tu amiguito dispone de una información de primera mano y lo que temo es que en la ciudad sean otras muchas personas las que también la tengan y la esparzan por las cuatro esquinas a banderas desplegadas. Vamos, que lo sepan todos menos yo, porque a ti te hago al cabo de la calle y cualquier otra posibilidad me sorprendería a más no poder. Continúo, por si te destapo alguna novedad, que lo dudo. Un domingo, don Ramón se arma de valor y le descubre el pastel a tu madre. Lloros, desesperación, más lloros, sordos reproches para que los vecinos no se cosquen de nada, y luego de dos horas -que digo yo por qué Zósimo sabe tantos detalles-, tu madre, que es la caraba si se trata de guardar las apariencias, le dice que acepta. Que sí, que colaborará en evitar el escándalo y apechugará con el bastardo, o con lo que venga, como si fuese hijo suyo. Únicamente exige modificar una parte del plan de Virtudes. Ella podría quedarse en la casa, pues no tiene corazón para separar a un niño de su verdadera madre, pero debe renunciar a ejercer todo derecho sobre Julia y, además, se compromete a que su relación con la niña será la misma que con tu mujer, esto es, de criada a señoritas de la casa, sin revelar nunca que era su verdadera madre. ¿Qué me dices de todo esto, Carmen? ¿Qué tipo de confianza pretendes tener conmigo si jamás me has hablado de nada de este tiberio que parece sacado de una radionovela de Luisa Alberca, la tía de José Luis Pécker? Virtudes calla, tu madre calla, tu padre calla y tú callas también para que tu marido crea que ha entrado en una familia de mucho abolengo en la que papá se preocupa de que las niñas no liquiden la fuente de albóndigas para que le llegue algo de comer a la cocinera, a la que él se sigue beneficiando cuando la ocasión es propicia. Una familia en la que la hermanita mayor es tan repipi que mea licor de anís, se deja manosear por un chulo de vocación, se niega

a compartir las catequesis con los niños pobres y se tira de los pelos porque voy en bici al instituto. Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid. Las hijas de don Ramón. Una, de baja estofa, y la otra, de tan encumbrada clase que se marea y padece vértigos de altura. Virtudes, la fámula vergonzante, se muere pronto y tus padres se lo agradecen pagándole un mausoleo en el pueblo que *pa* qué, decían sus paisanos de Valderrábano hasta que se enteran del pastel. Todo me lo cuenta el macarra. Después, don Ramón se queda tan campante con sus dos hijitas del alma y su hablar pomposo, que por no decir templanza dice sofrosine. Mi querido Mario -me sugiere tu padre poco antes de la boda-, va a ser muy sencillo que escribas un venturoso epitalamio de tu himeneo. Haz como yo, en el lar no discutas. Entre el miedo que me inspira y lo alambicado de la frase apenas lo entiendo, pero creo que, a la vista de lo ocurrido con Julia, ya sé lo que me quiere decir: haz lo que te dé la real gana y punto. Por cierto, imagino que cuando descubres que a tu hermana la ha llevado Virtudes en la barriga te habrá dado un arrechucho de ansiedad. A veces pienso si esa doble condición de madre contigo y madrastra fingida con Julia influye de forma definitiva en forjar tu carácter y la respuesta que obtengo es que sí. Te acordarás de que aquellos días se celebraba en Valencia el Congreso Internacional de la Juventud y uno de los aspectos tratados era la necesidad de cambiar de nombre a las madrastras, porque a los niños españoles que las tienen no les gusta el término. Como estamos imbéciles, uno de los participantes propone llamarlas *mamayayas* y otro, educadoras. Lo leo y pienso que sería muy gracioso oír a Julia llamando a tu madre *mamayaya*. ¿Tú cuándo lo supiste? ¿Cuándo caíste del guindo? No, no puede ser que te estés enterando ahora. Por favor, carraspea si ya lo sabías, me sentiría muy mal habértelo descubierto en esta situación, *post-mortem*… ¡Uf! Menos mal. Ya me imaginaba que no, que aquí el único engañado soy yo. Con un papamoscas por familia basta y sobra.

XV

QUIEN IGNORA LO REPITE

Olvídate del bebecharcos de Zósimo y de que yo me lo haya encontrado. Me habéis tratado como a un papanatas y si llego a estar más tiempo aquí me costaría perdonaros. A ti, a tu padre y a toda la parentela que haya tenido arte o parte en el encubrimiento. Pero, estando las cosas como están, no quiero que me lo tomes como una venganza, ni que sufras por esa diferencia de clase que tanto te atormenta. Después de todo, tú sólo fuiste otra víctima de la situación. ¿Qué os costaría reconocerlo? ¿O es que también teníais miedo de que me fuese de la lengua? Éste, como es medio rojo, seguro que lo pregona entre sus amigos de cónclave. Mejor que no sepa nada. Y tanto que no lo supe. Lástima que siempre hay un Zósimo en la vida que te viene a hacer la cusqui y a tirar de la manta. ¡Con lo bien que yo vivía en mi ignorancia! Mira, ahora que lo pienso, a saber si el encuentro con el rufián acelera la angina de pecho, o la desencadena, o la agrava, porque la verdad es que me deja de muy mal cuerpo durante esos últimos días, con las dudas y con los reproches sumados a lo otro… Tú dirás que me comporto de la misma forma y que me marcho sin decirte ni mu sobre el encontronazo con esa alma de caballo que es Zósimo, y es verdad. Pienso que voy a atreverme y que buscaré la ocasión porque no puedo permanecer con eso dentro. Y tú, también con el mismo sapo en la barriga. Demasiados nudos en los intestinos como para vivir tranquilos, pero las semanas pasan y me acostumbro al chitón, que es mi estado natural una vez superados los primeros años de matrimonio. Reconozco que es muy difícil pronunciar una frase en tu presencia sin provocar una discusión. Tus opiniones me repatean los más elementales cimientos del discurso filosófico y, si soy yo quien los emite, tú replicas con juicios y quebrantos de los que soy incapaz de elevarte, tan siquiera para razonar sin aspavientos. Eso es así desde que esperas a Mario. En esos meses de embarazo tenemos conversaciones que se me graban para siempre, como, por ejemplo, cuando te pregunto si sabes por qué Nestlé le pone el nombre de Pelargón a la leche en polvo que piensas

darle al niño. Lo hago por andar a grillos, por entretenimiento o por decir algo que se salga una rueda de los caminos trillados por los que transcurren a diario nuestros breves diálogos. No, no lo sé -me dices un tanto molesta-, supongo que se le ocurre a uno de la fábrica, le gusta a su jefe y adelante con los faroles. Sí, desde luego que sería así, pero me refiero a por qué Pelargón y no Turututú. ¡Qué cosas tienes, Mario! ¿Cómo le van a poner Turututú a una leche en polvo? ¡No la compraría nadie porque parece que te están tomando el pelo! Y yo, venga a insistir. Mujer, dije Turututú como podría haber dicho Taratatá; me refiero a un nombre distinto a Pelargón. Lo que tú quieras, pero acaba ya porque se me ha empezado a mover el niño. Yo creo que te está oyendo y no le gusta nada el tonito. Es muy sencillo, Carmen. Atiende, porque se lo puedes contar a tus amigas y todas pensarán que eres muy ilustrada. Sí, como *La Gaceta*. Escucha, mujer, que, cuando no quieres, no te mueve de tus trece ni un batallón de zapadores. Le han puesto Pelargón porque, en lengua griega, cigüeña se dice *pelargós*, y como a los niños los trae la cigüeña, han hecho un guiño a la leyenda. ¡Ay, qué risa, María Luisa! ¿Y tú pretendes que yo me crea esa patraña? No es ninguna patraña, me defiendo como puedo. ¿Por qué no habrías de creerla? Además, las cigüeñas son unas aves con fama de desvivirse por sus polluelos, siempre preocupadas por alimentarlos hasta el punto de dar la vida si hace falta, antes de que a las crías les falte comida. Pero, Mario, ¿tú concibes que unos científicos serios que están encantados con su leche en polvo se fijen si en griego, o en turco, cigüeña se dice o no como eso que acabas de repetir? Como son preocupaciones tuyas, crees que todo quisqui está igual de chiflado buscando el origen al Pelargón y a la Pelargona. Desengáñate. Eres tú y punto. Nestlé andará a sus chocolates y a sus vacas. Y seguramente, como La Lechera ya se lo han puesto a la condensada, dijeron: pues Pelargón, que suena bien, y arreando. A mí me preguntas ahora mismo qué significa la palabra y te contesto: suena a leche en polvo. Seré muy lista o seré muy mentecata, pero Pelargón es leche en polvo y no se hable más. Y desde luego que no se habló. Lo que intenta ser una solitaria gota cultural en el inmenso desierto de tu mollera se queda en eso, un intento frustrado por horadar gota a gota la dureza pétrea de un cerebro en el que nada consigue entrar detrás de la tabla de dividir. Y gracias, porque al menos así puedes hacer las cuentas de la plaza. En este sentido tú recorres un camino para ser zote sin que se note, que rima, pero no es compatible. ¿Cómo lo llamaríamos? La autocultura. La ciencia infusa, sin necesidad de que intervenga Dios. Una senda de paso reservado que tú y sólo tú puedes utilizar y que te permite carburar a tu gusto siempre que desconoces algo, circunstancia que se produce con harta frecuencia. Así te inventas que el café es de color negro porque lo

cultivan los negros del África tropical, y para demostrarlo citas como referencia científica la canción del Cola Cao. También aseguras que las actrices de Hollywood usan en los labios unos protectores de goma, color carne, para que, en los besos, su piel y la del chico de la película no se junten, de forma que el actor no se ponga a cien y puedan repetir la escena varias veces sin excitarse sexualmente y sin que aquello acabe en un caliqueño delante de las cámaras. ¿Quién te lo dijo? ¡Nadie! Lo inventaste tú paseando por esa senda que es particular y cuando llueve se moja como las demás. ¡A ver, Mario, tú mismo! ¡Si son guapísimas y cualquier hombre apamparía sólo con tenerlas delante! ¡Cuanto más si les ordenan que deben chupetearse una y otra vez! Y no te digo que no utilicen también bromuro como el que dan a los soldados para que no se les suba el pizarrín cuando tienen que avanzar sobre el enemigo, porque vamos a ver qué guerra sería ésa. Hay que reconocer que algunas veces tienes una gracia del demonio, como cuando les explicas a los niños que las semillas de las zanahorias hay que plantarlas con las patas hacia abajo, porque de lo contrario crecen hacia arriba, sale la zanahoria al aire y se malogra. En eso te superaste, Carmen. Estoy imaginándome a los campesinos con la semilla en la mano, mirándola si está del derecho o del revés antes de sembrarla, y luego esperar muy intrigados para saber en cuántas semillas se han equivocado enterrándolas patas arriba. Tiene lógica. Una lógica de mequetrefes, pero que a ti te sale de una manera natural. Si la semilla está colocada cabeza abajo, la raíz se dispara hacia arriba y se frustra. Brillante. Sólo así se explica también que antes dijeses sin inmutarte lo bien que lo pasaste en la guerra. Eres la única cabeza de chorlito a la que le haya encantado la guerra. Por muy joven e inconsciente que fueses en esos años, a nadie con dos dedos de frente se le ocurre jactarse de que en el 36 lo pasó chulillo Venancio. Es de majaras. Ya sé que había mucho barullo y que las calles estaban llenas de gente que iba de Herodes a Pilatos sin tener nada especial que hacer, pero de ahí a deducir que fueron como unas vacaciones, de verdad, es propio de alguien al que le falta un tornillo. Si ves uno de esos aviones llamados lecheras, porque atacan nada más abrir el día, te pones muy contenta y dices a todos que hay fuegos artificiales en el cielo. Desde luego no tienes por dónde cogerte. Deberías hablar con alguna familia machacada por la guerra, me da igual el bando, y decirles lo bien que lo pasabas de vacaciones durante todos esos meses, a ver si se te caía o no la cara de vergüenza. No, no lo creo. Lo tuyo es de otra dimensión, porque te parece una gran hazaña que tus amigas saliesen despavoridas cuando se oían las sirenas y tú seguías tan contenta, como si fuesen los doce cascabeles de Joselito. Naturalmente que te prohibí hablar de esa manera en público, y no fue por rojo, sino por sonrojo. ¡Hasta ahí podíamos

llegar! Cualquiera que te oiga pensaría que perteneces a una familia de monstruos deshumanizados que celebramos el holocausto judío con una verbena o el esclavismo, con un chocolate. Ya sé que a ti no te gustó nada que te lo reprochase, porque disfrutas viendo la cara de asombro que la gente pone cuando oye tus hazañas bélicas, pero por lo menos evito que las digas en mi presencia, que no es poco. En cuanto a eso de que ha sido una cruzada porque lo dice todo el mundo, vamos a dejarlo aparcado. Por esa regla de tres, si todo el mundo dice que Picasso es un mamarracho, lo es. ¡Picasso! ¡En menudo berenjenal me he metido! Tú a Picasso lo despachas en dos patadas. Eso lo pinta mi niño en el cole con los ojos cerrados y antes de volver a casa le obligan a borrarlo de la pizarra. O como le sueltas aquella vez al director del casino: Créame, la pintura moderna está muy sobrevalorada porque acaban doce cuadros al día y, en cambio, a Velázquez cada uno le llevaba doce meses. Menos mal que después del episodio de Alberto Oliveras, cuando se le quema la casa de París y te enteras de que una de sus pérdidas más valiosas es un Picasso, tuerces el labio y te pones a pensar que algo tendría don Pablo para que lo bendigan, de modo que cambias el tono. Picasso, sí; Picasso, un artista muy interesante. Había comprado un cuadro suyo Alberto Oliveras, el de *Ustedes son formidables*, pero se le quemó. Eso no quiere decir que yo pierda el culo por ir detrás de un Picasso, pero admito que tiene su aquel, sobre todo si se trata de gente esnob. Sí, cambias el discurso; sin embargo, el gusto por los combates lo mantienes toda tu vida, o mejor dicho, toda la mía. Yo hubiese preferido que no fueses picassiana y vieses la brutalidad de la guerra, pero no hubo forma. Si de verdad disfrutaste siendo niña cuando salíais en pandilla por los arrabales para buscar paseados en las cunetas, cuando llegas a adulta te queda el morbo de los cadáveres, porque cuentas aquellas expediciones con una pasión que asusta. ¡Es mi infancia y es lo que había! Te defiendes cuando te lo echo en cara, y no me queda otro remedio que entenderlo.

XVI

EL AMOR ENTRA POR LOS OJOS

No me explico cómo pude caer en tus garras, cómo una persona con esos gustos, pudo llamar mi atención. En realidad, es una manera de hablar, porque sí lo comprendo; ahora sí, a la perfección. Cuando dejas a Zósimo y empezamos a salir, tú no eras así. De entrada, te tengo como la reina del erotismo. Aquellos sobos en los que a veces te pillo, exprimida como una naranja entre los brazos del pazguato, se habían anclado en mi cerebro como la imagen del placer supremo. Y si soy yo el que te apretujo en mis fantasías y no el sinvergüenza de tu novio, nada podría superar aquel cielo islámico, al que llaman Yanna. Un cielo con una única hurí de grandes ojos y formas rotundas que eras tú. Cuando sé que ya no andáis juntos, mi cabeza sufre un trastorno múltiple, intelectivo y sensorial, de tal forma que la ocupas por entero, como el agua que rellena una cisterna después de tirar de la cadena, pero, en mi caso, sin que nunca acabe el proceso de rellenado. Una lata. Tú te acercarías a mí porque te gusta mi hermano, o por lo que fuera, pero como yo estaba como una chota por tus huesos, no lo quise ver, o no lo vi de verdad. Aun así, el Yanna no llega. Nunca te veo dispuesta al mismo estrujamiento que contemplo en brazos del gancho sobón. Yo te meto mano, sí, pero una mano muy pequeñita, siempre con luchas, siempre con negativas a avanzar por donde más curvas hay. Jamás pretendo llevarte al catre, que eso ni me lo planteo, pero si te das con tanta holgura a aquel granuja, ¿por qué no a mí? Entonces me pregunto, pero ¿esta mujer es la misma que veo pasear por el parque o me la han cambiado en el proceso? Eso, cuando no comparo mi atractivo con el de Zósimo y pienso si tendré liendres de piojos a simple vista, si es patente algún defecto en mi cuerpo que no percibo, si huelo, si me afecta la halitosis o me sudan los pinreles sin yo enterarme, como le pasaba a Hugo, ya sabes, el noviete de la niña. No obstante, llega un momento en el que tú eres lo suficientemente hábil para ir soltando cuerda al pez y que éste trague de forma que le llegue el anzuelo hasta las tripas. De ese lugar del cual jamás saldrá si no es arrastrado por la sabia mano del pescador que lo

llevará irremisiblemente al tálamo, o sea, el altar donde las mujeres sacrificáis a los hombres en honor de la Gran Madre mediterránea, la antigua bruja paridora que expulsa hijos constantemente gracias a la paparrucha resultante de nuestra pulpa machacada. Y así, cuando nosotros creemos en falso que seremos estrujadores de vuestros pechos y vuestras nalgas, sois vosotras las que nos hacéis papilla de semen para vuestro viejo ídolo, más dominante y absorbente que cualquier deidad masculina que haya podido adorar el hombre. Todo eso lo pensé mucho después, porque en aquel estado es imposible concebir nada sensato, salvo satisfacer las calenturas. Sea *in situ*, en butaca cinematográfica resguardada en el fondo de la sala o en banco público mal iluminado. Y, en último caso, mediante el socorrido pecado solitario. Siempre de acuerdo con la fase en la que se encuentre esa larva reproductora que lleváis todas y cada una de vosotras. No te asombres, porque es así, aunque para el plan general de la gran obra no interesa que seáis conscientes de lo que ocurre, y, al igual que durante la guerra, tú y las demás madres lo observéis y os admiréis de la masacre percibiendo tan sólo gotas destiladas de su terrorífica belleza. Cuando el proceso culmina y me veo en el hogar, ya catedrático, con un niño dentro de la cuna y otro de camino, atisbo a comprender todo lo que ha pasado y la tremenda celdilla-prisión que yo mismo he construido con la cera de mis orejas para mayor gloria de la Gran Madre. Me abruma la tremenda dificultad de dar marcha atrás, pues para lograrlo debería comerme las paredes hexagonales donde todo ocurre. Algunos lo consiguen, pero sólo les sirve para iniciar de nuevo el ritual. Entonces, las variantes propiciadas por la edad, los muchos obstáculos añadidos y la convivencia de las distintas camadas no hacen más que empeorar un declive ya iniciado. Daría para libro: *Los hijos de la Gran Madre y el zángano necesario*. Quiero aclararte que llego a la madre del cordero de tu estratagema, porque es propia del género. No creas que es una característica exclusiva tuya. Y otra puntualización: los machos también tenemos planes de género, pero son mucho más elementales; como, por ejemplo, inseminar al mayor número posible de hembras, lo cual favorece enormemente vuestra estrategia, aunque os guste aparentar que no. Volvamos con lo tuyo. En la fase inicial, antes incluso del acercamiento, tú despliegas un baile en público que consiste en la exhibición de arrumacos y besuqueos que te proporciona un macho al que previamente has descartado como padre de tus hijos, y al que sólo necesitas con fines propagandísticos, esto es, un Zósimo. Una especie de zángano querindongo al que das licencia para que lleve las manos a donde quiera y avance hasta lugares de tu cuerpo que, para otros, con más posibilidades de realizar un apareamiento fértil, serían en ese mismo instante absolutamente inaccesibles. Esto es así porque se

interrumpiría el proceso de captación sin tener todavía el anzuelo bien clavado en las paredes estomacales de la víctima. Esa demostración de toqueteos debe hacerse al aire libre y en lugares que sin ser absolutamente públicos tampoco resulten tan discretos que sólo os observen los pajarillos del bosque, o las sábanas de una pensión. Hablamos, pues, de un punto intermedio. Un parque, un guateque, una playa o una cafetería consentidora son espacios pintiparados para estas prácticas, y ya ves tú que ésos son exactamente los lugares donde mis ojos tropiezan contigo, llevando al gachó alrededor, casi como una boa. Las conclusiones son elementales. El incauto que en ese momento soy yo piensa de inmediato: Daría algo por estar en el papel de ese muchacho. Y es muy probable que entonces, cuando nuestro cerebro alcanza ese brillante razonamiento, ese vehemente deseo o esa ansia sexual, se produzca en el cuerpo una reacción química a consecuencia de la cual expelemos un ácido oloroso que se expande en un círculo de veinte a treinta metros, a manera de las carralejas. Cuando es olisqueado por la pituitaria de la mujer que realiza la maniobra, le informa de que un varón que mariposea alrededor de ella ha pensado lo mismo que menda lerenda, llámese enamoramiento, flechazo, calentón o predisposición para la cópula, tanto tiene. Un celo al revés. Un celo macho. Ella examina con astuta mirada de disimulo de dónde puede provenir el origen del ácido y te detecta. Si paso la prueba, el otro hombre que en ese momento te amasa con delectación está condenado, será expulsado inmediatamente de tu entorno. Para ello emplearás la más estúpida de las excusas, o un elaborado plan de segregación, según hablemos de un simple o de un individuo de peligrosa catadura. Conociendo a tu machacante, supongo que habrás empleado un trámite realmente sencillo, porque ni él proyecta para ti otro plan que ocupar las últimas filas de los cines, ni tú quieres entronizarlo en el salón regio de tu futuro hogar. Solventas el despido con el mínimo esfuerzo y haces saber a tu entorno que estás receptiva, como haría cualquier hembra de cualquier manada. Celo femenino. Sin embargo, ocurre en nuestro caso que, al virar la mirada hacia el nuevo objetivo -yo-, te encuentras con mi hermano, que no emite el ácido, pero que a tus gustos se aviene más que mi planta, más desgarbada, menos predispuesta para el baile en el centro de la plaza los domingos de primavera, que es a donde te empeñas en llevarme contra mi férrea oposición a ser juzgado por los mirones. Ya tenemos el conflicto armado. Si yo fuera un hombre de celos y sospechas, que no lo soy, estaríamos a regañina diaria, pero, como eres tú la que mueve las piezas, pasan las semanas sin turbulencias, el poso se decanta y nos casamos como consecuencia lógica de un plan predeterminado por la diosa mediterránea, sin que ni tú ni yo -y yo, menos que nadie- tengamos en realidad un papel decisivo en la

tragedia. Cuando me percato de que a mí no me estás dando la misma cancha que al anterior, es demasiado tarde. Al día siguiente nos han citado en San Diego para celebrar la sacrosanta unión del matrimonio y entonces, sí, me exprimirás hasta contrastar mi fertilidad y mi compatibilidad con la tuya, para hacer una canastilla tras otra y conseguir así el ansiado título de familia numerosa, que es el mandato inicial de la Gran Madre. Tú misma me lo confiesas en más de una ocasión, aunque sin plena conciencia de lo que dices. ¡Qué tranquilas estaríamos las mujeres si se hubieran mantenido las amazonas! Ya sabes, Mario, una granja de hombres que se sacan para procrear y listo, de nuevo para dentro. Las amazonas sí que sabían. Lo que hubiese dado por verte dentro de una esas granjas, Mario, como un pollito. Y yo: Sí, Carmen, lo que tú digas. Aún estás a tiempo, porque, si quieres, me voy a Ledesma y nos vemos por Navidades. ¡No seas bruto, hombre! ¿No ves que sólo lo digo a manera de chascarrillo inocente? Sería como dices, pero a mí, al oírlo, no me parecía tan imposible. Ni tan horroroso.

XVII

LOS LATINES EMBRUTECEN

Una hora después de que una hormiga muera, su cuerpo comienza a expeler ácido oleico, la señal para que sus compañeras vengan a buscarla y la introduzcan en el hormiguero, donde su cadáver les reportará los últimos beneficios al producir una cantidad indeterminada de nitrógeno. Se trata de un proceso parecido al nuestro. El enamorado huele de forma distinta que el indiferente, pero su aroma sólo será captado por la mujer que lo provoca. Tengo que consultárselo a Maroto, el de Ciencias… Qué estúpido. Por un momento creí que seguía entre vosotros. Y es que hablar una y otra vez de las miserias humanas me devuelve al mundo, me mundializa, y acabo por confundir los niveles de realidad sin que tenga ningún deseo especial de que tal ocurra. Cuando se está vivo nos parece que ese ejercicio de volver a la Tierra una vez que hayas muerto es lo más maravilloso que te puede suceder, pero no hay tal. Me horroriza pensar que estás delante, y que tú y tu madre me perdonáis otra vez la vida, como cuando se conocen las dos familias en aquel acto infame que organizáis en vuestra casa a manera de un sacrificio a los dioses, siendo yo la víctima propiciatoria, por supuesto. El perdón se refiere al hecho de que mi padre sea prestamista, aunque todo tiene su prólogo. Si presta dinero es porque puede y nadie en la vida dice de él ni una mala palabra, de honrado que es, como todos los maragatos a los que les viene esa querencia. Otro asunto es la usura y aprovecharse de la pobreza para sacar tajada, que se parece a vivir de una mamandurria oficial, porque eso es robar a todos, especialmente a los menos afortunados. Es más, él empieza a prestar porque es un pedazo de pan, porque se lo piden y él, encantado de ayudar. Mientras haya, nos decía mi pobre padre, magnífico. Peor para vosotros sería que viviese yo a la cuarta pregunta. Pero ni estaba forrado ni se forró jamás, porque incluso en casa hubo privaciones. Lo cierto es que no se puede prestar así, al buen tuntún, porque entonces acabas por arruinarte; ni prestas, ni te piden, ni nada. Por esa razón existen dos palabras, préstamo y usura, que son dos conceptos distintos. Y tu

madre, enharinada, mirándonos a los dos con una cara de ni sí ni no, y con esa torcedura de labios que dices tú que es tan graciosa y que a mí me parece propia de jabalíes. Un prestamista en la familia, recórcholis. Piensa ella: ¡Hum! Qué poco me gusta. No es una actividad presentable. Y todo lo justifican diciendo que es maragato. ¡Hum! Ella, tan señora, tan educada, tan resignada que ni a su marido le reprocha los jugueteos que tiene con la cocinera con tal de que no trascienda nada; tan cristiana que admite a la bastardita como propia si con ello apaga el incendio. Pero a un prestamista no hay quien lo tape: o te lo tragas como a un sapo o le prohíbes la entrada. Te resta una tercera opción, que es la de desearle que tenga mucho éxito y se convierta en banquero. Entonces, ya no habría ningún problema. ¿Con quién se ha casado tu hija? Es una familia de campanillas. El padre es banquero, aunque sea de brocha gorda. Ya ves, el niño salió de letras y eso que en casa sólo hablaban de letras de cambio. ¡Ja, ja, ja! Pero no, es prestamista y sin posibilidades de llegar a banquero, entre otros inconvenientes porque jamás se lo propone. Por eso tu madre busca una fórmula para referirse a él sin decirlo y sin mentir demasiado. ¿Cómo era? ¡Ah, sí! El padre de Mario maneja pequeñas inversiones entre particulares con tanto acierto que casi siempre gana. Lo dice con tal convicción que algunos de sus amigos se acercan a papá con fajos de billetes de mil y de quinientas para que se los mueva en bolsa, pero, cuando lo comenta entre gente que está al cabo de la calle, tu padre carraspea y ella entiende que no debe andarse con rodeos. Entonces lo suelta como si fuese lo más natural del mundo. Vamos, que el padre de Mario es lo que se entiende por un prestamista, ¡y bien, eh! Asunto zanjado, aunque ella insiste para que vean que lo tenéis tan asumido como los habitantes del Congo tienen que ellos son negros de cuna. Mira tú, dice la mujer, que al principio Ramón y yo nos pusimos a la defensiva. ¡Uy! Un prestamista. Estos tipos se tratan con lo peor de cada barrio. Pero no. Nos lo presentan, lo vamos conociendo, y no. Resulta ser una persona muy de andar por casa y honrado hasta la médula. No te digo como tú y como yo, pero casi. Clase media tirando a baja, pero formales a carta cabal. Y de buen corazón. Presta a un interés ridículo, menor que el de cualquier banco. Lo mínimo para no perder dinero ni hacer el canelo. ¡Hombre! Basta ver que al hijo le han dado carrera universitaria para saber que no son unos zascandiles. Eso dijo tu madre entonces, y veintitantos años después te aconseja que, si la niña no quiere estudiar, pues que no estudie, que no lo necesita para nada. Y le haces caso, Carmen. Menudo par de tres. La niña, que no quiere dar palo al agua; la madre, que la deja zanganear; y por detrás, la abuela, que les aporta ideología, a las dos. ¿Que por qué lo permito yo, que soy el padre y estoy en desacuerdo? Yo no lo permito. A mí me lo imponéis. Mario,

ya sabrás que Menchu cuelga los estudios. ¿No va a hacer Filosofía? No. ¿Derecho, entonces? No, no; ni Filosofía ni Derecho, ni Teología en Comillas. Olvídate de verla con el birrete. No estudia más, deja los estudios y punto redondo. Pero entonces, ¿qué va a hacer la criatura? ¿A ti qué te parece? ¡Buscar novio y casarse! ¡Como yo! ¡Anda que te preocupaste mucho de si yo iba a la universidad o dejaba de ir! Pues ella, igual. Fea, no es, y si mueve el culo como debe y donde debe, en dos o tres años tenemos boda, y espero que sea de alto copete, porque poder se puede y es de tontos apuntar a berzas cuando puedes aspirar a perdiz. Y yo, atónito. Pero, Carmen, ¡me estás diciendo que metes la niña a puta! ¡El cuento de la lechera matrimonial! ¡Mover el culo… en tres años, boda… poder se puede…, perdiz! ¡Si tiene dieciocho años! No mido el razonamiento, porque enseguida vas y lo rebates, como si tuvieses la respuesta preparada de antemano para cuando se hable de su edad ¿Conoces a Rosa Urrestarazu? No. Se acaba de casar en San Pedro de Alcántara con un hijo de Batista. ¿El dictador cubano? ¡El expresidente cubano! ¡No empecemos con matices, Mario! Lo que tú quieras, si te parece, ¡que sea Fulgencio, el de la isla! ¿Y sabes cuántos años tiene? ¡Diecisiete! Los ricos sí pueden y tu hija, no. Ya me dirás qué estudios universitarios puede tener la tal Rosa, que ya es novia del Batista desde los quince. No sé si eres consciente de lo que dices, porque tú cuando entras en barrena arrasas con la lógica y con la epistemología. Menchu no es una mercancía. ¿Cómo se te ocurre? Y ahí saltas tú. ¿Entonces yo sí lo soy? ¡Como no he estudiado ni he pisado el paraninfo, te puedes casar conmigo, pero el padre de nuestros nietos no puede hacerlo con tu hija porque el señor quiere que se licencie en algo que suene campanudo! ¿Sabes lo que te digo? Que estoy encantada con que deje de estudiar, porque en la universidad se vuelven todas unas marimachos y unas desvergonzadas; así que la niña y yo ya haremos lo que nos parezca, porque ni dinero nos vas a tener que dar, ¿me escuchas? Ni colegio mayor, ni colegio menor, ni matrícula, ni permanentes, ni pasantías, ni nada. Esto lo arreglo yo en dos patadas y te ahorras la sopa boba. Es la última vez que hablamos de los estudios de Menchu y a partir de ahí hace lo que te parece bien a ti, que curiosamente es también lo que le parece estupendo a ella. Pues no te voy a negar que sí, que me hacía ilusión verla en Salamanca, oye, o donde fuera, con su carrera completada y su independencia, pero no es posible y deberá comportarse como las vacas, haciendo tolón por el prado para ver a quién le hace tilín. Contigo de maestra es improbable que fracase. Preséntale a algún Zósimo de turno para que encienda los deseos de los machos casaderos que pululen alrededor y, como tú misma dices, en dos años, boda. Lástima que ya no viva tu madre para que le den *cum laude* en el arte de la seducción, ella que no se apeaba de la

gargantilla para disimular las arrugas del cuello ni en verano. El sofocante, le llamaba la mujer al viejo estilo, y no me extraña. ¿Cómo era aquello que os decía a vosotras como compendio del conocimiento femenino? Algo así como que a una mujer de buena familia le basta y le sobra con saber pisar, mirar y sonreír. Y añadía, «estas cosas no las enseña el mejor catedrático». Señora, no brindo a su salud porque ya no le hace falta, ni a mí tampoco, pero me postro humilde para reconocer tan profundo pozo de ciencia como el suyo y para admirar su sofocante. Puede estar contenta, su nieta va camino del Premio Extraordinario Fin de Carrera, porque, si usted aprende distinción con las Filipenses de Mataró o con las Damas Negras de Dublín, ella se instruirá en casa, con su mamá, a la que antes sólo le faltaba el color para ser dama negra, pero gracias a que me he muerto, ya lo tiene de pies a cabeza. Sé que las chicas sólo trabajan en el extranjero porque son unas pelanduscas que pretenden meter a sus maridos en la cocina para que les hagan la cena; sé también que ellos tendrán todos los avances que quieran, pero que nosotros les ganamos a decencia. Lo sé porque tu padre lo publica en un artículo que me pasasteis por las narices cincuenta veces, como diciendo a ver cuándo escribes tú un artículo como papá. A mí, que he escrito más de mil, me lo dices. Y tu padre, uno y un churro. Ahí es donde le aprieta el zapato. A él y a toda la familia, porque, hija mía, sois unos flojos de entendimiento como pocos conozco. El articulito de tu padre alabando al señorito castellano, que ni de su casa sale por no corromper las viejas tradiciones, no hay por dónde agarrarlo, ni por consistencia, ni por bien escrito, ni por nada, pero vamos a darlo por aceptable. ¿Me quieres decir que tiene que ver todo eso para que Menchu siga siendo la chica más decente de Europa aunque acabe una licenciatura en Filosofía y Letras y no se vea en los apuros de su madre para entender *Campanadas a medianoche*, como te sucede en su estreno? Mario, a mí no me vuelvas a traer a películas en las que haya que consultar una enciclopedia para averiguar de qué van. El señor Falsaff será todo lo repolludo que tú quieras, pero no se explica nada bien, no-se-ex-pli-ca. ¿Y el actor? ¿De verdad tenía que ser tan cebollo? Nadie se puede creer que ése sea el chico de la película. Vamos, que se echa a reír y no para en una semana. ¡Y encima rodada en España! Eso les pasa por no mirarse antes el guión. Anda que iba yo a darles permiso de conocer el plan de rodaje. Una vergüenza nacional. Y encima presumen de que han aprovechado los trajes de *El Cid* para que les saliese más barata. Ésa sí que es un peliculón, con la Loren y el Heston, que están que se salen. Nos dicen lo de los trajes para que vayas al cine y pienses que será como *El Cid*, pero sí, sí: ¡un zurullo pinchado en un palo! Así me calientas la cabeza viniendo a casa. De Orson Welles no quedan ni las raspas y, como tú dices, había

ajamonado cuarto y mitad. A mí nada de eso me pilla de nuevas. A buenas horas. Ingenuo sería si descubro veinticinco años más tarde con quién me he jugado los cuartos. Después llamarás librepensador a don Nicanor. ¡Librepensadora eres tú, que no te atienes a norma, escuela o corriente alguna! Tú vas por tu senda destripando todo lo que te encuentras sin encomendarte ni a Dios ni al Diablo, y las consecuencias las paga Menchu. En tu diccionario aparece la palabra película y dice: «historia contada en imágenes en la que un guaperas está colado de una gachí, también de buen ver. Tras un noviazgo que dure hora y media, se casan y se acaba». Todo lo que no responda a esos parámetros o es obra de tarados o del comunismo internacional, aunque nosotros sólo vemos las que le cuelan a Franco, que cada vez está menos celoso a la hora de prohibirlas y el cine en España empieza a ser un putiferio como lo es en Francia, o por ahí adelante.

XVIII

CASARÁS Y AMANSARÁS

Y quien dice cine, novelas dice, porque tu obsesión para que escriba los amoríos de las parejas no deja de ser una auténtica perversión de la cultura. Al conocerse que la niña de los Servando, cuando apenas ha cumplido los catorce, se fuga con su maromo, cinco años mayor que ella, te parece que es una buena ocasión para insistir. Ahí tienes un argumento de los que merecen la pena. ¿Hay amor? ¿Hay secuestro? ¿Es un delito? ¿Es una pasión? La gente te la quitaría de las manos. Podrías titularla *Romance precoz* o *La niña enamorada*, y no queda un libro por vender. Voy a decírtelo por última vez, Carmen: no sabría escribir ni la primera línea. No sé, no me sale, me parece ridículo y, ya que grandes autores han contado magníficas historias de amor, hay que evitar el género, precisamente por eso, porque cada cual sirve para lo que sirve y a cada uno le pican sus pulgas. Es como si a mí me diese por comerte la oreja todo el día para que hicieses, no sé, salto de pértiga. Tú, que para subir la acera te agarras a mi brazo porque temes perder el equilibro. Jamás te lo insinué, por supuesto, pero me dirías que fuese por ahí a dar la tabarra a otras. Pues tú estuviste todos los años de matrimonio con la monserga de las novelas de amor y no hubo explicación que, por activa ni por pasiva, te hiciese comprender que yo no me dedico a eso, que no valgo. Ni me gusta ni me emociona. Llega a ser insoportable, máxime cuando hay terceras personas delante, porque, naturalmente, en nuestros últimos años ya no sacas el temita estando solos, pero sí en compañía de amigos cuando lo crees conveniente. Mario pierde miserablemente el tiempo con los libros que escribe. Yo ya le digo: Mira, si quieres, haces uno de los tuyos, de ésos que no se venden porque nadie los entiende, y el siguiente lo dedicas a una buena historia de amor y ya verás cómo cambia el panorama. Uno de cal y otro de arena, cal y arena. El colmo es cuando con tu labia sibilina convences a María del Pilar, la mujer del notario, y te sigue la milonga como fiel discípula. Es verdad, Mario. Hazle caso a tu mujer y prueba con una novela romántica. Un primo de Alberto trabaja en Bruguera y siendo tú catedrático seguro

que no iban a poner problemas. ¿Qué te cuesta probar? Creo que esa noche rozo la impertinencia, si es que no me sumerjo completamente en ella. María del Pilar, creo que le respondo más o menos, me importa una mierda Bruguera, así como todas y cada una de sus colecciones de novelitas de memos enamorados; me repatea el género y te juro por las cenizas de don Miguel de Cervantes que jamás mojaré mi cálamo en tinta para que de él salga un bodrio semejante, así me aseguren que voy a vender más que Corín Tellado y Marcial Lafuente Estefanía juntos. ¡Jesús, Mario! ¡Cómo te alteras por una recomendación desinteresada! Y tú certificas la traición: Ya os lo advertí. Se pone como una fiera, emborrica y no hay forma de hacerlo razonar. Hoy me arrepiento de habérselo dicho, porque María del Pilar, además de bizca, que culpa no tiene, goza de buenos sentimientos y no se merecía la catilinaria. Menos mal que Alberto y su primo de Bruguera son más sensatos que vosotras. El hombre le da un giro a la conversación y nos lleva a asuntos municipales: ¿Sabéis que van a cerrar el Paseo durante dos meses por obras? Pues sí, van a poner más bancos y anda el alcalde a vueltas con el proyecto de añadirle una fuente, aunque eso no es definitivo. La verdad es que algunos amigos de la pandilla que teníamos entonces son para echarles de comer aparte. No me refiero a Alberto, ni siquiera a María del Pilar, pero para mí que los Cuenca están cortados por el mismo patrón que vuestra familia. Ella se cree el archipámpano de Sevilla y él nos mira con el ceño fruncido como si fuese de la pata del rey, cuando todos sabemos que los Cuenca hicieron guita con cuatro tablajerías en Tierra de Campos y Benavente. Un hermano del padre compra una partida de toros bravos y antes de que se le mueran de hambre los coloca en ferias menores, acá y acullá, pero ellos ni siquiera tienen relaciones con ese tío ganadero. Sin embargo, eso les basta para decir que a los toros de los Cuenca los mata El Viti. Que ni son suyos, ni El Viti mata al primero. Pasa que a un becerro suyo lo compran para una capea a la que está invitado el torero y, claro, el maestro le da cuatro capotazos, como de compromiso. La patraña de la becerrada crece y ahora resulta que a sus morlacos los mata El Viti. Ése es el perfil de los Cuenca. A ti te tiene engañada porque prefieres presumir de amigo que reconocer la verdad. Es otra de tus características más notables, creer las bolas de todo el mundo y no creerme a mí, especialmente si esas trolas son de gente de derechas, y lo que yo te digo te suena a preocupaciones de rojazos. Es así, Carmencita, nunca diste aprecio ni crédito a lo que yo pudiese opinar desde aquella terrorífica frase tomando el vermú en Casa Zarrías: ¿Te quieres casar conmigo? En ese momento me besas, nos abrazamos y me contestas que sí. Fue la última vez. Sí, mi rey, me adulaste. Exacto, el hombre reina y la mujer gobierna. A partir de aquel instante, te

haces con los mandos de la nave, preparas la boda, eliminas la langosta del menú y me sometes a tu santa voluntad, hasta el extremo de querer que escriba novelas de amor como un baldragas. No sé de dónde, pero menos mal que saco fuerzas suficientes y os mando a la mierda a ti, a la bizca de María del Pilar y a las colecciones de Bruguera, que los santos me perdonen. No quiero imaginarme la vergüenza que sentiría de aquí a la eternidad si no lo hubiese hecho y figurase en mi bibliografía *Pasión precoz, La enfermerita enamorada* o cualquier otro título de ésos que me ordenáis escribir para satisfacción de vuestros retorcidos subconscientes. No exagero, aunque no confío demasiado en que lo entiendas. Basta que lo sepas y me daré por satisfecho. Es posible que después de mucho rumiarlo llegue un día en el que digas: ¡Coño!, pues Mario no andaba del todo desencaminado. El taco es imprescindible, porque sin él la frase no alcanzará la fuerza expresiva que tal cambio requiere en tu cerebro. Puedes decirlo. «Coño» no es ni pecado venial y, en último caso, al día siguiente lo confiesas y todos contentos. Júrame que, si lo haces, me avisas. ¿Cómo? No lo sé. Tú inténtalo y yo, si puedo, ya me daré por enterado. También puedes añadir, si lo descubres, por qué a los niños no les ponemos pantalón largo hasta que cumplen los catorce años y los echamos a las calles con las piernecitas al aire aunque esté cayendo una nevada como las que tumbaron a Napoleón en Rusia. Eso sí, mucho pasamontañas y mucha bufanda, pero como sólo acaba de cumplir los trece, las rodillas van a la intemperie. Tú ya me contarás si tiene sentido de alguna especie ese rito, y no es que te lo reproche a ti, porque la costumbre está generalizada. La aceptamos sin pensarla dos veces y mandamos a las criaturitas a la nieve mondas y lirondas. Lo hablamos una vez y me dijiste que el pantalón largo es para los bachilleres. Vamos, por esa regla de tres, los analfabetos deberían salir en pelota picada a la calle. Toma catarro, para que aprendas a leer. No, ahora que tengo todo el tiempo del mundo; bueno, mejor dicho, ahora que no tengo tiempo, le dediqué una reflexión y creo que ya sé el motivo. Es una cuestión de ahorro. Como hasta los catorce los niños crecen como la yedra, si tuviesen pantalones largos habría que darles cada vez más pernera. En cambio, si ya son cortos, da lo mismo centímetro arriba o abajo. Dicho todo ello con el máximo respeto para la reválida de 4.º y el bachillerato elemental, que me parece uno de los momentos culminantes del crecimiento intelectual, cuando dejamos atrás las matemáticas y todo se reduce a estudiar la querida, agradable y comprensible letra. Ése fue mi caso. Otros dirán lo contrario. En fin, si averiguas nuevas razones que justifiquen el pantalón corto de los niños, al margen de ahorrar unos céntimos a costa de su salud, las incluyes en el paquete. Gracias.

XIX

QUIEN DE MUCHO PRESUME, DE MUCHO CARECE

Insistes mucho en lo del Seat 600. Sabes al dedillo que no lo hago por ser agarrado, sino por un rechazo físico, y quizás también estético, al ritual automovilístico. Yo no lo voy a conducir, eso es evidente; antes me corto un dedo para que no me den el carné, ya te lo dije mil veces. Cada vez que me veo dentro de uno me viene a la mente la canción de *Garbancito*. No me preguntes por qué, pero es algo reflejo e incontrolable. Me imagino que estoy sentado al volante y comienzo a oír las estrofas principales: «Pachín, pachán, panchón. Mucho cuidado con lo que hacéis. Pachín, pachán, pachón. A Garbancito no piséis». Digo yo que será por verme allí, pequeñito, en medio de otros coches más altos que me mirarían por la ventanilla con aire de superioridad, o porque también los llamaban «huevos». Si en mi sueños voy en un 1500, no escucho a *Garbancito*, sino a Wagner y sus valkirias. Supongo que será por haberlo oído en el ensayo de Educación y Descanso. No sé si sufro amaxofobia, que como no sabrás viene del griego ἅμαξα, carro, y φοβία, terror, según lo explica el pedante de Abelardito Sastre, estudiante de Medicina en Sevilla. O es que no me veo con la palanca de cambio en la mano. Tampoco creo que sea como para acudir al médico. No me gusta conducir, y punto. Ni tú ni yo estamos dispuestos a sacar el carné. Una cosa es ir en coche y otra muy distinta, encargarte de él. Sacarlo, meterlo, aparcarlo, arreglarlo, lavarlo, cambiar el aceite y todas esas actividades que quienes tienen uno te restriegan por las narices para presumir de máquina. Subía la cuesta de Santo Domingo y se me gripó el motor. Que yo creo que ni cuesta, ni motor, ni gripado, sino que lo dicen para hablar del coche. Una disculpa. Yo, ya lo sabes de viejo, oigo cárter o manguitos o cigüeñal y salgo pitando por la dirección contraria. Y tú, eso de llevar las manos en el volante, como que no. No pasa nada. Todo lo contrario, me alegro. Tú quieres ir como una señora, sentada al lado del conductor para llenarme la cabeza de órdenes innecesarias. Tuerce por la Costanilla, subimos hacia la plaza y lo dejas detrás del ayuntamiento, que allí siempre hay sitio. ¡Ah! Y no te olvides de bajar

las ventanillas y cerrarlo con llave. Eso te encantaría, porque te haría sentir con mando y conocimiento de causa, o al menos de las direcciones que tienen las calles. No te alteres, Carmucha, ya sé que jamás dijiste una frase parecida a ésa, fundamentalmente porque no hay coche y es imposible, pero te estoy oyendo como si lo hubiese. Y con las averías, más de lo mismo. Eso va a ser del motor, Mario; te lo digo yo, que va a ser del motor. ¡Coño, Carmen, claro que es del motor! ¡Si no arranca, no va a ser del parachoques! Perdona. Ya sé que tampoco lo dijiste, pero imagino que sucedería tal cual. Cuando tenemos aquellas peloteras sobre el Seiscientos, que si lo compramos o no, llego a soñar varias noches con que nos quedamos parados en medio de una carretera secundaria, oscura y plagada de lobos. Tú me chillas histérica algo sobre los ferodos y yo me despierto entre sudores y escalofríos, dominado por una angustia que no veas. Luego, al comprobar que duermes a pierna suelta y que todo ha sido una pesadilla, regreso a la calma y juro, mientras vuelvo a dormirme, que jamás me llevarás delante de un concesionario, así ese día den de balde los automóviles. Que ya me llevaste al altar y con una vez que me encadenes, llega. No digo que seas tú sola, ni el tuyo un caso único, ni mucho menos; pero lo cierto es que, si os falta el coche, es como si os movieseis desnudas por la vida. Y no niego que a nosotros también nos pase, pero se nota menos porque el hombre no habla de ir en automóvil, sino de conducirlo, y entonces la gente piensa: ¡Ah!, es un conductor. En vuestro caso, ¿qué dirían? ¡Ah!, es una pasajera. Da lo mismo, puede conducirlo otro, porque el quid de la cuestión es que se os vea dentro del vehículo, o lo que es infinitamente mejor: que se os vea descender de uno, porque entonces cabe la posibilidad de que un hombre os abra la puerta y entonces sí que la felicidad es máxima. ¿Pero para qué quieres un coche?, te pregunto cuando insistes. ¿Para que yo te abra la puerta? Aquí está todo cerca y para el viaje que hacemos los veranos al pueblo nos va muy bien que sea en taxi. Ya te demostré con lápiz y papel que tener un automóvil en el garaje todo el año nos sale por un ojo de la cara. Y tú venga a decir que ajajá, que si ahora hablo del ojo de la cara es porque me duele el gasto y nada más. Luego, en tu monólogo, me entero del episodio con Paco Álvarez y su Tiburón: cuando dices que te recoge en la parada del bus y se lanza a besarte por causa de fuerza mayor incontenible, a lo salvaje. A ti te da como un vahído y no sabes si estás en el cielo o en la tierra, lo cual me hace sospechar que lo tuyo con los coches está relacionado con la entrepierna, porque Paco no es ni la mitad de galán como lo pintas y el Tiburón, por lo que yo alcanzo a comprender en asuntos del motor, tiene nombre y fachada, pero se mueve como una cuna. Te besó. Bueno, pues muy bien; confío que le haya aprovechado el arrebato, porque tú, por lo que me dices, estabas tan perdida que ni carne ni

pescado. Como en vida no sé nada de eso, siempre volvemos a la amaxofobia, a discutir quién lo conduce y a todo el camino ya trillado tardes y noches. Una pesadez, porque no hay nada más aburrido que una conversación de besugos en la que sabes con total seguridad cuál va a ser el final. Y tú eres una especialista en iniciarlas, como cuando te empeñas en que asista a misa. Da igual las veces que te haya dicho que no voy por respeto precisamente a los que van. No voy porque no creo, y me parece que los que participáis en ella no os merecéis tener al lado a un señor con cara de sardina, pensando en las Batuecas. ¡No digas sardina si hablamos de la santa misa! Bien, pues con cara de armario empotrado. Eres malvado, ya no sabes qué hacer para herirme. ¡Pues podías haberle dicho a mi padre que no te casabas por la Iglesia! ¡Sí, pero no te atreviste a enfrentarte con don Ramón! De ti sólo salen risas y parabienes. No sé qué pecado será más mortal, si haberte casado disimulando una fe que no tenías o vivir todos estos años alejado de la Iglesia. Grave dilema, Carmen. Tan grave que jamás reparé en él. Vamos a ver, admito que no se lo planteo a tu padre porque no soy un héroe, dispuesto a encararme con un don Ramón espátula y vociferante: ¿Cómo que no selláis el vínculo por la Iglesia? ¡Además de ser prestamista maragato, tu padre fabrica herejes espasmódicos! No, no hace falta forzar los extremos y nos casamos con todos los aditamentos propios, comunión incluida, porque yo tampoco soy un profesional de la cáscara amarga, uno de ésos tan barrabases, fanáticos e intransigentes como los chupacirios que pretenden combatir. Tú lo sabes porque lo hablamos varias veces, aunque nunca diste pruebas de haberlo entendido. ¡Pues si no eres católico, eres ateo y punto! Tú, como el catecismo del padre Astete, que, si no suman dieciséis, sumarán diecisiete. Agnóstico nunca fue una palabra de tu gusto, quizá porque no sabrías darle el significado exacto. Ni siquiera el aproximado. Desde luego, nada que ver con el agnusdéi, y eso que empiezan igual. Pero ojo, yo no me identifico con lo que define. Son asuntos bastante graves como para apostar todo a una sola palabra: creyente, ateo, agnóstico… El hombre es algo más que un cuello del que se puedan colgar carteles, y yo no estoy dispuesto a que me catalogue nadie que no haya cursado cinco años de Teología en Comillas o en Deusto, como mínimo. Prohibida la entrada a quien no sepa geometría, Carmen. O, más por lo llano, quiero decir que entre creyente y ateo hay un amplio abanico de matices donde situarse sin necesidad de que te claven una etiqueta a machamartillo como tú haces con una sola palabra. Todo lo reduces a un cumplimiento riguroso de una serie de normas que no se sabe muy bien para qué se exigen: misa los domingos, comulgar por Pascua Florida, ayuno y abstinencia los viernes de Cuaresma, visitar los monumentos el Viernes Santo, la misa del Gallo el 24 de diciembre, llevar velo en la

iglesia, no comer dos horas antes de la comunión, santiguarse al pasar delante de un templo… ¿Te das cuenta de la cantidad de cosas que haces sin saber para qué? Porque no digo que haya otras personas que sí lo sepan, pero tú, perdóname, no; no tienes ni pajolera idea de las razones que motivan cada uno de esos mandatos, lo cual es tanto como ser uno de los perritos sabios del circo. Pero, eso sí, te pones como una energúmena si alguno de tus hijos se los salta. A mí ya me dejas por imposible, lo cual te agradezco. Mario es que es un diagnóstico. Mujer, será agnóstico. Pues será; yo con esa gente ni trato y ya ves, va y me toca uno de marido. Cuando se me ocurre defender a Marito porque se salta la misa del domingo, das un brinco para gritarme que si tal y si cual, que si el niño va a perecer abrasado en las calderas de Pedro Botero, que no va a encontrar currelo y que está a un paso de ingresar en el Partido Comunista si no le damos un aspergio de agua bendita. Eso es lo que más me sorprende de ti, que te proclamas como la mayor defensora de la ortodoxia cristiana, pero jamás te preocupaste en investigar el porqué de las cosas, que lo tienen, de verdad que lo tienen, aunque para ti daría lo mismo que careciesen de sentido porque las repetirías como un autómata. También es posible que en esa máquina interna que tienes, donde se elaboran las teorías más insospechadas, le hayas dado vueltas al asunto y te salgan por doquier explicaciones singulares. En los viernes de Cuaresma no comemos carne porque es el día en el que los judíos celebraban una churrascada, y así se distinguían unos de otros. Me creo cualquier disparate porque no sería la primera vez en que matas a Jesucristo de un pistoletazo. Las sotanas de los curas tienen treinta y tres botones porque es la edad en la que disparan a Jesús, mientras que los hábitos de las monjas no tienen ninguno porque la Virgen María murió en la cama. Eso te lo oigo yo cuando se lo cuentas a Menchu, y la pobre niña lo irá repitiendo por ahí como verdad revelada. Ésa es hija del catedrático Collado, dirán, y tú tan tranquila, a tus cosas, tan feliz. Además de las bobadas que obtienes de tu propia cosecha, chica, no sé qué facilidad te han dado para quedarte siempre con las de los demás. Podrías intentar que se te pegue también alguna idea brillante, pero no hay manera; se ve que te han puesto un imán caducado que sólo atrae disparates. Cuántas veces te oigo decir a los niños y a sus amigos, cuando meriendan en casa: ¡Tomaos pronto el zumo de naranja porque se les van las vitaminas! ¿Adónde? Pues sí que son raras estas frutas repletas de unas vitaminas que nada más ser exprimidas se las piran al éter, o sabe Dios adónde las mandas. ¿Y cuáles se van? ¿Todas? ¿Sólo la C? ¿Sólo las que están en los bordes del vaso? ¿Una vitamina tirada en el fondo, cubierta de zumo por todas partes, también se escapa? ¡Sí, échales un galgo! La verdad es que yo te oigo y sigo a lo mío, como si esa cantinela que emerge de

tus labios cada vez que los abres perteneciese a la banda sonora de mi vida. Otro día les dices: Niños, hay que comerse la fruta con toda la piel, que es donde están las vitaminas. ¡Qué obsesión con el sitio donde estén o dejen de estar las vitaminas! ¡Que si se van, que si se acumulan en lugares increíbles, que si dan apetito, que si lo quitan! ¡Si tan siquiera te hubieses preocupado de saber con certeza algo de todo ello! Pero no, hablas por boca de ganso y lo mismo defiendes que es por culpa de la oxidación como por su contraria. Que yo sepa, ninguna fruta tiene las vitaminas en la piel, pero tampoco quiero mear fuera de tiesto. Como tú, que hablas ex cáthedra, con afirmaciones determinantes, absolutas, inamovibles. Son mojones clavados en el campo para saltar de unos a otros sin tocar jamás con los pies el suelo del conocimiento científico. Tú, como la ardilla, serías capaz de atravesar España de mentira en mentira sin abrir la enciclopedia Álvarez, lo mínimo exigible para que Aristóteles no se remueva en su tumba. ¡Ay, Carmen! Así te comportas en todo, como en secuencias ininterrumpidas de una cadena que se prolonga de la cuna a la tumba. De bocazas a boceras. En mi experiencia ya puedo decir que así ha sido. Y si bien es cierto que durante los dieciocho primeros años de mi vida me libro de tus latiguillos porque te desconozco, en los treinta restantes los aguanto como latigazos de tu insolencia que restallan en mi cuero cabelludo haciéndolo cada día más duro e insensible; vamos, que Kant a tu lado es ameno y su lectura, tronchante. Niños, si tomáis la sopa por las esquinitas no quema. ¡Pero si el plato es redondo, mamá! ¡Pues por las orillitas! ¡Qué más da! No sé por culpa de qué asociación de ideas, pero ahora me viene a la cabeza otra sentencia de las tuyas. Niños, el plátano por la mañana es oro; por la tarde, plata, y por la noche, mata. ¿Tú has visto en alguna parte a alguien que se haya muerto por tomar plátano cuando se va el sol? Me tienes que explicar qué extraño fenómeno químico les ocurre a los plátanos para que a las nueve de la mañana te conviertan en Aquiles, a las cinco de la tarde te dejen como estás, y a las doce de la noche te traigan a mi compañía, o sea, te produzcan un jamacuco platanero y cambies de barrio. Es ciertamente asombroso que repitas la letanía sin haber realizado la más mínima comprobación. Sería conveniente que lo hiciésemos, entre otras razones porque, si fuese verdad, en casa deberíamos mantener los plátanos bajo llave, por lo menos a partir de las ocho de la tarde, no vaya a ser que uno de los niños se despiste y le dé por hincarle el diente a una banana cuando estemos a la luna de Valencia. Qué desgracia, Transi, ¿y no se le ocurre al nene zamparse un plátano a las diez, cuando ya sabes que a esa hora matan más que el cianuro? ¿Los de Canarias? ¡Todos! ¿Y qué le pasó al niño? De momento, nada, pero lo tenemos en observación.

XX

ALTA Y ESBELTA ME HAGA DIOS, QUE MORENA O RUBIA ME HARÉ YO

¡Ítem más, querida Carmen! También te oigo decir lo mismo, eso de que es oro y que es plata; eso de que cura y que mata referido a la naranja, al melón, al chocolate, y yo creo que a algún alimento más que ahora no recuerdo. Y sin contar las miles de veces que sueltas la misma broma cuando hay un plato de cerdo. Me miras como las actrices pícaras de las zarzuelas y lo lanzas: De lo que se come se cría, Mario. Lo sé antes de que abras la boca. A que dice el chistecito, a que dice el chistecito… Y allá vas tú, más previsible que la caída del sol. También repites cual cotorra: Lo que no mata, engorda. Eso lo reservas para cuando aparece un pelo en la comida, cae una mosca en la sopa o alguien descubre un gusanito que se abre paso en la manzana, por no hablar de otras ocasiones más guarras; sí, Carmen, más guarras. Y no te digo que no esté a favor de la carga pedagógica que tú le das al asunto, que lo estoy, porque a los niños hay que hacerlos a las duras y a las maduras; pero, chica, eres tan cansina que suenas como esas músicas anodinas que ponen por la radio cuando esperan que pase el tiempo sin más; ¿sabes cuáles digo? Piezas sosísimas que las deben componer en una factoría de sosa cáustica, o por ahí. Una música que ni título tiene, pues jamás se les ocurre decir: Están escuchando ustedes a Franck Pourcel y su orquesta, sino que suena y suena hasta que realmente se detiene y sabes que ya han arreglado la antena, o que ya vienen las señales horarias para empezar el parte. Estando vivo me da igual oírte mil veces que una sardina te asesina -otro de tus chascarrillos más celebrados- o que con una longaniza no se agoniza; pero fíjate tú que ahora, cuando ya no me mata ni el veneno de los ratones, me fijo en esas sentencias gástricas que te salen del fondo de tu mollera en porcentajes muy notables y me pregunto: ¿quién te las ha metido allí? ¡Tu madre! No me salen otras cuentas, porque a don Ramón no me lo imagino predicando por la casa: ¡Zumo de limón, zumo de bendición! ¡Fruta en la huerta, amigos a la puerta! Eso es cosa de tu madre, que tenía el mismo sistema de

encarar el mundo de la ciencia que tú. Siempre por la puerta de atrás. Y a mayores nunca es mal día para asegurar que don Nicanor, la eminencia gris, y todos los del periódico manejamos falsas creencias. Tú eres el canon científico y nosotros, cuatro pelagatos. El colmo del disparate. Querer que todo el mundo pueda estudiar sin que la carencia de recursos les cierre el paso a la universidad es un pensamiento equivocado, y tener miedo a un melón por la noche es el último hito de la carrera espacial. Menos mal que sólo te oímos los niños y yo, porque si lo hace un guripa te detiene por lo mucho que alteras. Te multa o te encierra, pues a veces eres en un auténtico peligro público. Por ejemplo, si te dejan pondrías a todos los enfermos de los psiquiátricos de patitas en la calle. Eso lo dices cuando soy yo el que sufre una depresión y me caigo por las esquinas entre lágrimas y apatías. Nada, nada; a Mario no le pasa nada, que le doy yo un caldito y se le van todos esos mimos. ¡Mimos! ¡Asístame la Guardia de Corps! Pesa sobre mí una terrible congestión próxima al miserere que me anula por completo y a ti sólo se te ocurre hablar de mimos, que no niego que alguno más me vendría bien para sobrellevarte, pero que dicho así, con esa rotundidad cartesiana que te caracteriza, eliminas de un plumazo toda la psiquiatría, la psicología, el empedoclismo y gran parte de las ciencias positivas. Ahora bien, llegados a este punto, una cosa te digo también. Cuando me doy cuenta de que mi mujer diagnostica de niñería lo que para mí es un padecimiento insufrible, me sacude una tristeza mayor, de ésas de cuando la tristeza era pecado capital. Entonces desplazo mi decaimiento por la nueva congoja, y comienzo a sufrir por la tuya y no por la mía, aunque, en definitiva, la una y la otra la misma tristeza sean. A partir del episodio de los mimos comienzo a salir del pozo. Como lo oyes. Es posible que haya coincidido con el momento oportuno de la medicación, pero alégrate de saber que tu absoluto desprecio por las causas y los síntomas de mi astenia me ayuda para fortalecerme y remontar lo que hasta entonces es una cloaca en la que chapotear sin sentido día y noche. No es una curación, pero sí un espaldarazo. ¿Cómo lo logras? Supongo que habrá sido una reacción de contrarios, un susto neuronal, un tocar fondo con la punta del pie para averiguar que allí estabas tú con tus mimos y tu inconmensurable vulgaridad. Es cierto, por aquel entonces yo tenía mi corazoncito y creía que mi familia bien podría alegrarse de tener al frente a alguien que escribe artículos, que tiene libros enteros en la mollera, que imparte clases y que colabora en desasnar a las nuevas generaciones; en fin, sentir cierto orgullo por estas pequeñas contribuciones para combatir la burramia a las que me entrego de por vida. Piénsalo, Carmen. Me podría haber dado por apiolar ancianas, como hace el asesino de doña Mencía, que mata a tres de tacada. O por el contrabando, que deja pingües dividendos,

aunque después vayas al trullo. ¿Y qué sería entonces de todos vosotros, empezando por ti, Carmen, que no sabes fregar unas escaleras a conciencia? Porque ésa es otra de tus brillantes deducciones. Las personas que pensamos mucho -y yo no es que me tenga por un gran filósofo, pero tú sí lo crees- somos muy infantiles. Aquí sí que me pierdo y no soy capaz de adivinar de dónde surge semejante enunciado. Me temo que es un hallazgo exclusivamente tuyo, sin ayudas exteriores. Es posible que hayas fundido en él los chistes sobre sabios despistados y la creencia popular de que quien se eleva en el pensar se aleja del obrar, como los niños, que están siempre envueltos en fantasías. No lo sé con certeza, pero de todo ello habrá contribuciones. Incluso te iluminarán Pero Grullo y el torero Gallito, aquel que, cuando se entera de que Ortega es filósofo, exclama sorprendido: ¡Hay gente *pa tó*! Que sí, que sí, que hay gente *pa tó* y deberías saberlo, porque tú eres *tó*. Transforma la oración en pasiva… Bueno, no, que te lías. Eso significa que le des la vuelta, o sea, enúnciala diciendo que si los filósofos y los que más trabajan con el intelecto son unos infantiles; los atolondrados, los botarates, barullas y mentecatos han de ser a la fuerza los más sensatos. Y todo por el artículo 33, que es el que mejor manejas. Vamos, que tiene bemoles la historia. En la noche esa de marras, cuando te calzas las botas de montar y me haces un rejoneo del siete, que es de sombra, recuerdo que también sacas a colación, no sé por qué, lo mucho que te gusta el nombre de Álvaro. Tanto que desde pequeña vives ilusionada con tener un niño que se llame así, que mira tú que es pueril el deseo y, sin embargo, cuánta verdad destapa. Ha de ser una persona muy especial, muy cotorrona y muy tendente a ocupar su cabeza del corcho más endeble que existe para crecer con la ilusión de dar a luz a un nombre, por encima de lo supone parir un hijo. Chica, vienes a decir que, si te preguntan un deseo, tú contestas: Quiero tener un Álvaro, en vez de decir un hijo. Será un Álvaro al que trataré como hijo. ¿Qué tuviste? Un Saturnino. ¡Ay, chica, qué birria de nombre! No está nada mal la filigrana, ¿eh, Carmen? Razónalo un poco, a ver si aguanta el tirón. Y de paso, como no podía ser de otra forma, aprovechas para clavarme un rejón y eliminar de mi cuerpo cualquier resuello de trapío que pudiese quedarme. Es que, si de ti depende -me dices llena de razón con argumentos irrebatibles-, lo llamas Eustaquio, Celedonio, Melquíades… o cualquiera de esos nombres abisinios que usáis los pensadores, no digas que no, Mario. ¡Aristóteles! ¡Te chiflaría! ¡Y dale con pensar! Desde aquellos ejercicios de la Santa Misión en San Diego donde unos frailes predicadores de Palencia os previenen en contra de los librepensadores, la raíz del latín *pensare* se prende en la mente y todo lo que suene a reflexión, tú lo conviertes en azufre hirviendo. ¡Mucho mejor así! Usted no hile dos frases juntas y tire para delante,

ya verá qué bien le va. Pero, hija mía, el problema es que sí las hilas, ¡y cómo! ¡Incluso te atreves a exigir de don Constancio que medie para que el mismísimo Vaticano Segundo destierre del Santoral a los más vulgares! Si a ti te dejan, te cargas a san Jerónimo, porque dices que suena a apache; a san Agapito, porque es de risa; a san Martín, porque, si lo lleva Lutero, nada honesto puede traer, y a san Sotero…, bueno, a san Sotero porque está en la baraja, entre el 7 y el caballo. Éste, sí; éste, no… Así te gustaría ver a los cardenales expurgando el calendario para dejar sólo a los Álvaros, los Borjas y las Aránzazus, que no sé por qué, pero te chiflan. Menos mal que también salvas a Mario, porque es un nombre muy varonil, dices toda repolluda, para que veamos que sabes elegir novio postinero y presentable. Mario es chic, oí que presumías un día delante de Valen. Yo estaba temiendo que me lo quisieses quitar del Registro Civil después de muerto. Vengo a cambiar el nombre a mi marido, el que acaba de morir. ¡Ah! ¿Y cómo quiere ponerle? Me gustaría ser la viuda de don Maximiliano José, que suena a emperador austrohúngaro. Eso está hecho. Una firmita por aquí, otra por acullá y mañana viene a recogerlo. Ya de paso, ¿no le apetece otro nombre para usted? ¿Sissi, tal vez? ¿Puedo? Naturalmente. Pues adelante.

XXI

CAMBIA LO QUE NO TE GUSTE Y, SI NO PUEDES, CAMBIA TÚ

La tirria que le coges a Fraga porque dices que traer el bikini a España es de campeonato. Te puedes imaginar mi sorpresa cuando te oigo hablar mal de Franco, aunque sólo sea de uno de sus ministros. Bueno, de dos, porque José Solís -¡fíjate tú, don José Solís!- tampoco te cae nada bien, porque lo llaman «la sonrisa del régimen», y se nota que eso de la sonrisa o es de izquierdas o te suena a frívolo. La risa está prohibida bajo sagrado. Pero con Fraga es mucho peor. ¡El galleguito ese que se cree muy listo y que dice que el turismo nos va a dar muchas divisas! ¡Mucha división es lo que nos va a dar! De momento ya ha dividido el bañador, le ha quitado la parte del medio, y, ¡hala!, el sostén para arriba y la braga para abajo. Pero hombre de Dios, con lo monas que van con la barriguita tapada. Y ya enseñan bastante, nada menos que toda la pierna, cuán larga es. Y a algunas, que se lo ponen sin el debido cuidado, hasta les asoman los pelochos del pasamontañas por la entrepierna, que, vamos, ¡dan unas ganas de metérselos para dentro…! Mamá dice que si a ella de joven le ven el tobillo tiene que confesarse por provocar. Sí, a Fraga no lo tragas y a saber si también es por su encontronazo con el Opus, porque él con los tecnócratas, mal. Les pasa lo mismo que a ti, tampoco lo tragan. Tu teoría es que primero vienen las extranjeras todas despendoladas y se tumban en las playas con bikinis que dejan ver montes y montañas. A consecuencia de tanto paisajismo inexplorado, los españoles dejaremos nuestro trabajo, nuestra familia y hasta nuestro sindicato para ir a verlas en manada. Más adelante, como habremos perdido el interés por nuestras mujeres y sólo nos fijaremos en las nórdicas y las teutonas, como tú las llamas, las españolas también acabaréis por usar el dos piezas tiradas en la arena; con lo cual ya está todo perdido, y no existirá concilio, ni concordato, ni conferencia episcopal que lo pare, porque el humo de Satanás se habrá colado por cualquier rendija, y aquí pasaremos del *ora pro nobis* al *peccata mundi* en un santiamén. En la tertulia se ponen muy cachondos cuando hay constancia de la invasión bañista, no sólo porque a todos nos gusta echar un ojo a las

suecas, sino porque eso les basta para pensar que, con el bikini extendido por Levante y por Poniente, al general no le va a quedar más remedio que convocar elecciones. Mire, don Nicanor -le dice Moyano, que es el más descreído-, antes de que Franco ponga urnas para que cada uno vote lo que quiera, van a tener que venir todas las suecas sin la parte de arriba del bañador, ¡y sin la de abajo! Y don Nicanor, contentísimo. ¡Dios le oiga, Moyano! ¡Qué concupiscencia tan neumática para acabar mis días! Que sin elecciones podemos ir tirando, pero sin las carretas… Y todos entendíamos el retruécano. Cuando se vive el momento de mayor entusiasmo espetero, don Nicanor está a punto de publicar la foto de una chica en bikini para cerrar la última de *El Correo*, así, de medio perfil, recortada de la revista italiana *Oggi*, que las trae a porrillo y llegan a la redacción subvencionadas precisamente por el Ministerio de Información. La disculpa sería ilustrar un artículo sobre el turismo y el producto interior bruto, pero al final se arrepiente porque dice que se iba a confundir el mensaje. Y que conste que yo no soy partidario, porque una cosa es que nos guste verlas en la playa y otra, que convirtamos *El Correo* en el *Paris Match*, con Brigitte Bardot *à poil* miércoles, sí y miércoles, también. ¡No quiero tener una manifestación de Camareras del Señor delante del periódico!, dice don Nicanor, y se zanjan las especulaciones. Eloy, el pasante del notario, se va a Levante con dos de su peña futbolera para ver lo que se cuece en las playas. Llevan una cámara réflex de profesional, porque el que conduce pertenece a la Sociedad Fotográfica y hace unas fotos excelentes, ya sabes, de ésas que luego cuelgan en el escaparate de la Droguería Universal y las dejan allí pinchadas toda la semana. El caso es que viajan hasta Denia; llegan, se ponen en bañador para llamar menos la atención y se pasan todo el día en danza. Le hacen un agujero a una toalla y dentro de ella ocultan la cámara. Entonces, cuando ven un bikini potable, de ésos que llevan dentro a una señora estupenda, el de la Sociedad Fotográfica, que ahora mismo no te podría decir su nombre aunque me mates -quiero decir, otra vez-; se mete debajo de la toalla como si fuese a encender un pitillo protegiéndose del viento, y dispara, dos, tres, cuatro veces… Creo que un alemán se da cuenta de lo que urden y a punto está de romperles la cara, aunque salen por piernas y evitan ser corridos a garrotazos teutones. Se traen tres carretes de cuarenta fotos y unas quemaduras en todo el cuerpo de las que tienen que ser atendidos en el puesto de la propia Cruz Roja de Denia. Pero, ¡señores! ¡Cómo se han puesto ustedes las espaldas! ¿No saben que hay que echarse crema de protección, sobre todo si es el primer día? Y el pasante: Como no nos tumbamos, creíamos que no nos cogerían esos malditos rayos del demonio. ¡Hombre, no tanto, que a nosotros nos dan de comer!, aduce el tipo. Perdón, perdón. Pues van a estar jodidos

una temporada. Y naturalmente que sí. De entrada, vienen todo el camino sin poder apoyar la espalda en el respaldo del coche. Tampoco te comento nada de ese episodio playero porque tendría que aguantarte el sempiterno sermón por haber visto las fotos, algunas de ellas tomadas tan encima de la mujer que sólo se ve teta, una teta exenta, como el Campanile de San Marcos. En la redacción nos reímos de ellos diciéndoles que las fotos les habían salido quemadas. Y tanto. A Fraga, ni agua, rezas por las esquinas. ¿Qué necesidad tenemos nosotros del turismo, Mario, si aquí se vivió siempre tan ricamente? ¿O no? Y si quieren venir, pues que los lleven al Escorial, al Valle de los Caídos, a la Alhambra de Granada o a la mezquita de Córdoba, que son monumentos para enmarcar y allí no hay ninguna necesidad de ir enseñando nada. Una blusa fresquita, por si hace calor, un salmorejo con picatostes a la salida y para casa, que la frontera se cierra a las ocho. Y quien se quiera desnudar a la vista de los hombres, que se vaya a África, que allí ya andan todas las indígenas con las pechugas al aire y están tan acostumbrados a vérselas, que yo creo que ni pecado es. Se lo preguntaré a don Remigio, porque él, con eso del ecumenismo, sabe mucho de África, de Oceanía y de por ahí adelante. Tu argumento es que, si la mujer las enseña de buena fe y el marido no dice nada en contra, habrá que considerarlo un desnudo *caloris causa*, sin malicia y obligado por el termómetro. Cuando te lo oigo, te acordarás, te digo que me parece bien, porque no van a ir al infierno por culpa del astro sol. A Fraga, defiendes en otro momento de exaltación política, habría que darle una embajada y que estuviese unos añitos en el quinto pino, porque con lo que brega ese hombre es capaz de revolucionarnos el patio. ¿Y no se le ocurre a don Manoliño promocionarnos en inglés? Que si vengan aquí a pasar sus *holidays*, que si somos *different*. ¡Y tanto, don Manuel! ¡El único país del mundo que hace una campaña en un idioma que no es el suyo! Ahí estuviste magnífica, Carmiña. A ti te hubiese gustado que los carteles de España en Londres estuviesen escritos en castellano para que los leyeran solamente los estudiantes de Logroño que van a la *city* a aprender inglés. Muy logrado. Aunque lo superaste en otro discurso, creo que fue en casa de tu padre, cuando los dos os pusisteis a despotricar contra Fraga y a ti se te ocurre una genialidad. Le dices: Convéncete, papá, todo es la misma mierda; turismo, aperturismo, culturismo… ¡Todo acabado en -ismo como comunismo! ¿Y quién está al frente de los ismos? ¡Pues Fraga! Deberías escribir una carta al *ABC*. No me la publican. Allí Fraga tiene buenas agarraderas. ¡Pues al *Ya*! ¡También! A Mario no se la mandes, que ya sabes que termina en el cesto de los papeles. Entonces a mí se me ocurre decir: Pues si está bien escrita, no sé por qué no la vamos a publicar. En *El Correo* estamos abiertos a todas las líneas de pensamiento que permite la Ley de Prensa. Y te

pusiste como una fiera corrupia. ¿Cómo que si está bien escrita? ¡Papá escribe como el mejor, si no más! Ya lo sé, ya lo sé. Quise decir que si la carta no contiene nada que pueda estar prohibido por el artículo 2, que ya sabes que es el meollo de la cuestión. ¡Por supuesto que no! ¿Verdad, papá? Y don Ramón, genio y figura, puso la guinda diciendo que él, en realidad, no había pensado en escribir ningún artículo y que, en todo caso, tenía que meditarlo «entre las volutas inmarcesibles de un habano», por si se le ocurre algún argumento que merezca la pena exponer, con lo cual te quedas más chafada que un piojo de calvo, y no me extraña, porque en el fondo tu padre te deja sola en la estacada. Por eso, poco después os conjuráis las de la pandilla para mandar una carta al director del *Ya* en protesta contra el estreno en el teatro Recoletos de la obra de Emilio Romero *Las personas decentes me asustan*, interpretada por Jaime de Mora y Aragón, el hermano de la catolicísima reina Fabiola de Bélgica. Cada función repite, en sesiones de tarde y noche, una frase que a vuestro leal saber y entender vulnera uno de los principios fundamentales del Régimen, que es la familia. Don Jaime, miembro de la aristocracia, para más inri, se permite decir que «a veces lo peligroso no son muchas faldas, sino una sola, ésa que te ha tocado y te da la lata durante cuarenta años». A mí me parece una idea acertadísima, como puedes imaginar, pero que a vosotras os pone los pelos de punta, porque es como una manifiesta solicitud de despenalizar el divorcio, y fíjate tú: con las separaciones que hay a barullo, las que podría haber si encima se despenaliza. Ay, Mario, no os dais cuenta, pero todo esto acaba por socavar los pilares de la sociedad y la herencia que dejamos a nuestros hijos podría ser un regreso a las cavernas, cuando el hombre andaba con unas, con otras y con las de más allá. No sé yo por qué tienes una información tan detallada de la vida en el Paleolítico, cuando en realidad se sabe muy poco de cómo se las apaña entonces la humanidad. Cosas tuyas. La carta se publica firmada por *Cuatro amas de casa indignadas* y durante semanas la traéis y la lleváis por toda la ciudad para que no quede nadie sin saber que las cuatro amas de casa sois vosotras y que estáis verdaderamente hasta el moño. Del señoritingo de don Jaime ya conocemos su afición a cambiar de mujer como cambia de camisa. Que si Rosita Arenas, que si Margit Olsen… ¡Claro, extranjeras, que son las únicas que le consentirían tantas alegrías a este picaflor de poca monta! ¡Pero, chica, de Emilio Romero…, la verdad, yo no me lo esperaba! Pero si hasta despacha con el Caudillo, dices a manera de grandioso argumento que anula a Romero como autor de una comedieta frivolona. Ahí es donde veo yo el mayor peligro, en que gente como Romero, que las consideras del Régimen a carta cabal, se estén pasando con carros y carretas a lo del aperturismo y a esas mandangas que sabe Dios cómo acabarán, pero que en nada

conveniente será, desde luego. ¿Y entonces qué hace Franco?, te pregunto yo a manera de argumento desestabilizador para oírte decir que el pobrecillo hace lo que puede, pero que él solo no da abasto. Allí, en el Pardo, rodeado de aduladores lameculos, yo creo que no se entera de lo que se cuece en España ni de lo que se estrena en el Recoletos. Sí, su equipo censura lo que puede, pero ahí tienes a Romero estrenando una obra que ya su título es una auténtica provocación para todos nosotros, para una España que se está yendo por el desagüe, porque eso de decir que *Las personas decentes me asustan* es como asegurar que prefiero estar con las prostitutas, con los ladrones y con los degenerados, que mira tú si maldita gracia tiene la obrita, y después, para acabar de rematarla, ¡hala!, a pedir que haya divorcios y que esto se convierta en otra Gomorra, porque a Sodoma ya llegamos. Con motivo del estreno a don Jaime de Mora le preguntan si hay otras mujeres en su vida…, ¿y sabes lo que contesta, Mario? Dice: ¿Otras? ¡Qué tacañería! ¡Todas! ¿Te das cuentas de lo que ocurre en plena España? Que no es en Dinamarca, donde ya están a niveles de infierno para arriba. No, es en España, donde un actorcillo insignificante, pero con las puertas abiertas a las revistas del país, proclama a toda mecha ser un promiscuo y que se acostaría con todas las mujeres de este mundo. Si esto no es señal de que Satanás se ha hecho dueño y señor de la escena española, es que no tenemos ojos. Por fortuna, ya no queda nadie en la ciudad a quien no le hayáis leído la carta de las cuatro amas de casa indignadas y poco a poco el tema de don Jaime y de Emilio Romero remite, muy lentamente. Meses después, en aquel viaje a Madrid con los Sastre, Abelardo propone que comamos un cochinillo en Arévalo y tú te opones rotundamente, porque es la patria chica de Emilio Romero y no quieres dejar un duro allí, ni correr el riesgo de tropezártelo en la plaza. Si así fuese, te verías en la obligación de pararlo y espetarle cara a cara: Señor Romero, es usted un miserable y está destruyendo la grandiosa obra del Caudillo. ¡Qué coman cochinillo los cochinillos! Abelardo me mira con cara de pasmo, deja Arévalo a la derecha y sigue hasta Espinosa de los Caballeros, donde llegamos a medio gas como Carpanta. Aquí vamos a meternos entre pecho y espalda unos soberanos chuletones, aunque haya nacido en el pueblo el mismísimo Manuel Azaña, dice Abelardo. A ti no te hace ni pizca de gracia el chiste y te bajas del coche con el labio torcido, como cuando hablas de *El Correo* como fuente de todos los males. La verdad es que comimos una carne de garabatillo y la regamos de tan buen vino que Abelardo decía a los postres: No sé si llegaremos a Madrid por el Alto de los Leones o será mejor pagar el túnel del Guadarrama, porque noto un calorcillo en la panza la mar de simpático. Y al final vamos por el túnel que acaba de inaugurar tu amigo Franco. ¡Qué obra, qué

magnificencia, qué ingeniería!, clamas extasiada mientras lo cruzamos. ¿Qué comentas a todo esto, Mario?, me preguntas para chincharme. Pues muy bien, estoy muy orgulloso de que en mi país se hagan obras como ésta… para que su Excelencia pueda llegar los veranos una hora antes al pazo de Meirás. Como vas sentada en la parte de atrás del coche, me pegas una palmada en el hombro, pero aquella vez te ríes conmigo, a buen seguro porque estás hecha un manojo de nervios por pasar tres días en la capital con otros tantos objetivos: comprar algo de tiros largos en SEPU, ver la última de Tony Leblanc en el Capitol y, sobre todo, ir al teatro de la Comedia, donde Gracita Morales y José Luis López Vázquez representan *Los Palomos*, de Alfonso Paso. Estando como está *La prudencia en la mujer*, de Tirso, en el Español, es un auténtico desatino perdérsela por un enredo chabacano de Paso, pero no me opongo con tal de no escuchar tus monsergas. Ya sabes que yo rara vez me niego a nada y casi siempre es por razones de acendrada comodidad. Por si te sirve de consuelo, esos dos payasos que son Gracita y López Vázquez me hacen reír bastante, lo cual me viene muy bien para ensanchar los pulmones y refrescar la cabeza, como me aconseja el doctor Gancedo, al que he comenzado a visitar con cierta frecuencia. Lo que no podría precisar es si me río más durante la representación o durante la cena, cuando vosotras os ponéis a hablar sobre el bigote de López Vázquez y Charo dice que es pintado y que sólo sale con él en las películas y en el teatro. Después de la función se lo quita y se va muy campante a su casa, porque así, desmostachado, nadie lo reconoce. Y entonces, como tú ignoras lo del bigote, que a saber si es cierto o se trata de un chascarrillo capitalino, te pones a maquinar tu venganza y, cuando Charito para de hablar, sales diciendo que, bueno, que a lo mejor lo del bigote es un cuento chino, pero lo que yo sé de buenísima tinta es que Gracita no tiene esa voz de pito tan característica, sino que se la imposta porque se lo piden los productores, ya que con ella las películas recaudan el doble, daos cuenta, el doble de lo que obtendrían si Gracita hablase con su auténtica voz, que es normal y hasta bonita. Yo creí que tu trola iba a pasar sin más, pero entonces va Abelardo y plantea algún que otro inconveniente: ¿Y cómo saben los productores que recaudan la mitad con la otra voz de Gracita si jamás han rodado una película en la que ella hable así? Aquello te descoloca, reconócelo, y sales por peteneras. En fin, la verdad es que la rodaron en privado, y quienes la vieron dicen que es como del día a la noche, que no hace reír ni a la mitad de ellos; por eso lo saben. Mitad, mitad. Ahí deberías haberle regalo una sortija o algo así a Charito, porque sale a tu rescate como la buena amiga que es y dice: Sí, yo también he oído algo de eso. En aquel momento esas palabras para ti son oro molido, porque te salvan de quedar como una Antoñita la Fantástica

repelente y consentida. Abelardo no lo va a poner nunca en duda, ni yo, pues bobo sería de meterme en camisa de once varas. La delgada línea que separa una farsante redomada de una mujer pizpireta y atrevida se sobrepasa con enorme facilidad. Sólo las más hábiles seductoras son capaces de mantenerse a raya, decir lo que les da la gana y no ser consideradas unas vulgares charlatanas. Yo a Gracita la veo más alta en el teatro que en el cine. Mujer, al lado de él no tiene mérito, pues bien se ve que es un retaquín. En definitiva, retaquines los dos. Sí, porque para alta ya está Mary Santpere. López Vázquez tiene unas salidas de pata de banco. En eso, los dos. Tienes razón, los dos poseen una vis cómica que gusta a los españoles, va con nuestro carácter, porque seguramente a los franceses ni fu ni fa. Son la Loreta Prado y el Enrique Chicote de hoy, eso sin duda. A mí me encanta cuando se pone así, muy digna, parece que va a decir la gran cosa, y luego se descuelga con cualquier sandez. Por supuesto, por el Recoletos, ni pasamos.

XXII

MEJOR SER LO QUE FINGES QUE FINGIR LO QUE NO ERES

Deberías presentarte a alguna oposición para un cargo público, Carmenchu. Te lo digo en serio y sin ningún ánimo de pitorreo, porque las carencias que tienes en todos los órdenes de la vida intelectual las suples con enorme soltura gracias a ese don que te viene de familia y que yo sitúo con precisión artillera en la rama materna, porque don Ramón es astilla de otra madera. Si me obligan a definirlo bajo pena de paredón, diría que es el don de la desfachatez, pero, lejos de ser un defecto, como ocurre en las relaciones personales, en la vida pública resulta de una utilidad apabullante, especialmente cuando no hay recursos y se necesitan planes para que no se te vea el plumero, o para ofrecer un discurso que mantenga la fe de los ciudadanos en tu gestión. ¿Entiendes por dónde voy? Posiblemente no, pero espera a que termine. Durante el noviazgo, porque recuerdas que mantuvimos un noviazgo una temporada algo más larga que el beso de Paco, me cuentas cómo se las arreglaba tu madre para enfrentarse a las restricciones de la guerra y a las posteriores, que son parecidas, si no peores. Creo que también lo repites la noche de la perorata. Bueno, es lo mismo. Te lo recuerdo yo. Dices que cuando toca el Día del Plato Único, tu madre prepara una comida como la de todos los días, pero servida sin cambiar la vajilla, gracias a lo cual no pasáis hambre y, según tú, cumplís la ordenanza del gobernador. El invento lo ofrecen hoy las cafeterías con el nombre de plato combinado. Creo que alguna del centro ya los tiene en carta. En Madrid hay muchas. A lo que íbamos, para mí que desobedecéis las órdenes del Régimen sin ningún género de dudas, porque el plan no consiste en zamparlo todo en un mismo cuenco, sino en recaudar fondos con las cantidades que deja de tragar cada uno. Lo que hace tu madre no es otra cosa que burlarse del Caudillo, de Serrano Súñer y de la Collares. ¡Ah! Y después, encima ir de boquilla. No lo dudes, Carmenchu. Es como si durante el ramadán, un mahometano cierra las ventanas, apaga las bombillas y se zampa la sopa harira a las tres de la tarde porque, según él, ya se ha ido la luz del sol. Ahora bien, si queréis engañaros a vosotros

mismos… Por fortuna para tu familia, nadie os somete a una buena investigación, porque ibais directitos a la multa, si no más lejos. Pero ya digo, ese don de la desfachatez te ayudaría mucho para trepar en la administración del Estado, cuyos representantes son capaces de sostener consignas vergonzosas, como cuando dicen que quien pasa hambre en España es porque quiere. Tú, igual. Tú cumples con el Día del Plato Único porque tu madre lo pone todo en el mismo. Sois geniales. Mucho presumir de patriotismo y en cuanto te das la vuelta os apuntáis a incumplir lo que la patria os demanda. Vergüenza debería daros. Hacerlo y, tanto o más, decirlo. Os parecéis a los que presumen de sus artimañas con Hacienda delante de los amigos y todos les aplauden, como si el dinero se lo estuviesen birlando al bolsillo de Franco y no directamente a todos nosotros. Ésas son las cosas que jamás te entrarán en la sesera, de la misma forma que no entra en la mía cómo pude vivir rodeado de semejante ignominia, contra la que tantas veces apostrofé en público y en privado. Sois los sepulcros blanqueados de los que habla la religión que practicáis y los traidores del régimen al que adoráis, pero, en fin, de nada vale afligirse a estas alturas de haber participado en ese aquelarre sin impedirlo, sin un bocinazo a tiempo. Entiéndeme bien, yo hablo de afligirme en sentido figurado, porque en realidad no lamento nada; ni sufro ni padezco, así me la hubieses clavado por la espalda, así te haya empitonado yo. Ésa es la ventaja de los celícolas, que somos una tribu de corazones anestesiados y cerebros algodonados a los que es imposible achicharrarnos la sangre, porque no la tenemos. Así que no derrames ni una lágrima por mí, por favor; que en nada me mejora, pues estoy muerto a todo tren. Ciertamente, es una de las muchas comodidades de nuestro estado, pero no la que más te gustaría. ¿Sabes que entre nosotros han desaparecido los idiomas? Ni idiomas, ni dialectos, ni jergas. Eso queda para tu padecer. Te encantará saberlo, con lo mal que te llevas con ellos. Sobre todo con el inglés, un invento infernal; un idioma que se escribe de una forma y se lee de otra sólo puede ser obra del Maligno, porque, digo yo, se entiende que haya distintos acentos, como aquí que tenemos el acento catalán, el andaluz o el gallego. Eso es natural, no pasa nada. Cada uno que se exprese con ellos, que mal que bien los vamos a entender, como cuando hay una película de Xan das Bolas y yo le pillo enseguida el acento gallego, que es muy chocante. Y eso es así, Mario, porque donde pone *patata* leemos *patata*, y no algo que se parece a la mala palabra en diminutivo, así, *puteita*, y que nadie sabe de dónde diantres sale. Y es que ni ellos tienen ni pajolera idea, Mario, que yo un día se lo pregunté a James, aquel novio que se echó Piluca y luego, nada de nada. Te acordarás, ese americano que vino un verano a pasearla y a manducar chuletitas, porque se daba unos banquetes en casa de la

niña como cuando estuvo Almanzor de visita. Para mí que venía de aprovechategui y se puso las botas a base de bien. Al fin y a la postre, como sabía bastante español, gracias a Dios, le dije: James, ¿me quieres explicar por arte de qué magia tú te llamas James, escribes James y lees *Lleims*? Yo creo que me entiende perfectamente, pero se echa a reír y me contesta algo así como *jau fan yu ar*, Carmenchu, que me deja como estaba. Eso me contaste llena de razón cuando buscábamos profesor para Marito, al que no le entró jamás el inglés ni con calzador, como a ti. Contra el francés también rechiflas, pero como has dado dos años en las Consolatas presumes de saber leerlo, a tu manera, pero con algunas nociones básicas, lo cual todavía es peor. Parece que te oigo explicándole a la pelinegra de Valen que en francés clásico, que es el que yo estudio con las Consolatas, *au* se dice *o* y *eau*, también se dice *o*. Sin embargo, *ai* se dice *e*, pero como la e final en las palabras no se pronuncia, a veces no sabes si decir *e* o no decir nada. Para hablar bien el francés hay que saber idiomas. Y te quedas tan pancha, como si acabases de pronunciar una lección magistral. El francés es el mejor idioma para el amor, por eso los niños vienen de París. Valen, ¿sabes cómo se dice Te quiero en francés? *Ye tém*. Sí, ya ves, suena abisinio, pero es así, Valen, te lo juro. Tú le dices *Ye tém* a un francés y en menos de dos horas te invita a su *lit*, porque eso sí, para el amor, ya te digo, son rápidos como el diablo y avanzan a mata caballo. Y Valen, como la tienes entusiasmada con tu mundo de fantasía, tu saber estar y tu don de lenguas, pone los ojos como platos y se imagina que es llegar a París y tener que apartar a los *garçons* de su *lit*, como también comienza a decir ella, por ver si se le pegan los hábitos franceses. En ésas yo estoy escribiendo en el dormitorio, por lo que basta que preste una miaja de atención y me entere de todo lo que parloteáis. Lo siento, Carmen. ¿Qué iba a hacer? ¿Ponerme unos algodones en las orejas? Sería de majaderos. Además, resulta que el tema de Europa y de los europeos es recurrente en vosotras, se ve que a Valen le gusta más que comer con los dedos, así que ella te pregunta una y otra vez sobre cómo se comportan los hombres de cada país en la *lit*, creyendo que tú estás muy puesta en extranjerismos y en camas, de manera que, si no os escucho un miércoles de abril, os lo pillo un jueves de mayo. ¿Y es cierto que las francesas les dejan que vayan por libre, a cambio de que ellos tampoco levanten la voz si las chicas se besan con unos y con otros? *C´est la vie*, Valen! Si no fuese así, estarían todo el día de gresca. Allí nace Rocambole. Carmen, que Dios me perdone, pero estoy deseando ir a Francia para matar el gusanillo. Y siendo tu amiga quien suspira por revolcarse con los galos, tú le dices que sí, que eso es lo que hacen y que se llama el amor libre o *l´amour fou*, según las ganas con las que te acuestes, porque, si fornicas así, como quien se fuma un pitillo, es libre; pero si al amor le pones

bramidos y das botes en el lecho como una leona desmelenada, es *fou*. Y cuando ya la tienes entusiasmada, vas y la rematas diciéndole que practicar una de las dos especialidades de amor es casi una obligación para todo buen francés, sea hombre o mujer. Y entonces Valen suspira y cierra bien fuerte las piernas, en plan aquí me las den todas, vayan haciendo cola los dedos sin uña. Pero ya digo: si yo estoy delante, ni amor, ni libre, ni *fou*, ni revolcarse, ni nada de nada. Europa en general es un tema que te pone nerviosa, aunque sea para hablar de sus legumbres, y no hay país que se escape de tu maza justiciera para machacarlo, salvo si quien te escucha es Valen, que viene a ser como esa alumna desvergonzada ante la que no te privas de soltarle verdulerías. Quizá porque la pobre no conoce varón y todavía piensa que somos ángeles emplumados. Mira, Valen, te cuento. Por ejemplo, Italia, que cuando pronuncias su nombre se te va el pensamiento al Vaticano y te imaginas que estarán todos muy sosegados en materia carnal, resulta que es el sitio del mundo donde más promiscuos son los hombres, hasta el punto de que muchas señoras inglesas viajan allí sólo para estar con uno, porque, además de graciosos y sobones en público, son muy movidos en la cama. Yo creo que por eso san Pedro puso el Vaticano en Italia, para contrarrestar un poco y que no hubiese tanto tejemaneje. Y Valen protesta: ¿Pero no dices que es en Francia donde se acuestan todos con todas? Y tú, perdóname que te diga, sólo piensas en cuál será la respuesta que la ponga más excitada, porque te gusta verla nerviosa de la entrepierna. Las dos, hija mía, las dos. Allí nació Casanova. Mira tú que Francia también tiene Lourdes y podrían moderarse algo por decoro, pero nanainas. La única diferencia es que los italianos van a por ti, y con los franceses debes ir tú a por ellos. ¡Ay, Carmenchu, que me mareo! Si lo uno es fetén, lo otro es dabuten. Valen deja los ojos semientornados para imaginarse requerida por tres apaches, a cada cual más canalla y bigotudo. Yo no me muero sin darme un garbeo por París y otro por Roma. Y no me mires así, Carmenchu, porque de paso que voy, conozco el Vaticano y rezo en Lourdes por la curación de la tía Milagritos, que lleva veinte años jodida de la espalda. ¡Valen! ¡No digas jodida! Perdona, chica, pero como andábamos metidas en harina, se me vino el verbo al cuello. Qué graciosa es Valen cuando la llevas al disparadero. Y tú sigues tu repaso europeo como Dios te da a entender, porque en realidad tus informes no son más que campanadas cogidas al vuelo de entre conversaciones insustanciales. Una filfa. Los alemanes son los que peor fama tienen como amantes y además no te hacen reír nada, porque tienen una lengua como para aprendérsela. ¡Ah! Pues no voy a Berlín, resuelve Valen al instante. Tiene que hacer un frío que pela. Y los ingleses, por ahí por ahí. Están a lo suyo y, si te he visto, no me acuerdo. Además, te voy a descubrir lo que me confiesa mi amiga de

Sanchidrián que se casó con uno. En la cama son unos remolones y les huelen los sobacos a arenque ahumado. ¡Ah! Pues no voy. ¿Y los suecos?, te pregunta muy interesada, y tú, que de suecos sí que nada de nada, desbarras a gusto con tal de no quedarte callada. De los suecos he oído decir que a lo mejor se acuestan con una mujer y pueden estar horas y horas sin mover un dedo, pero de repente, zas, te agarran y muy bien. Por eso se dice hacerse el sueco. Será porque les hace falta entrar en calor. Será. Pues entonces me interesan, porque yo, así, de entrada, no me veo haciendo nada en la cama de un sueco, pero, claro, si estás un tiempito, le tocas con los pies, te dedica unas carantoñas y eso, ya sí. Te lanzas y te lo comes hasta que pida un descanso con la mano. Los suecos olerán a salmón, ¿no? No, ésos son sólo los noruegos. ¿Y de traca traca? ¿Los noruegos? Bien, al final de la faena cantan como los tiroleses y después se meten en una sauna donde se arrean con unas ramas. Cuando te oigo hablar de estos asuntos con Valen no te reconozco. Es como si te transformases en otra persona, pero, ya sé que sólo es con Valen y para presumir que a mí nunca me dirás cómo hacen el amor los rusos, un tema que tampoco me entusiasma en demasía, pero bueno, siempre podría ser más divertido que oírte maldecir de Fraga y malmeter contra el aperturismo. Allí nació Rasputín. Se acuestan borrachos y hay que esperar dos horas a que enciendan motores, pero después duran hasta que amanece. Ahora que lo pienso, deducir que a todos los ingleses les huelen las axilas a arenque porque una amiga tuya de Sanchidrián se casa con uno al que sí, es una de las generalizaciones más grandiosas que había oído en la vida, lo cual demuestra que tu capacidad para suplir el conocimiento no tiene límites ni encuentra obstáculos. Mira una cosa, Carmen: te dice Valen al final de la refriega: ¿Y don Juan no nació en España?, como queriendo acercar el folleteo a su sardina y toda la pesca.

XXIII

UN SABIO ENTRE LOS NECIOS ES NECIO ENTRE LOS SABIOS

Me alegro de haberme muerto, porque si me refriegas por la cara una vez más que tienes en lista de espera a muchos otros pretendientes, o eso de que te casas conmigo por sabe Dios qué razones; por caridad o porque te da un repente, te dejo. Te dejo, Carmen; te dejo. Sí, decirlo ahora es muy fácil y lo cierto es que jamás di el primer paso para culminar la fuga, pero hubo una temporada en la que fue cogiendo cuerpo y la idea crece en mi interior como un canguro dentro de la bolsa marsupial de su madre, es decir, bastante. Después viene lo que viene y reflexionas. ¿A dónde vas, Mario? ¿Te quedas en la ciudad? ¿Pides el traslado a Madrid? ¿Dejas de ver a tus hijos? Cuenta que tienes que pagar dos hogares. Resultado, para menda sería heroico salir adelante por mucha cátedra que me amparase. Tú desbarrarías contra mí allá donde fueses en la ciudad. Me cortarías un traje insoportable de llevar. Y si marcho a Madrid, tengo que prescindir de todo lo que conozco y que amo; los niños, los amigos, el periódico, las baldosas irregulares en cada calle de la ciudad. Aranchita, ¿por qué eres tan guapa? Porque prefiero. Es imposible alejarme de todo eso. Sucede lo que decía el caradura de Abelardo, te crees que separándote arreglas tu vida y lo que haces es acabar de hundirla. Si existiese el divorcio… y tampoco. Fíjate, Mario, que muchos de los extranjeros que se divorcian se vuelven a casar en un plazo más o menos corto. ¿Y todo para eso? Pues menuda mierda. Hombre, le digo yo, a lo mejor a la segunda encuentran a la compañera que buscan desde el principio. Nada, nada; ésos son argumentos de Corín Tellado para vender novelas. Yo, porque estoy muy a gusto con mi mujer, pero tú, Mario, olvídate de separarte. Aguanta como un machote y tira millas, que de lo contrario te fulminan. Hay que ver la cara que tiene Abelardo. Un auténtico capitán Araña. Yo, porque estoy muy a gusto con mi mujer…, dice el tío con retintín. Y todo es porque le comento un día que la casa la mangoneas a tu gusto y siempre tienes la voz cantante, lo cual es bastante cierto y a lo mejor no es porque te excedas en la lengua, sino

porque yo no la uso, y lo reconozco. Según tú, ni uso la lengua, ni uso nada, porque no sé de dónde te sacas que la noche de bodas me meto en la cama y me doy la vuelta. Como si me acuesto con un carabinero, dices. Pues, chica, a ver si averiguamos con quién me acuesto yo esa noche, porque te aseguro que estuve con una mujer a la que le saltaban chispas en aquella pensión de Madrid, Leganitos esquina Torija. De hecho, cuando bajamos al día siguiente, los que están desayunando nos miran con esa sonrisa en los labios que te dice: Ayer os disteis un lote como ya le gustaría a menda lerenda. Estas orejas que tenemos a cada lado se enteraron del primero y se desvelaron con el segundo; sí, Carmen, porque fueron dos. De modo que o mientes aposta o te ha impresionado tanto mi muerte que se te ha borrado la memoria. Me sacas de quicio hasta cuando estoy difunto. Además, por favor, no tienes más que coger un bolígrafo y echar las cuentas de la vieja. ¿Cuándo nace Mario? Si no es a los nueve meses exactos después de la boda, por ahí le anda. ¿Y con los otros cuatro qué pasó? ¿También me doy la vuelta en la cama y los trae el ratoncito Pérez? Son ganas de ridiculizarme y desconozco los motivos, porque cuando me velas -considéralo una manera de hablar, porque haces de todo menos velarme-, estamos los dos solos o, para ser exactos, estás tú sola, y ya me dirás a quién le cuentas lo de la pensión. Sí, ya, a mí, pero resulta que yo he estado contigo en esa cama y sé perfectamente lo que ocurre, lo vergonzosa que estás o que aparentas estar, que te acuestas con la enagua, las bragas y casi con la rebeca que traes en la maleta por si refresca al levantarnos. Y yo me decía: Bien, no nos hemos visto desnudos del todo, pero nos hemos tocado, y aquí se apaga la luz y se acaba la toma de Granada. Pues no. Hubo que hacer oposiciones y filigranas. Eso sí, nunca tuve remilgos por algo distinto a una impostura tuya. Vale que durante el noviazgo quisieras que yo, el zángano elegido para el tálamo, me quedara siempre a dos velas; vale que el farruco de Zósimo conquistara Granada las veces que le diera la gana, pero que ahora, tras pasar por el altar, te pongas repolla… ¡Eso acaba con la paciencia del más pintado! Y si esto fuera poco, lo que me faltaba por oír es que veintitantos años después, estando yo de cuerpo presente, niegues haber mantenido relaciones completas la noche de bodas. ¡Venga ya! Ya te digo que costar, costó, pero después del exordio vino el introito, como que me llamo Mario, o me llamaba. Y ahí te relajas e incluso lanzas un gregoriano, que es lo que debe alertar a los huéspedes. Todo impuesto, todo falso. Estoy convencido. Tan falso como que me diese la vuelta. Tú me quieres echar en cara que no soy virgen, que he tenido que atizarme antes algún desahogo, me dices, como con putas de tapadillo o algo así. Escucha, Carmencita, que de vivo a muerto he perdido varios bagajes, como el cuerpo, pero aún guardo perfecta memoria de algunos extremos. Por

ejemplo, los achuchones que te arrea el macarra a la vista de la grey estudiantil; dos, los achuchones que te dedico yo en la pensión de Madrid, y tres, el niño que vino a los nueve meses, uno al que llamamos Mario por ser ése el nombre de su padre, ¿te acuerdas? Si llegaste virgen al matrimonio, me alegro mucho. No pierdo el tiempo en hacer averiguaciones, porque serían inútiles. Imagínate que sí, que descubro que no lo eres antes de abandonar la pensión. ¿Y entonces qué hago? ¿Te devuelvo a tu casa? Don Ramón, ahí le queda la niña, que me la ha dado usted pinchada. No me veo en ese papel de atagatos. Lo único que podía hacer es lo que hice, apencar contigo para el resto de mis días. Y ahora me vienes tú reprochándome una vez muerto que soy yo el que no voy virgen al altar. Estás majareta perdida. Tu cordura siempre me huele a chamusquina, pero tras esas cinco horas que pasas de cháchara íntima obtengo todas las pruebas que me faltaban. Para tu tranquilidad, te diré que este cura también va casto y puro al tálamo, aunque no por mi gusto. Si lo hago, se debe más a la casualidad, a mi fracaso como picaflor y al rechazo que me provoca la prostitución, pues, si por mi fuese, habría mantenido muy a gusto relaciones plenas con Inesita, la vecina, o habría hecho apaños con Matilde Ros, la compañera de facultad, y con Francisca Plaza Iturbide, la ayudante de cátedra de Martín Lacasa, que estaba despampanante, pero que me mira de soslayo como si le hablase un pingüino cuando le propongo tomar unas cañas para aclarar algunos conceptos. Naturalmente, el único concepto que deseo aclarar con ella es si se dejaría meter mano por un alumno de cuarto con buen expediente y currículum sanitario impoluto. No, claro, no se deja. Poco tardo en averiguar que no se la ve con acompañantes porque está liada con el propio Martín Lacasa, que es un tipo muy bien plantado pese a que frisa los cuarenta, y que Paca Plaza, a sus veintidós, aspira a cátedra antes de los treinta. ¿A que no conocías este episodio? No. De la Bella Iturbide, como la llamaban los del departamento, no hablé jamás con nadie hasta hoy, porque aún me consume la vergüenza cuando recuerdo la forma que tiene de mirarme como el gallo al huevo. ¿Tú quién te crees que eres, estúpido andrajoso?, me dice sin abrir apenas la boca. Cosas que nos pasan a los hombres, sí, pero la Bella Iturbide ni ha sacado la cátedra ni la sacará, porque la rescata de la universidad una inglesa ricachona que apalea millones, castillos y caballos. Pocas mujeres pueden sentir ese desprecio, porque si cualquiera de vosotras se insinúa con cierta gracia -y no podrás negarlo-, nos tenéis rendidos al noventa por cierto de nosotros, punto arriba, punto abajo. En fin, no quiero pillarme los dedos. Sé con absoluta certeza que hay muchachas despreciadas por varones, que se llevan el chasco de su vida cuando el chico en el que se fijan les da con la puerta en las narices, pero apuesto a decir que son bastantes

menos. Es estadística: a menor iniciativa amorosa, menor probabilidad de fracaso, a pesar de los pesares. Eso sí, también reconozco que nuestras reacciones son más violentas. El hombre se emburra y, si se cruza el rechazo con una personalidad arisca, los hay que llegan a la violación o al estacazo en cuestión de segundos, los muy animales. Pero si es la mujer la rechazada, como si lo soy yo, sólo nos queda agachar las orejas y salir de allí cuanto antes. Si de verdad tenías una lista de pretendientes cuando pido tu mano, sabes de lo que te hablo, porque habrás tenido que despacharlos uno a uno. Olvidadme, que me caso con Mario. Claro que te gustaría haberlos puesto de patitas en la calle como dices, pero tú y yo sabemos que esa lista de espera es tan imaginaria como el enfermo de Molière. Por lo tanto, vuelves a mentir con descaro. Cuando me das el sí, no hay ningún satélite en tu órbita, no hay esos hombres que citas, salvo Eliseo San Juan, claro, el tintorero que te endulza la oreja con el qué buena estás, qué buena estás. Te voy a dar una mala noticia. A Eliseo lo he pillado yo con la misma cantinela a dos o tres mujeres del barrio, unas que ni siquiera llamaban la atención por nada especial, lo cual quiere decir que piropea a discreción. Más vale que te enteres, no sea que presumas de galán ante otra panoli como tú. No es por negarte atractivo, que lo tienes, pero procura no medirte con la vara de Eliseo, porque ése es capaz de decirle un requiebro a un cofrade del Cristo del Dolor con tal de que le levante un poco los faldones. Hay hombres así, que ven una hembra y disparan toda su artillería sin reparar en gastos ni en belleza. Eduardo, el de la mercería, es uno de ellos, y él me contó que, estadísticamente, de cien ataques a otras tantas mujeres, una cae al vuelo fijo. Por supuesto, para que esto ocurra tienes que pinchar en noventa y nueve ocasiones. Y añade: Pero si no disparas, no cazas ni la primera. Eso es lo que me pasó a mí, que no disparé y me quedé en casa hasta que me echaste el lazo. Eduardo les dice: ¿Lo hacemos, prenda? Y si le contestan: ¡Está usted grillado! ¡Cómo lo vamos a hacer aquí!, es señal de que ya está cazada la palomita. ¡Donde tú quieras, cariño!, le dice él. El único peligro es que le crucen la cara con un sopapo o le pongan un ojo a la funerala, pero le da igual. Dice que son heridas de guerra y cuantas más le alcancen, menos miedo tiene a la batalla. Bueno, ahora se moderó lo suyo, pero durante años nadie le iba a la zaga. Cuando Eduardo vuelve de la luna de miel, su mujer va a saludar a su madre y, como él no trabaja hasta el día siguiente, se queda en casa. Oye que en el patio interior están tendiendo ropa, se asoma y ve a la vecina de arriba poniéndole las pinzas a unas bragas. Si ahora ya no las llevas puestas, podíamos aprovecharlo tú y yo, le lanza descarado como primer y único saludo. Y ella deja pasar tres segundos y le contesta: Dudo mucho que te queden fuerzas viniendo de donde vienes. ¿Quieres que te lo

demuestre? No hace falta esperar a que responda. Antes de que termine de colocar las últimas prendas, él ya está arriba y con la puerta abierta. Eso es así, ni truco ni exageración. Eliseo seguramente es como Eduardo. Todo el día disparando en una y otra dirección, en bandada, a palomas solitarias, en pareja o posadas en el suelo. Si no es hoy, será mañana. Tú no compras en esa mercería, pero pásate un día de éstos y lo compruebas. De estar vivo, me jugaría algo a que no sales del comercio sin dos piropos y una insinuación clara de iros a la cama. Como si lo estuviese viendo. Conviene que no te lleves a engaño sobre este tema, más que nada para no dejarte embaucar y darles a los niños un padrastro que sea cazador de perdices, porque al domingo siguiente volvería a por más. Que lo sepas. Pero no veas en este consejo mi negativa a que establezcas otra pareja. No, mujer. Hazlo si encuentras un hombre que te quiera. Lo único que pretendo es que no sufras tú. Ni que lo tortures a él.

XXIV

SI TU MUJER TE PIDE TIRARTE DEL TEJADO ABAJO, PÍDELE A DIOS QUE SEA BAJO

Dirás que es una bobada, pero no dejo de preguntarme qué pretendes conseguir dándole un beso a un mendrugo de pan que se ha caído al suelo. Entiendo que en tu caso no es un ritual, digamos, de tipo religioso, aunque tampoco lo puedo certificar. Todos hemos visto a personas que dibujan tres señales de la cruz sobre la tierra donde cae y otras tres sobre el pan para eliminar los efectos demoníacos de la caída, e incluso para espantar los gérmenes y la infección, pero el beso parece más pagano, como un agradecimiento a los dioses por el alimento. He tropezado con textos donde se recomienda hacerlo a los pobres cuando reciben pan directamente de las manos de una autoridad eclesiástica. Besad el pan, besad la mano y besad el escapulario que el sacerdote os presentará. Otros, más rigurosos aún, aconsejan hacerlo cada vez que se trocea. Besadlo una vez partido y azotad el culo del niño al que se le caiga de las manos adrede o de quien lo empuje sin querer con el codo, sentado ya a la mesa. Una serie de combinaciones de besos y azotainas que tienen como única justificación el comportamiento del hombre frente al pan, y nunca ante otros alimentos, sean más caros o nutritivos, como las langostas. Por ejemplo, nunca vi besar langostas caídas del plato, aunque todos nos cuidamos de que no ocurra ese percance. Recuerdo que sirves una al poco de casarnos. Vas a la plaza y la ves barata, eso dices. Falso. Mientras estuvo abierto, el restaurante Palacios la tiene en su menú y siempre ajustada al mismo precio. Admito que estos últimos años se pone de moda y se dispara, pero en los cincuenta o había o no había. Y sin variar más que unos céntimos, a treinta pesetas la pieza a la americana, o con salpicón, y algo más cara, la Thermidor o la Menier. ¿Tanto te hubiese costado traerla… qué digo yo, al menos una vez al mes? Pero no, una y santas pascuas. Si averiguas que me gustan tanto las acelgas como la langosta, estoy seguro de que no las vuelves a comprar para la cena ni con un revólver a la espalda. Por eso un día vas y me susurras sin venir a cuento: Ver una langosta cocida trae

mala suerte. ¡Toma presagio, Carmencita! ¡Como para echarse a temblar! ¿Y los cocineros de los restaurantes donde las sirven, qué? ¡Pobrecillos ellos! ¡Las ven a diario! Si tuviese algún fundamento tu superstición, padecerían desgracias continuas. ¿Cómo puedes ser tan simple? Simple, no. ¡Compleja! Porque si todo el mundo teme a los gatos negros, a pasar por debajo de una escalera o a que se te caiga la sal en la mesa…, tú llegas hasta las langostas cocidas, que son ganas de amargar y de amargarte. De ti me lo creo todo a pies juntillas. Otra vez, mediado tu último embarazo, te fijas en que te sobrevuelan la barriga tres moscas, y entonces pronosticas: Será niña. Yo me río y pienso: Ya salió la bruja. Pero sí, sí. A lo que vino le pusimos Aránzazu, o sea, que fue niña, y tú, orgullosa a tambor batiente, como diciéndome: ¿Lo ves? Tres moscas y no falla, es niña. No me puede estar pasando a mí, un escéptico vocacional, pero me pasa y me sobrepasa. Eres tan real como los edictos de la alcaldía y los callos con garbanzos. Volviendo al pan, me sorprende que siendo tú tan escrupulosa seas capaz de posar en él tus labios, dejarle las babas y volver a ponerlo en la panera. Si fuese tu ración, estarías disculpada. Tú lo besas, tú lo comes. Pero si está en la panera… Desde que te lo veo hacer, me fijo cuál es, para no cogerlo en toda la comida, así sea el último y ese día haya salsa boloñesa para mojar. Y, además, creo que los niños, también. Dirás tú que besándonos en la boca hay más intercambio de saliva que sin pan de por medio, pero no es lo mismo. Lo siento, mi asco viene de lejos. Era muy pequeño cuando me invitaron a comer en casa de los hermanos Landa. Ya sabes quiénes, los seis hijos de aquella familia que hacía las famosas gaseosas Landa, «las que el cuerpo demanda». Los seis eran buenas piezas, aunque yo sólo me trataba con Luiso, el pequeño, porque ambos coleccionábamos los cromos del Álbum Suchard. Ya sentados, observo asustado que, al llegar una bandeja con filetes a rebosar, los tres hermanos mayores sacan la lengua, se la pasan por la palma de la mano y una vez que la tienen bien ensalivada, soban con ella los filetes más grandes, como estratagema para que los tres pequeños y yo nos abstengamos de pinchar alguno de ésos, pues ya quedan, por decirlo de alguna forma, reservados para cada uno de los hermanos, aunque todavía no hubiésemos terminado la sopa. Y lo hacen con tal habilidad y rapidez que la madre, aunque delante, sentada a la mesa con nosotros, no se entera de nada. ¿Qué hacéis con las manos? Tranquilos, que hay para todos. ¡Ja! Aquellos caníbales eran cualquier cosa menos apaciguados, sobre todo el mayor, que no me acuerdo de su nombre, aunque le decían de remoquete el Cemento Elefante, porque todo lo arreglaba pegándose. Desde aquel día me queda una fuerte prevención y profundo asco frente a las babas ajenas, y por eso, cuando compruebo que tú no ensalivas los filetes, grito albricias. La venganza viene

después, pues besas el pan. No hay felicidad completa. Entonces me vuelve el recuerdo de los Landa y soy presa de arcadas. No es el único momento en el que me quedo con ganas de reconvenirte, aunque, naturalmente, nada hago ni nada digo, salvo convencerme de que tu familia tiene algo con los besos, quizá por creerse de peluca empolvada y espadín ceñido como en la corte de Carlos III. La primera en percatarse es mi madre, al recibir una carta de don Ramón para que asista a la comida de su santo, la primera ella como consuegra y yo como prometido. ¿Qué pone aquí el padre de Carmen?, me dice mamá muy intrigada. Leo que la carta se encabeza: «Distinguida doña Matilde: Muy Señora Mía (C. P. B.)…». A la pobre le da por pensar soluciones a esas iniciales y se le ocurre que la traducción es Con Poco Basta. Pero mamá, le razono yo, cómo va a ser Con Poco Basta si eso es casi un insulto. La verdad es que yo debería saberlo, y de hecho me suena, pero no le presto mayor atención. Tiene que ser una fórmula de cortesía, consuelo a mi madre, hasta que días después te lo pregunto. Pues qué va a ser, Mario, ¡Cuyos Pies Beso! Al instante me doy cuenta de mi torpeza, pero tú añades: ¡C. P. B., lo que todo señor debe decir a una dama por escrito! Mi padre, desde luego que es un caballero; a lo mejor resulta que tu madre no es una… Aquello me duele, Carmen. Fuiste una impertinente y una grosera sin necesidad, ni gracia, ni razón alguna. Como haces tú las cosas, que tiras del carro hacia delante sin preocuparte de lo que haya debajo de las ruedas, y en aquel caso estábamos mi madre, yo y la familia entera. ¿Cómo pudiste ser tan mala persona? Ahí tendría que haberme dado cuenta de lo que me venía encima, porque si estando solteros te importa un bledo insultar a doña Matilde conmigo delante, aunque fuese para hacer un chiste malo, ya casados podía venir de todo. Y no es que después te cebes con mi pobre madre los años que todavía vivió, que no, pero a su hijo, que soy yo, lo vas a tratar como a una esterilla. Mamá me quería mucho, sin fisuras. Yo creo que más que a mis hermanos, por verme un alfeñique. Su mayor preocupación era que encontrara una buena esposa, porque me veía un poco parado con las mujeres, siempre con libros en las manos. Mi Mario no es dado a la rumba, les dice a sus amigas a modo de resumen. Y cuando habla conmigo me advierte: A ti te va a llevar la primera sandunguera que te cruces. Fíjate, al final eres tú la sandunguera. En eso no acierta demasiado, pero sí en que eres la primera. Y quizá tu dosis de sandunga sea suficiente para mí. Ella sabe que yo no voy a profundizar mucho en el examen a las candidatas y, por lo tanto, puede pasar cualquier cosa. ¡Y equilicuá, pasa! Doña Matilde se lamenta de que haya desaparecido la prueba de la novia ideal, de la que oye hablar en sus años mozos, aunque yo creo que si ocurre una vez ya es mucho ocurrir. Escucha, decía mi madre que cuando el mozo casadero de su pueblo duda entre

dos o más muchachas, va a sus casas respectivas y finge una herida en un dedo. Entonces les pide una raedura de la artesa del pan. Ella lo decía así, y yo entiendo que son restos de la masa que se han quedado pegados a la madera, endureciéndose poco después, lo cual se tiene por eficaz para restañar heridas. Doña Matilde desaconseja el matrimonio con las mujeres que tengan en casa alguna de estas raspaduras de pan crudo. Por el contrario, será la novia ideal aquella que regrese para informar al lesionado que en su artesa no hay raspas, pues eso significa que es una buena administradora, muy ahorradora, limpia en extremo y una experta panadera. Ya me veo pidiéndote las raspaduras e imagino la cara que pondrías. Pero si los restos de la masa en la artesa son una exageración, el Seiscientos, no. Empezamos comprando el Seiscientos y acabamos a saber dónde, porque entre pitos y flautas, adiós sueldo. El dinero es y no es. Pagamos a la chica y a la costurera, y tan contentos, porque comprendo que a ti se te hace muy dura la tarea de toda la casa. Eso no es dilapidar. Luego, cuando los pequeños dejen de ser una fuente de gastos, ya veremos. Es lógico. Lo que no tiene ningún sentido es que, a la costurera, además de pagarle una miseria le pidas que sepa álgebra para que se la enseñe a los niños. En fin, álgebra tampoco, pero un día te pusiste como una fiera porque te encuentras una nota manuscrita en el cuarto de la plancha donde te da noticia de haber terminado de coser el bombacho de Mario. Está sobre la tabla, muy dobladito, y sobre él ese mensaje: «elvon vacho estalla cavado», o sea, tras las pertinentes correcciones, se lee «el bombacho está ya acabado». Entonces te da por decir que tenemos la gran suerte de ser tú la primera en llegar al cuarto de la plancha, porque, si es cualquier otro, adiós, Madrid. ¡Qué barbaridad! ¡Habría pensado que en la casa viven unos cavernícolas sin instrucción! O incluso otras deducciones mucho más demoledoras por tu parte. No alcanzo a comprender quiénes podrían ser esas personas que entran en casa antes que nosotros, ¿ladrones?, ¿inspectores de Hacienda?, ¿los vecinos del tercero? Tampoco sé qué te atemoriza por el hecho de que ocurra. ¿Por pensar que somos unos zafios escribiendo? Mirad qué faltas de ortografía, compañeros; en una casa así no volvemos a robar, ¡ni siquiera durante las señaladas ferias y fiestas de san Serenín! Salidas tuyas que descolocan al más pintado, Carmucha, y que, si no estás un poco atento, hasta es posible que acabes por pensar lo mismo. A la costurera no la quiero volver a ver en casa, porque pone *halfiler* con hache y *corvata* con be baja. Y cuando te lo oigo, como estoy a lo mío, te digo: Sí, mi amor, lo que mejor te parezca. Y continúas: Pues mañana déjame un folio firmado por una cara para que sirva de finiquito. Y sólo entonces, cuando oigo esa palabra tan grave, entiendo lo que me estás diciendo, reacciono y te lo prohíbo. De esta casa no se echa a nadie por no saber ortografía,

salvo que sea el preceptor de los niños. Y como te ves derrotada, sacas la primera conversación que se te ocurre. Oye, Mario, ¿tú crees que a Mylène Demongeot le pagan mucho por salir en las revistas diciendo «Yo uso diariamente Lux»? Porque estaba yo pensando que le llenarán la casa con jabones, pero parné, parné, no es cosa que le den, pues para ella es tanta publicidad como para Lux. Si realmente se lava con él a diario, quiero decir, que se da baños de cuerpo entero, tiene que ser un pico considerable, casi tanto como el presupuesto para lápices de labios. A ésta siempre la ves impecable, con cada pelo en su sitio, guapa a rabiar y una sonrisa que enamora. Casi tanto como la de Catherine Deneuve, una chica muy elegante, muy puesta y muy avagarner, pero a la que no entiendes, al menos yo no la entiendo. Resulta que su hermana se llama Françoise Dorléac, que ya son ganas de marear, pudiendo llevar las dos el mismo apellido, como los Álvarez Quintero… ¿Me escuchas, Mario? Porque tú parece que atiendes, pero haces como los sordos de trompetilla, que desconectas y ahí te las den todas. Y era verdad. Ya te lo he dicho otras veces, ese soniquete tuyo de continuo runrún me adormece y me lleva a las quimbambas, como en parihuelas, me transporta a un país distinto, con riesgo de que olvide asuntos que se me acumulan en la mollera, y me digo: De esto no puedo olvidarme para comentárselo a Carmen. ¡Son tantos años de silencio! Ahora me acuerdo. ¿A cuento de qué te pusiste en la esquela «su desconsolada esposa»? Ya me explicarás dónde guardas tú el desconsuelo, porque en la nochecita que me diste yo no lo vi por ninguna parte. Seguramente te pasa como a las viudas americanas, que cada día se vuelven a casar en mayor porcentaje. Me lo razonaba el sociólogo Richard D. Newman, aquel que vino a pronunciar unas conferencias y le hicimos una entrevista para el periódico. Es fácil de comprender, me decía Richard. El norteamericano está cada día más obsesionado con subir de sueldo. La sociedad se lo exige, su mujer se lo demanda, él mismo es el primero en centrar todos sus esfuerzos en ganar más y más dólares. ¿Consecuencia? Cada vez se mueren más jóvenes y hay más infartos. El ritmo es imparable. Incluso las horas de descanso son trepidantes. Hacen deporte con la misma intensidad que los profesionales, se desplazan a sitios siempre más lejanos con coches más potentes y en menos horas. Si van de noche a bailar, se meten en locales donde suena una música convulsa que les obliga a mover el cuerpo como si se viese afectado por calambres. Allí beben a destajo para excitarlo y para que no extrañe la cama hasta que el agotamiento sea total y extenuante. Eso sin contar otras substancias de consumo habitual y que conducen al mismo sitio. No hay un espacio para la reflexión, para el verdadero descanso, que consiste en no hacer nada especial. No. Hay que moverse, hay que jugar al baloncesto, hay que ir

quinientos kilómetros al sur para marchar enseguida otros quinientos al norte antes del lunes, donde les aguardan jornadas de intenso ajetreo, muchas veces en medio de una presión por las ganancias que producen estrés, angustia y agotamiento. ¿Sabe usted -me dice el norteamericano- qué edad media tienen hoy las viudas de mi país en las ciudades más pobladas? Cincuenta años. Y para que ocurra eso quiere decir que muchos de sus maridos han tenido que cascarla mediados los treinta años de vida, los cuarenta… Cuando escucho al profesor Newman no soy consciente de que me voy a morir casi en la media exacta de las viudas americanas, con cuarenta y nueve, pero hoy me pregunto si me parezco en algo a esos maridos de los que él habla, esos que suben, bajan, bailan y conducen a través de enormes autopistas atestadas de otros automovilistas que hacen lo mismo que ellos, que llegan, aparcan el coche en el garaje, les da el tararí y su desconsolada esposa se está casando otra vez a las dos semanas. La verdad es que no me extraña. Viuda a los treinta y cinco. ¡Qué barbaridad! Como para pensárselo dos veces, pero no. Newman dice que enseguida encuentran marido porque las empresas valoran mucho que sus empleados estén casados. Seguramente es porque así las esposas les echan un capote con el fin de que el tipo se esfuerce al máximo para ganar, para comprar, para correr. Me miro y no, yo no me parezco en absoluto a uno de ésos, vamos, que de ahí no le viene la tos a la gallina. Para empezar, no tengo coche, no me agobia el tráfico, ni nos desplazamos como posesos todos los fines de semana a Santander para tomar un besugo al horno y volver a las carreras con la última espina del bicho todavía colgada del labio. En el instituto nadie me presiona para que produzca más ni para que sea más rentable. Si acaso, cuando llegan las reválidas, el director nos recuerda que, si mandamos menos cebollinos al examen, menos suspensos recaudamos, pero ésa no es ninguna novedad, porque todo el curso andamos en ello. Sigamos. No vamos a los *dancing*, ni aquí existen tugurios con la música demasiado desenfrenada. Tengo buen diente y en casa comemos alimentos sanos y naturales. No bebo, no me angustian las deudas, no hago un deporte asfixiante, ni siquiera moderado; ni ningún otro, salvo la bici… Y sin embargo, me muero igual que ellos, a los cuarenta y nueve. Querida Carmen, algo ha fallado, además de mi corazón, en este accidente vascular que me muda de barrio. Yo no conduzco especialmente deprisa y en mi carretera no se atisban curvas pronunciadas, ni aceite en el suelo, ni mujeres de descorche que me hagan perder el control. Sólo estabas tú o, como me decía Gancedo: Mire, don Mario, usted tiene el campo de visión muy bien delimitado, así que podremos hacer un diagnóstico con total exactitud. Qué bien. No me moriré por causas desconocidas, lo cual siempre es un alivio, porque si alguien me pregunta de qué he

muerto, pongamos por caso, en el Purgatorio, siempre le podré contestar con precisión: Pues verá, ha sido una cosa de chichinabo. Mortal, pero muy conocida; seguro que esto lo tienen hasta los topes de otros como yo. No trato de desprestigiar a Gancedo. Ni mucho menos. Gancedo dijo lo que tenía que decir. Lo que pasa es que me río de las viudas norteamericanas. Matan a sus maridos a la velocidad que les marcan las empresas y el gobierno. Las españolas sois más listas que ellas, de aquí a Lima. También nos matáis a toda pastilla, pero no hace falta que lo diga la empresa. Al menos en algo vamos por delante de los americanos. En independencia criminal de las viudas.

XXV

MUJERES: DONDE ESTÁN, SOBRAN; Y DONDE NO, HACEN FALTA

Piluca, la niña de los Hernández Lezo, se toma un tubo de barbitúricos y está en un tris de marcharse a criar malvas. Lo evita porque aparece por su casa el hermano y se la lleva en taxi a urgencias para que le hagan un lavado de estómago en menos que canta un gallo. A ti te da un desvanecimiento porque Piluca había jugado de niña con Carmenchu y empiezas a deducir que, si fue una, pudo haber sido la otra. En realidad, somos muchos padres y madres los que vivimos una conmoción colectiva bajo ese mismo principio: Si fue Piluca, pudo ser mi hija. Y claro que sí. Desde que hace dos años se da la noticia de una niña de Vallecas que, cuando la deja plantada el novio, se vacía una caja de sedantes, no hay semana en la que no salga en los periódicos un caso parecido. Y algún día tenía que tocarnos de cerca, Carmen. Es como la gripe. No puede quedar libre de casos, yo qué sé, Albacete. Toda España, de mírame y no me toques; y en Albacete, ni un enfermo. Con los barbitúricos no hay un contagio directo, como en una epidemia de ésas, pero sí hay un efecto de imitación, y entonces a una de cada cien mil jovencitas, raca, le da por jalar una tortilla de analgésicos en cuanto le sale mal el primer plan de noviazgo, o cuando los padres no le dejan ir a la verbena del pueblo, o cuando el hermano le fisgonea su diario secreto. O porque sí. Y claro, yo no voy a ser como ese comentarista que salía en la radio la semana pasada hablando del caso de Castellón sobre otra niña empachada de pastillas. Lo oímos juntos. Me quedo de piedra cuando dice que lo recomendable, una vez que la barbitúrica recobre el reconocimiento, es darle una zurra, para que aprenda que esos disgustos no se los merecen sus pobres padres. Hay que apretarles las clavijas. Tú lo llamas animal delante de Valen y te pones del lado de las chicas, pero, amigo mío, cuando por la noche vuelve a salir el tema y me oyes decir que, fuese cual fuese la causa, esas niñas siempre necesitan ayuda médica y no sólo para hacerles un lavado de estómago, sino para fortalecer su mente, cambias radicalmente de mensaje. Ahora defiendes que todo es fruto de falta de disciplina,

porque hace años no existían ni barbitúricos ni barbitúricas, pero sí un padre que les quitaba la tontería de un sopapo. Lo de Piluca, lo sabes de buena fuente, ha sido para llamar la atención del novio, que va y la deja de un día para otro por culpa de una pelandusca de Toro que le sigue los pasos. Fíjate qué sitio, Toro, como para andar con bromas en cuestión de cuernos y, además, si te levantan el novio es que no has sabido guardarlo, y si tu mozo se va con la de Toro no puedes correr tú detrás llorando y gritando que te vas a suicidar; porque una de dos, o te suicidas de verdad y entonces quedas como una derrotada sin opción a una segunda oportunidad, o te aguantas. También cabe la posibilidad de partir la cara a la robamozos, pero nunca jamás tomarte cinco grajeas para que le dé tiempo de llegar a la ambulancia, que cosas más importantes tendrán que hacer los sanitarios antes que andar recogiendo novias despechadas por las esquinas, porque, para que se entere la Piluca, no conozco a nadie que se las haya tragado y después se salvase para volver con su tórtolo. No, porque los tíos escapan como de la peste cuando ven a una chavala así de inconsolable, pues más pronto que tarde es sinónimo de pejiguera y, además, qué caramba, la barbitúrica le está diciendo con todas las letras que es una majareta y que se va a meter en más charcos que arenas hay en el Gobi. Y das carpetazo a tu parlamento de forma lapidaria. En fin, ésa es mi sincera opinión y, si alguien no piensa lo mismo, que lo diga. Ante lo cual yo aprovecho para meter baza y chinchar tu desafío: Desde luego, tienes toda la razón, Carmenchu, toda la razón. Y tú, medio mosca. ¡No sé si estás de acuerdo o me tomas el pelo! Tú sí que me lo tomas a mí, Carmen. Esta mañana vas y defiendes a Piluca con uñas y dientes, pero como después ves que yo también lo hago, te has sacado este discurso tremendista de la manga para que ya nadie sepa si arre o so. Pobre Piluca. Era una buena chica. Y digo era porque después del intento de suicidio, por fas o por nefas en la ciudad todos le hacemos la puñeta y acaba por coger los bártulos para irse a lavar platos en un hotel de Madrid. No se sabe más de ella, al menos yo. Nadie se atreve a citarla delante de sus padres y como ellos son así, un poco de sangre azul, todo se queda en un misterio insondable. No así de su novio, que también deja a la pelandusca de Toro y se casa con la chica que tenía antes de Piluca. Que conste que todo eso lo sé por su hermano, Marcos Hernández Lezo, que pertenece al PC y algunos atardeceres se acerca a la tertulia para darnos la murga con lo que le pasó durante los dos meses que vivió en Moscú con un pasaporte falso que le proporciona el partido. Eso dice, porque si fuesen verdad la mitad de las aventuras en Moscú que nos cuenta, necesitaría haber pasado allí no dos meses, sino dos planes quinquenales. Sí, Carmen, Marcos, Marquitos, el de sangre azul, estaba en el PC, pongas como pongas los ojos, y nos veíamos con él porque

don Nicanor, ya sabes, se pirra por todo lo que huela a comunismo, aunque salvando las distancias, porque él no se hace del partido ni cuando vienen dos miembros del comité directamente desde Madrid para ficharlo. Ya ves, Carmen, que don Nicanor también tiene su prurito capitalista, y aquello le repele. El caso es que Marcos desprecia a su hermana y lo más bonito que dice de Piluca es puta cobarde. Una cobarde que no sabe encarar la vida como viene, ni coger el toro por los cuernos -a la de Toro, diría yo-, ni nada de nada; y que ahora ni siquiera tiene conciencia de clase y eso que friega suelos de burgueses como mandadera. Pero poco más cuenta de ella. Marcos prefiere hablar de las veladas pasadas con Santiago Carrillo, que le parece un gran tipo, y eso que a nadie de la tertulia nos inspira confianza de ningún género. ¿Don Santiago?, decía Marcos. Sí, hombre, un gran amante de España. Y don Nicanor: Pues si vuelves por Moscú, pregúntale por Casado y por las barbaridades de marzo del 39. Y ya puestos, por Paracuellos también. Y eso que don Nicanor, ya sabes, no es sospechoso de franquista, sino, más bien, de todo lo contrario. Lo que más me impresiona de Marcos es que había conocido a Lee Harvey Oswald, el tipo que mató a Kennedy. Como lo oyes. Por lo visto coincidieron en la capital rusa en unos cursillos acelerados de comunismo, lo cual debe ser verdad porque cuenta detalles de Oswald que yo no he leído en ninguna parte, y todo eso no se inventa así como así. Cuenta que en ese momento el norteamericano tiene veinte años y él, veintiuno; y que hablan en los descansos gracias a que Marcos sabe mucho inglés. Oswald está encantado de ser comunista, adora a Marx y odia a Estados Unidos por ser la cumbre del capitalismo. Él no podría vivir jamás en una sociedad capitalista y su ilusión es trabajar en Rusia, sabiendo que allí no será explotado por ninguna empresa. No, claro, sólo por el Estado. Y no te extrañes de que te diga estas cosas, pero ser de izquierdas no es sinónimo de ser un gaznápiro, Carmencita, que tú a veces cambias dos o tres letras y de monja haces jamón. Oswald ya sale entonces con Marina Nikolayevna Prusakova, a la que se acercó en un baile municipal y se hicieron novios de la noche a la mañana. Marcos cree que Oswald no está en sus cabales. Por lo que hace después, bien se ve que lo cala a la perfección. El chico es de los que van a contracorriente simplemente porque le gusta. Tú también me reprochas eso, a mí, y yo estoy convencido de que la Oswald de nuestra pareja eres tú, y prueba de ello es lo de Piluca, que en cuanto compruebas que yo defiendo a la chica, tú la atacas. Y si fuese al revés, al revés harías tú. Oswald, también. Toda la izquierda encantada con Kennedy y él, que se dice comunista, se lo carga. Un tarambana y un balarrasa. Cuando tú me acusas de ir a contracorriente quieres decir que me gustan cosas distintas a las de la mayoría: libros de pensamiento, filosofía,

filología.., o la música clásica y otras que no tienen mucho atractivo popular; pero, Carmencita querida, eso no es ir a contracorriente: quienes vais en la otra dirección sois vosotros, los frívolos y los despreocupados, porque el mundo avanza gracias al conocimiento, a la ciencia y a esas otras materias que a ti te parecen inventos satánicos, que te aburren y que despachas llamándolas tostones por la sencilla razón de que eres incapaz de penetrar en su comprensión ni con calzador. Pero no te preocupes, yo te entiendo, y si te hace ilusión creer que todo el mundo es de tu mismo criterio menos yo, sigue así, que tampoco va a suceder ninguna tragedia. Este tío que ni tiene Seiscientos, ni lee el *Hola*!, ni va al fútbol es un perfecto contracorrientista. Está bien. No nos vamos a enfadar más por eso. Si te lo digo ahora es porque nunca encontré el momento adecuado para hacerlo, y tampoco me veía yo explicando a mi mujer que soy, o era, un tipo corriente y moliente, que pretende ser discreto, con costumbres sencillas y sin ánimo de extravagancias. No sé cuándo te lo podría decir, ni para qué, pues lo único que conseguiría de tu parte es una reflexión parecida a ésta: Se ha vuelto majara. Cree que es normal. No pudo ser y no hay que darle más vueltas. No pudieron ser tantas cosas que me daría vértigo repasarlas si no estuviese protegido por la indiferencia de los muertos. Y me viene a la cabeza, como muestra mínima de hasta dónde llega nuestra falta de sintonía, mi fracaso en asuntos tan de andar por casa como el del aperitivo. No sé de dónde sacas que poner un piscolabis a manta de Dios cuando hay invitados es lo más finolis del universo mundo, y yo defendí siempre que los aperitivos de jauja chafan las buenas comidas. Tú crees que lo digo por tacañería, para ahorrarnos unas míseras pesetas en jamón y berberechos, y no, te lo prometo. Mi experiencia me dice que, si te empapuzas de croquetas, mejillones o lo que sea, llegas desfondado a los platos principales. Los niños, ya no digamos. Los invitados se sienten incómodos si no se ven capaces de apreciar los platos contundentes, comen a la fuerza y en la sobremesa, el momento más agradable para desarrollar una conversación amena y distendida, quieren irse porque están haciendo una digestión pesada. El aperitivo es un invento que destruye la sobremesa y la amistad. Eso sí que lo hablamos alguna vez, pero tú venga a poner mejillones con pan y mantequilla, y venga a decir que si soy amarrado y devoto de la virgen del puño. Y yo venga a decirte que no van por ahí los tiros. Me acuerdo de cuando celebramos mi último santo, el 19 de enero. Lo habíamos hablado poco antes, por las comidas de Navidad, que ahí siempre hay excesos y son inevitables, pero te dije: El 19 no te pases en aperitivos como siempre, que eso es disimular el hambre y estropearla, porque comes sin comer, estás deseando hacerlo, todo es frío y protocolario hasta que realmente te sientas y zampas. ¿Y no vas

tú y añades unos pocillos para un aguachirle que debemos tomar de pie, porque has oído que así los ponen en las cortes europeas? Yo me convenzo de que no te lo ha dicho nadie, sino de que te lo sacas de la manga con dos finalidades. Una, hacerte la esnob; y dos, dar la lata. Sí, Carmen, para fastidiarme y decirme sin abrir la boca: Mira el caso que te hago, y no pongo un cerdo muerto de aperitivo porque no lo entendería nadie. Fíjate que estamos hablando de una chuminada mayúscula, pero, si hasta en eso me desprecias, ¿qué no harías en los asuntos importantes? De ahí que me las ingenie para proponer los planes contrarios a lo que deseo, y casi siempre con éxito. Si quería quedarme en casa a currar, te decía: Hoy es un día estupendo para devolverles la visita a los Sastre. Y tú: ¿Cómo que salir siendo jueves? Nada, nada, tengo mucho que hacer. ¿Pero qué tienes, mujer? ¡Hummm! ¡La ropa, que está muy desordenada! Bueno, bueno; pues nos quedamos. Te puedes imaginar qué maravilla. Pero, naturalmente, el truco no funciona en todas las ocasiones, así que hay que saber dosificarlo.

XXVI

SI ES FRANCÉS, ES PECADO

Aquel año teníamos que cambiar Ledesma por el mar. Te habías obcecado en decir que un veraneo sin mar no es veraneo. ¡Qué celebre eres! Entonces no sé qué hemos hecho los años anteriores, te replico como si valiese de algo. ¡Pues dar de comer a las moscas, que yo ya estoy harta de que me piquen los brazos, la cara y hasta el pompis! No me opongo. El mar es salud. Miento, sí, me opongo un poquitín, lo suficiente para decir que estoy en contra del cambio porque nos separan trescientos y pico kilómetros de la costa, porque vamos a gastarnos la hijuela en el capricho y porque no sé qué hacer en el mar, salvo ver las olas, que en el Cantábrico son mucho más activas, o como se diga, que en el Mediterráneo, aunque me da igual que así sea, porque las del Mediterráneo no las conozco, ni maldita la falta que me hace, al menos a priori. Vaya por delante, Carmenchu, que no me disgusta la experiencia por los niños y porque eres tú la que se encarga de buscarnos casa a través de Tanita Monroy, que van siempre a Liencres y se conocen a la vecindad tan bien como a la de San Diego, o de eso presumen. Ya veréis, os van a encantar todas las playas. La del Portío, que es preciosa; la de Canallave, a la que vamos muchas veces, y también la de Valdearenas. Todo cierto. Me impresionan sus acantilados y, como prácticamente es mi bautismo de mar, dedico los primeros días a maravillarme con la boca bien abierta por entre los vericuetos de la costa mientras tú y los niños os bañáis muy requetebién, como me lo describes por la noche. Cuánto me alegro. Parece que ha merecido la pena estirar un poco más allá el presupuesto estival. ¿Y tú qué hiciste? Ver las piedras. No das crédito. ¡Pero, Mario, te traigo al mar y tú te fijas en las piedras! El mar también lo vi, te explico, pero tienen más paisajes cada una de aquellas piedras y las rocas que el agua. Eso no te cabe en la sesera, de modo que en la primera cena juntos se lo comentas a Tanita y al marido. ¿Jorge? Sí, creo que es Jorge. Ya sabéis que a Mario lo que más le gusta de Liencres son las piedras, ¿qué os parece mi maridito? Te llevas un sorpresón cuando Tanita te contesta que sí, que le pasa a

mucha gente, porque el Portío es famoso por eso, más que por el mar, que, al fin y al cabo, es como el de todos los sitios de costa, ola más, ola menos. Mucha agua y mucha más bajo ésa. ¡No me lo puedo creer! ¡Vosotros también! ¡Pero si no hay más que mirar al mar y ver que es precioso! Sí, mujer, pero reconoce que las rocas del Portío son muy singulares y que esas formaciones no se ven en todas partes, esas planchas, esos paralelismos. Aquello te parece una traición, porque si hemos ido a la costa es para ver mar por un tubo, para mojarse, comer pescado, ir en barca, dejar que te pinche un cangrejo o incluso pisar una faneca brava y esperar una marea como el santo advenimiento hasta que se te pase el dolor. El contacto con la parte seca del continente debe reducirse a que los niños hagan castillos de arena con los cubos, que eso también está admitido en tu código marítimo, porque dices que así se hacen con yodo y se salvan de ser unos cretinos, que todo puede ser. Mira qué simpleza se te ocurre. La verdad, yo no os entiendo. No digo que no haya piedras así, como raras, pero es algo parecido a ir de turistas a París y regresar sin haber visto la *tour* Eiffel porque al lado hay, qué sé yo, ¡un pino bien plantado! ¿La torre? Sí, le echamos un vistazo, pero lo más pocholo de París es un pino piñonero que hay por allí. En fin, que si al volver les cuento a las amigas que a Mario le encantaron las rocas, se empiezan a reír y no paran hasta la fiesta de la Virgen, el 15 de agosto del año siguiente. Tanita empieza a exasperarse con tu discurso y Jorge lo corta por donde le parece, sin paños calientes, de modo que no les volvemos a ver el pelo en todo el mes. ¿Te das cuenta de esa desaparición? Pues es por ti y por tu manera de criticarme sin motivo alguno. Porque, escucha un momento: yo no soy hombre de andar en chancletas y calzones cortos, ni de mojarme la barriga a la vista de otros congéneres. No estamos hechos para eso. Ni nos han crecido aletas, ni tenemos panículo adiposo que nos proteja del frío, ni nos han dotado de branquias para respirar. Me parecen razones suficientes para considerar que la raza humana es más de secano que de cruzar océanos. La prueba es que la mayoría de los marineros ni siquiera saben nadar. Chocante, ¿no? Son hábiles sobre las cubiertas de los barcos en los que navegan, pero una vez que caen al agua resultan torpes como hipopótamos en bicicleta. ¿Los niños? Bueno, pues sí, que se den un chapoteo. Si quieren, claro; porque sin pasar por ese requisito también pueden crecer muy sanos, o al menos tan sanos como tú y como yo, pues, si no padezco un cacao mental, el único mar que conocemos de niños es el que sale en las películas de Charlot, y que es muy poco, por cierto. Los Monroy nos dan la espalda y desaparecen de nuestras vidas, lo cual no es especialmente lamentable, porque ella es cursi como un guante dado la vuelta y con él apenas se puede hablar de otra cosa que no sea de pesetas. De

muchas pesetas. Pero a lo que íbamos, que los espantas con esa insistencia en lo mucho que te horripilan mis gustos por las piedras y en lo chalado que estoy, como si la única cuerda del planeta fueses tú. Ahora bien, aún te falta la actuación estelar de todo el verano, cuando días después, mucho más adaptados al medio, aparecen por la playa Alain y Monique, que vienen haciendo autocamping desde Francia. Después de que me ves hablar con ellos el primer día, me acribillas a preguntas, y como Monique es un bombón -¡ostrinis si lo es!- me atacas por ahí. Que si me entendía muy bien en francés, que si fuese una foca con verrugas seguro que ni le dirigía la palabra, que si era una descocada pizpireta, porque no sólo usa un bikini de tela que marca los pezones al mojarse, sino que cuando se seca se pone unos pantaloncitos que le tapan lo mismo que la braguita y un corpiño que le deja al aire el ombliguito. Todo en diminutivo y con sonsonete de asco. ¡Pero si va tan desnuda con hache que con be! Para eso, que se quede quieta con el dos piezas. Y luego, venga a sacarlo y venga a meterlo, que para mí todo es un paripé con el avieso fin de ponerte nerviosete, porque, hijo mío, hay que verla cómo se pasea por delante de donde estoy sentada tocándose todo lo tocable, como disimulando que se palpa el sostén y la braguita por si aún no están secos. ¡Sí, secos! ¡Ésta lo que quiere es mojarlo todo a la chita callando! ¡Especialmente a ti! ¡Que no hemos nacido ayer y tú serás algo alfeñique, pero tienes tirón para las mujeres; así como Fred Astaire o David Niven, que gustan a las chavalas porque son unos señores muy elegantes y muy abarcables! ¡Y el jovencito riéndose encantado! ¿Alain, dices que se llama? ¡Pues Alain es un pasmarote de cuidado, con unas lanas en la cabeza que parecen de estropajo y con dos tapones en los oídos porque ni se entera de que se los están poniendo delante a un palmo de narices! ¡Así! ¡Unos cuernos como los que dejó Mondeño por abrazar la fe! El toro en la plaza y Mondeño en el convento, me dices abriendo los brazos para que calcule el tamaño de la cornamenta. En fin, aquella nochecita es de las que crean afición al matrimonio… de los demás. Sí, de los demás, Carmen; que llevarlo contigo es insoportable. Después de todo, nada nuevo bajo el sol, porque de ésas has tenido ciento y la mar, nunca mejor dicho. Pero al otro día, no te despistes, llega el apoteosis final. Te lo voy a contar tal como lo recuerdo yo, por si no coincidimos en las versiones. Yo baja a la playa un poco después, porque tengo que enviar el artículo para *El Correo*, y por el camino coincido con Monique, que viene de comprar leche, pan y jamón para unos bocadillos, de modo que hacemos ese kilómetro, kilómetro y medio, juntos. Reconozco que ella está para comérsela, aunque de eso no tengo yo la culpa. Te lo digo para no mentir, ya ves, pero conservo el criterio suficiente para saber que Monique no entra, ni puede entrar en mi dieta. Ella está interesada en

comprender España. ¿Quién no? Me pregunta por Franco y, claro, es un tema que me gusta y sobre el que me considero capacitado para hablar largo y tendido… ¡No, tendido no, que te servirá para vernos acostados! En serio, cuando llegamos a la playa ya me huelo que me espera una buena. Tú vigilas a Alain cerca de la autocaravana y, extrañada de que esté solo, cuando te das cuenta de que venimos los dos por el sendero, tu caldera se pone a punto de explotar. Me parece estar viendo cómo desprendes humo por las orejas. Entonces yo le digo a la chica: *À un autre moment. Si vous voulez, nous sommes encore dans un autre moment… pour parler du Franco… oui…*, para que se vaya, pero nada. *Quelle est votre opinion sur l'ouverture politique de M. Fraga*?Y yo pensando: Esta preciosidad va a ser mi perdición. *Oh, monsieur Fraga…*! Apenas puedo decir nada más porque de repente avanzas toda excitada hacia el punto donde nos encontramos. No se atreverá. Sí, te atreviste. Llegas con la cara descompuesta, como si te la hubieses frotado contra un nido de avispas y, sin esperar palabra de nuestra parte, das rienda suelta a una catarata de imprecaciones con las que Monique sólo puede intuir que estabas cabreada como un macaco de Gibraltar, por las razones que sean. ¡Qué desvergonzada! ¡Hablando medio desnuda con el marido de otra mujer y poniéndole caritas para llevarlo al huerto! ¡Pero si enseña hasta las anginas! ¡Lo he visto todo! ¿Pero qué has visto, mujer, si no había nada que ver? Sí, que yo me chupo el dedo. ¡Lo supe desde hace una hora, desde que vi a Alain paseando solo por las rocas! ¡Cáspita! ¿Qué hace este hombre solo con lo guapa que es su novia? Yo te lo digo, Carmen: esperar a que vuelva de comprar el almuerzo. ¡Sí, el almuerzo! ¡Ca, ca, ca! Algo huele a chamusquina. ¡Y vaya si olía! ¡La putita francesa se había escapado para engatusar al mosquita muerta de mi marido, que babea con sólo verle las ancas a la *cocotte*! Te acordarás de que entonces Monique abre los ojos desmesuradamente y arruga los labios para expresar algo así como: Yo me marcho. O, en extendido, Yo me marcho, que a estos españoles no hay franchute que los entienda. Feliz ella, que puede huir de tu presencia con sólo dar media vuelta. Pobre de mí, que tengo que permanecer a tu lado esa mañana, el resto del día, el resto de las vacaciones, mi vida entera. ¿Cómo puedes pensar que Monique intenta hacer algo conmigo, aquí, de pie, delante de toda la playa, con un *boyfriend* al lado que me da sopas con honda por alto, guapo, bronceado, musculoso… y francés que es? Tú estás mal de la chota, Carmenchu. Así no es de extrañar que en Europa no quieran saber nada de nosotros. ¡Qué vergüenza para Ullastres! Somos los paletos del continente y tú, la reina de todos nosotros. A continuación, sonríes al escuchar mi reacción, te acordarás. Es evidente que ya has conseguido tu propósito que es, cómo no, dejarme en ridículo una vez más, asustarla y romper cualquier posibilidad de que nos volvamos a

ver, porque Monique no domina el idioma como para entenderte, pero no le queda duda alguna de que eres una celosa contumaz, que tienes pinta de ser de abrigo y de que los dos estarán mucho más a gusto en cualquier otra playa española, menos en la de Liencres. Yo cojo el libro que me traes en la bolsa y me voy a leer a la sombra de unos salientes. Tú te sientas otra vez en tu garita instalada en el medio del arenal. Lo haces por doble motivo. Uno, porque desde allí puedes observar los movimientos de cualquier persona que se encuentre en la playa; y dos, porque cualquiera que esté en ella te puede ver a ti. A la media hora, compruebo que, a lo lejos, Alain ha puesto en marcha la caravana y la pareja enfila sus vidas rumbo a otro destino. Apenas levanto la vista del libro para que no te fijes en que me doy cuenta, pero lo cierto es que sigo el vehículo con la mirada hasta que desaparece hacia el interior. Dirás que exagero, pero, con todas las dificultades a las que me obliga el disimulo, me parece ver a Monique semiasomada a la ventanilla buscándome entre las rocas para dedicarme un leve meneo de cabeza que tanto en su idioma como en el nuestro significa, poco más o menos, pobre Mario, ojalá te separes pronto de esa petarda. En un aspecto aciertas de pleno. La imagen de aquella chica, Monique, se queda grabada en mi interior como sinónimo de libertad, de frescura, de juventud y de belleza. ¡Cuántas veces me duermo pensando que el guapo de Alain se sumerge en las aguas del Cantábrico devorado por un arenque y ella me llama para continuar juntos ese viaje improvisado de playa en playa! Por eso ya te dije que la experiencia marítima de Liencres es tremendamente positiva y desde entonces mi opinión sobre el mar y sus olas ha mejorado una enormidad.

XXVII

HABLAR POR BOCA DE MANSO

A partir de un momento que no sabría situar en el calendario con total exactitud, comenzaste a utilizar una serie de latiguillos que nunca antes te había oído. Tú seguramente lo puedes determinar sin lugar a dudas. Entonces deduzco que has conocido a alguien que también los usa en su conversación, pues no me suenan de ninguna película que te hubiese impactado de esa forma. Las que ves tú, las veo yo, así que por el lado cinematográfico no viene la influencia. Y como tú no eres de leer novelas a hurtadillas, no me queda otra solución que achacar los tics a un muletillero exterior. Como recordarás, nada te digo de mis sospechas por razones de economía salival. Son frases como: Disculpa, pero estaba hablando yo; Me vas a perdonar que disienta; Deja que agote mi turno o Los gustos son como los culos, que cada uno tiene el suyo, que a mí me suenan como una estupidez supina, sobre todo dichas entre nosotros, que en ese momento ya llevamos más de diez años casados y parece que me tratas como a un desconocido en sede judicial, ¿acaso no? O lo que es lo mismo, las dices con una frecuencia enfermiza, a todas horas y pilladas por los pelos, como si hubieses pasado por un proceso de lavado mental de esos que achacan al contraespionaje de la URSS o de los Estados Unidos. De verdad, si hoy te oyeses a ti misma, se te caería la cara de vergüenza de lo cursi que llegabas a ser en esa época. Tú las tienes como cantinelas de gente elegante y las sueltas vengan o no a cuento. Otra que usas mucho es: Y a las pruebas me remito…, que es causa de auténticos estragos lingüísticos y literarios por tu parte. Aunque me odies el doble de lo que es habitual en ti, te diré que en la tertulia lo comentaron más de una vez, sobre todo después de decirle a Paquita Teruel delante de más gente: Este año viene el invierno mucho más frío, y a las pruebas me remito. ¿Qué pruebas?, te pregunta ella creyendo que manejas realmente una documentación científica de primera mano o que la vas a sorprender con un descubrimiento abracadabrante. Y tú, azorada, como pillada en falta, le respondes nerviosa: Pues nada, este chaquetón tan abrigoso apenas

me lo puse el año pasado y este año estamos en octubre y ya lo he repetido tres tardes. Yo no sé si es Paquita quien lo cuenta o es alguno de los otros presentes, pero el caso es, querida Carmencita, que el marido se pasa más de una semana utilizando la frasecita cada dos por tres para hacer el chiste: ¡Manolo, cóbrame dos cafés y a las pruebas me remito! Señores, me voy a marchar, y a las pruebas me remito… Así una y otra vez. Al principio me daba rabia saber que se metía contigo, pero, chica, ¿qué quieres?, al final acabo riéndome como el que más… Y a las pruebas me remito, porque aun ahora, en mi condición fantasmal, pienso en ello y me parto el aura. También coincide ese momento con los meses en los que te da por equivocarte en una serie de frases hechas que tampoco utilizas antes y que, sin embargo, ahora surgen sin ton ni son, como cuando me amenaza con que un día encontrar la norma de mi zapato. Carmencita, ¿tú sabes lo que es la horma, hor-ma, de los zapatos? ¿A que no? Pues se refiere a eso. Bueno, la catarata de disparates es impresionante y he de reconocer que muchas veces consigues alegrarme el día, porque, aunque en tu presencia estoy callado como un bragazas, después me voy al instituto y por el camino me viene a la mente lo que acabas de soltar y peligra mi estabilidad de la carcajada que suelto. Por ejemplo, cuando me dices que Mario está flojeando en los estudios y que hay que coger al tábano por las hojas, tengo que bajar de la bicicleta y seguir a pie un buen rato hasta que se me pasa el ataque. La gente que me ve debe pensar que he perdido de golpe la razón, pero es inevitable, porque me troncho. ¿Qué más, qué más…? Si es que hubo muchas, continuas, constantes… disparates que nunca pensé que podrían salir de tu boca, pero se ve que no tienes bien apuntalados los conceptos y, ¡zas!, si los oyes del lado malo, del malo los repites. ¡Ah, sí! Al volver de la calle un día que jarreaba dices que las aceras están hechas un barrizal porque caen buzos de punta, y aquello me deja con un palmo de narices, sin poder reaccionar, ni risas, ni llantos, sencillamente incrédulo. No sé por qué, pero se me ocurre comentar que peor sería en el diluvio universal, y entonces contestaste tú que sería mucho peor, porque el diluvio hace la fiambrera de dos mil años y en ese momento, ya se sabe, todo manga por hombro. Menos mal. Eso último lo dices bien, porque era como para registrar tres animaladas seguidas. Y como esta vez trato de enmendarte la plana, las consecuencias son peores, claro. Ya salió el catedrático que todo lo sabe. ¡Estará mal, pero en varios sitios de España dicen buzos de punta! ¡Se nota que son lugares con puerto de mar y la frase tiene sentido, no como aquí, que no lo entendemos porque no hay ni mar ni buzos! Y te dejo en el error, porque cualquier otro intento de corrección sería el acabose. Tu momento culminante fue aquel sábado con los Sastre en la cafetería Nebraska, cuando Abelardo nos cuenta

que su madre soporta ya muchos achaques que no se deben a nada que no sea su edad, y tú le dices sin inmutarte: Pues ya sabes, Abelardo, dale ciruelas. ¿Por qué lo dices?, se revuelve el hombre interesadísimo por escuchar una solución en apariencia tan sencilla. Y vas tú y le razonas, como si tal cosa: ¡Hombre! Ya sabes lo que ordena el dicho: ¡A la vejez, ciruelas! Abelardo se disculpa diciendo que va a pedir a la barra unas aceitunas, pero para mí que se mete en los servicios a reír sin tasa, porque cuando vuelve con las olivas trae los ojos rojos, y no creo que haya sido de llorar. Qué le vamos a hacer. Eres así. Una esponja para absorber todo lo erróneo y un impermeable de gutapercha contra todo conocimiento. Quizá te han fabricado con un material desconocido hasta ahora que permite obtener tan milagrosos resultados, o hay otras razones ocultas que desconozco, pero lo auténticamente cierto es que sorprendes al más pintado y que casi siempre soy yo. Ahora dirás que exagero como Pepembustes y que a ti las monjas te dieron una educación de primera, cosa que yo no niego. Lo que digo es que eres capaz de estropearla con una facilidad pasmosa. Mira, el domingo de la semana siguiente al episodio con Abelardo, me llevas de visita a casa de los Pertierra, a los cuales ni siquiera conocía. Lo haces con la disculpa de que acababan de llegar a la ciudad. A él lo trae un destino estupendo como director provincial de Abastecimientos y Transportes. ¿Qué pinto yo en casa de un matrimonio con el que no me trato, ni me interesa tratar, sólo porque tú has coincidido unas cuantas veces con ella en la peluquería?, te pregunto como gran argumento para evitar el visiteo. Además, añado, aunque no estoy muy ducho en protocolos, lo normal es que quien reside le ofrezca su domicilio a los recién llegados, aunque sea a la llana. Vamos, creo yo. ¡Ay, qué sieso eres! Lo principal es que debemos hacer amistades. Que sea en una casa u otra carece de importancia. Quién te dice si el día de mañana nos hacen el favor de colocar a Mario, o a la niña. ¡Piensa un poco, cabezota, que tú sólo la tienes para la metafísica y eso no da ni para merendar! Y, además, te lo aseguro, sólo serán dos horitas de nada. A las ocho estamos de vuelta. Y allá que nos vamos al caserón de los soportales en Plaza Ferrada, que Abastos destina a sus directores. Ella, doña Casilda, nos recibió despampanante a pie de escaleras, mientras de su puerta provenía un intenso olor a chocolate. Antes de alcanzar el último rellano asoma don Ruperto Pertierra, hermoso de hechuras, bigotudo como un diputado del xix, aunque sólo era camisa vieja del 34, de ensortijadas patillas y ojos saltones. Pertrechado de batín azul con botones dorados y zapatillas a cuadros con pinta de ser muy calientes, como para decirnos lo cómodo que se encuentra y lo que vamos a tener que soportar si les da por hablar, que les da. Ella, por el contrario, se cubre con traje de calle, mantón, perifollos varios y

zapato alto, como para salir de cena a palacio. ¡Adelante, adelante; les esperábamos con los brazos abiertos!, dice don Ruperto muy versallesco. Ascendemos, nos saludamos y entramos. Se les ve realmente encantados de nuestra presencia y a mí me empieza a mosquear tan intensa alegría. De verdad. Cómo será la cosa que en un momento imagino que se trata de una encerrona como la de la bruja a los hermanos Hänsel y Gretel perdidos en el bosque. ¡Lo primerito vamos a tomar una jícara de chocolatito que nos va a sentar a todos de maravilla! Además, Casilda nos ha preparado unas lengüitas de gato que le van como anillo al dedo, ¿verdad, Casildita? Sí, pero hoy quizá se me ha ido la mano con el anís del mono. ¡Uy! ¡Mano y mono, qué parejita! Tantos diminutivos no pueden ser anuncio de nada sensato, y así es. La tal Casilda, tu último fichaje para el equipo de las íntimas amigas, abandona el salón donde nos aposentan entre cortinones de raso, una *chaise-longue* azulona y raídos tapices con escenas de caza, para regresar luego con una descomunal bandeja de plata repujada repleta de bizcochos, lenguas de gato y un variado surtido de dulces. ¡Venga, venga, que los suelos con pan son menos! ¡Arrea! ¡Aquí está la maestra de Carmen! Tras esa entrada triunfal en el mundo de las frases hechas -mejor dicho, deshechas-, no hay duda alguna, Casilda es la causante de tu repentino cambio en el hablar y en el decir. Y no me equivoco. Desde ese momento permanezco a la expectativa por ver cuántos gazapos es capaz de soltar en las dos horas que va a durar la visita, aunque después se convierten en cuatro y eso favorece que mi caza sea más abundante de lo que pudiese haber imaginado. La mujer confunde suelo con duelo, quizá por su análoga dureza; se sube a la crespa de la ola y cuando no es a la pata la llama, es a las duras y a las más duras, porque si alguien no acaba como el osario de la aurora, es que le andan buscando las costillas. ¡Qué producción! ¡Qué disparate! ¡Qué falta de puntería! ¡Qué maravilloso diccionario podría confeccionarse con tan sólo permanecer unos días al lado de doña Casilda, lápiz en ristre! ¿Y don Ruperto? ¿No sería capaz de reconducirla su esposo al buen camino de las etimologías que señala en su obra don Roque Barcia? No, no podía ser, y pronto averiguo por qué. Cariño, se dirige a ella con suma amabilidad, se dice buscar las cosquillas, no las costillas. ¡Ruperto! ¡Tú te callas, que en este momento estaba hablando yo! Como te iba diciendo, querida Carmen, hay dos funcionarios en la delegación que le están buscando las costillas, y menudo es mi Ruperto como para aguantar desacatos. ¿Y el tuyo a qué se dedica? Me dijiste que es profesor. ¡Catedrático! ¡No sabes la simpatía que desde ese momento me inspira don Ruperto Pertierra! Era mi alma gemela, pero con un mérito añadido a su favor, porque si yo me veo obligado a aguantar a una alumna, él tiene en casa a la rectora de la universidad. No logras llevarme una segunda

vez a la guarida de los Pertierra, ni que les devolvamos a ellos el agasajo. Eso no quita para que alguna noche de bronca, cuando más pelmaza te pones, yo me acurruque en el lecho y me regodee en silencio. ¡Qué suerte la mía! En estos momentos a don Ruperto le está cayendo la de Dios es Cristo, y yo aquí, tan a gustito con mi sargenta.

XXVIII

LA ENVIDIA SANA SE CURA COMO LA ENFERMA

No te diré que llevas mal la casa porque no es cierto. Siempre tuve comida caliente en el plato, aunque te reproche una y otra vez la ausencia puntual de la langosta, porque sé que es un capricho sin más recorrido. El suelo está limpio, las bombillas fundidas se reponen y los niños salen a la calle en perfecto estado de revista sin que yo tenga intervención directa en que ocurra o deje de ocurrir. Otra cosa es cómo vuelven, pero, evidentemente, eso no es culpa tuya. Dices que te ayudo poco a que todo funcione, pero lo que yo no veo por ninguna parte es que te falte tiempo, o en qué podrías emplearlo si yo, por ejemplo, planchase, porque ya no lo haces tú. A no ser que entonces dobles tus visitas a la peluquería. ¡Qué manía con los pelos! De verdad, Carmen, es algo superior a mis fuerzas y pienso que quizá tenga sus raíces en el pensamiento judeocristiano sobre los afeites en la mujer, y mira que yo soy más de escapar que de quedarme. Algún personaje, quizás el dios de los pelos, os manda que tienen que estar colocados como los teodolitos de un topógrafo, como las estacas de un viñedo, ni un milímetro dejado al azar, y yo comprendo que la sociedad te lo exija, aunque yo no lo haga, porque la fuerza de las costumbres tiene reglas como ésta, o incluso peores. Lo que pasa, Carmen del alma, es que muchas mujeres se dan los tintes en casa, se echan el colorete, se peinan, calientan las pinzas, se lo rizan con bigudís o se hacen los cardados para salir arregladas a la calle sin necesidad de pasar por el peluquero cada vez que estornudan. Que sí, que es un potosí lo que se lleva de nuestro patrimonio el gremio de los cabellos ordenados, y que tú, cuando estás más de un minuto mano sobre mano, lo único que se te ocurre es decir: ¡Ah, pues aprovecho y voy a la peluquería! Y, claro, como siempre tuvimos servicio porque daba para eso, son muchos los minutos en los que consigues estar vigilando las moscas. Ojo, que yo no te lo reprocho, te lo señalo. Por lo tanto, si todavía estuvieses más tiempo de miranda, más posibilidades tendrías de gastarte los ahorros en el peluquero Eduard, que es al que ahora os da por ir, aunque se llame Anselmo y finja el

acento francés sólo con repetir *ma petite, ma petite*. Me vas a perdonar, pero no es como lo planteas. Atiende. Si tú me expones, así hablando tranquilamente: Mira, Mario, mi ilusión sería hacer un cursillo de jardinería, ¡o estudiar Derecho! O lo que sea, y necesito que me eches una mano en casa. Tendrías no una, sino las dos, te lo aseguro. Pero, mujer, tú dime cuándo me propusiste algo que no fuera pasar la tarde de visita en casa de unos muermos, ir de compras a las tiendas del Paseo Infantas, quemar tres horas en la peluquería, rezar novenas, oír misas por todos los difuntos de la capital o ir los domingos al cine del pongan lo que pongan. Anda que no nos hemos tragado tostones de marca mayor. Y no digo yo mientras los niños son pequeños, que ahí sí que el quilombo es de categoría, pero con todos ya en sus colegios me gustaría saber a qué ibas a dedicarte, aunque sólo fuera por curiosidad, dime tú. Además, sinceramente lo reconozco, estaremos educados a la antigua, y para eso, tú más que nadie, pero ¿me quieres explicar en qué tareas deseas que te ayude? ¿A hacer la colada y planchar? Viene Angustias dos veces por semana. ¿A cocinar? Tú prácticamente no entras en la cocina. Todo lo hace Emérita. ¿A coser? No sé, aunque si hay que aprender, aprendo, pero yo veo que compras casi toda la ropa de confección y la de los niños, crecedera. ¿A bañar a los niños? Ya se bañan solos, hasta Aránzazu. ¿Sacar la barredura? Viene Josefa con el caldero. ¿A hacer las camas? Las hace Emérita, como también barre, limpia los baños, va a la compra y soluciona todo lo demás. En fin, que me quedo sin margen de maniobra y sin tiempo, porque marcho de casa a las nueve y, salvo los miércoles, hasta las seis estoy en el instituto, que he de recordarte que es nuestra única fuente de ingresos. Admito que todo lo que hago en casa es doblar los pañuelos de los mocos de ocho maneras distintas, una nueva cada día, de tal forma que se retrase el momento de tirarlos a lavar y haya menos carga de ropa. De no haber catarro a la vista, cada pañuelo permanece en mi bolsillo de entre diez a veinte días. Sí, sé que la aportación es escasa, pero calculo que a lo largo de mi vida de casado he ahorrado el lavado de unos seis mil pañuelos de nariz, que, sumados a las camisas que no echo al cesto de la ropa sucia hasta que están cochambrosas por el borde del cuello, son muchos miles de litros de agua ahorrados, muchas miles de pinzas que no se pusieron, kilos de azulete y almidón que no se gastaron; en fin, un aporte. Tú dirás que lo hago por agarrado o por guarrindongo, no por ayudarte, y yo te dejo que pienses lo que quieras, porque en ese extremo no tengo una opinión fundamentada. Sinceramente creo que actúo con ambos criterios a la vez, el ahorro y la ayuda, pero no me veo con fuerzas como para ponerme una medalla por ese comportamiento. Lo único que doy por cierto es que se lo debo a mi querida madre, que a todos los hermanos nos inculca como puede la virtud de la moderación.

Moderados incluso a la hora de ser moderados, porque, en caso de pasarte, puedes caer en la miseria. No dejéis nada de comida en el plato y cuando vayáis a dar el último mordisco al pan, o a algo que pueda quedar para la noche, o para mañana, pensad en los sacrificios de Nuestro Señor Jesucristo y no lo deis. Así os aseguraréis algo que llevaros a la boca la siguiente comida, así nos durará más el pan y así estaréis seguros de no pecar jamás de gula. Es posible que siendo niños no le hiciésemos ni poco ni mucho caso, porque comemos hasta que desaparece la mínima sensación de hambre, pero al crecer a los cuatro nos encanta juntarnos y llorar con la preciosa lección de nuestra madre. Con ésa y con otras parecidas, mientras nos recorren el rostro lagrimones como los que tú viertes con las novelas de la sobremesa. ¿Es roña, es ahorro, es tontería? No lo sé, te lo aseguro, pero sí puedo afirmar que ese afán tuyo por las compras no es correcto ni cuando se tiene un pastizal guardado fuera de España y otro, en fincas dentro de ella. Es algo parecido a eso que tú llamas sentir envidia sana. ¿Cómo va a ser buena la envidia, alma de cántaro? Acabo de ver a Fulanita con un abrigo nuevo del trinque y he sentido envidia, ¡sana, eh! No es posible, Carmen. Si sientes envidia, la sientes y sanseacabó. No trates de perdonarte con ese invento de la envidia sana que a saber de dónde lo has sacado. Como tampoco hay el despilfarro sano; no disparates, Sotillo. Seguramente no es sano ni para el comerciante, porque las compras compulsivas pueden finiquitar tu economía y, si te arruinas, el de la tienda se quedará con un cliente menos para el resto de sus días. Todo empieza cuando la humanidad admite la justa ira de Dios, que es una mezcla de conceptos antagónicos. Válgame el cielo si puede justificarse semejante dislate por muy creyente que seas. Si caes en la ira, y tú lo haces a menudo, será porque no habrás podido evitarlo, pero no me vengas diciendo que responde a razones de justicia, porque la falta de sensatez nunca la produce. Y mucho menos si se la atribuyes a Dios, que es un concepto de perfección. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante barbaridad? Porque a Dios, no, estoy seguro. Y te lo digo ahora, como podría haberlo hecho en su momento, cuando en la cervecería pido una caña y el camarero me pregunta todo extrañado si sólo iba a ser una cerveza para dos, no es por ahorrar, ni porque no tenga en el bolsillo monedas para pagar a tocateja dos o cuatro vasos. Es porque en ese momento estoy inapetente; no me llama ni un copetín, ni un moscatel, ni un Ribera. ¡No creo que sea tan difícil de explicar! ¿Una caña para dos? No, amable camarero: es una caña para la señorita, yo paso. Y si tú te mueres de vergüenza, como luego me entero a través de tu larga parrafada, el problema es tuyo, cabeza de chorlito. Piénsalo así. Cuando vas con una amiga de tiendas y ella se compra una falda, ¿tienes que comprarte otra para que no te lo eche

en cara? Si tú te imaginas al dependiente preguntando a grito pelado y con voz de pito: ¿Sólo una falda para dos?, es que algo patina en tu razonar. Es absurdo. Y, además, ni que yo esté toda la vida pidiendo sólo una caña cuando voy contigo. Fue una vez, o dos como mucho. Dos tardes en las que no me entraba la cerveza, ni nada, seguramente porque habíamos tenido alguna pelotera por culpa de tus ridículos celos, o una de aquellas veces en que me tratabas de monicaco porque suspendí la oposición. Sí, menuda temporadita; como que tú también me ayudas mucho. No sé si lo sabes, pero hay novias de opositores que se pasan las tardes con ellos y entre beso y beso repasan los temas en voz alta, en voz baja y en lo que haga falta. Demetrio es uno de esos afortunados. Recordarás que aprobamos juntos quinto de carrera y hasta ese momento lo hacemos todo en paralelo. Un día me cuenta lo mucho que le ayuda Lola en los estudios y a mí se me va el seso de la envidia, pero no de esa envidia sana como la tuya, sino de envidia cochina, que es la buena. Habían localizado la parte de atrás de un café donde por las tardes iba muy poca gente y allí se instalan con sus libros y sus temarios. Ella le toma las lecciones y, si considera que las recita de ocho para arriba, se besan durante dos minutos, o por ahí, procurando que no se emocione demasiado, porque así se esfuerza en obtener otro premio. En fin, a saber lo que hacían porque no me lo va a contar todo. Sí sé que a veces él le dice: Te cambio dos besos de dos minutos por un abrazo de uno, porque sabe que durante el abrazo le sube el jersey por detrás, toca carne, llega al sostén y, bueno, te puedes imaginar lo que pasa. Y ella, sí, vale, pero cuando yo te diga para, paras, porque hemos venido a estudiar y no a amasarnos, Deme, que ya habrá tiempo y tiempo. Así era Lola. Y qué te voy a decir de los resultados. Demetrio sacó la cátedra dos años antes, se casaron también antes y hoy viven felices y contentos en Granada, como nunca lo fuimos nosotros. Y ahora, imagínate, imposible. Yo de espíritu hago muy mal amante. ¡Ah! Por cierto, sabrás que, cuando acabó la oposición, Lola se matriculó en Filosofía y Letras y siguieron estudiando con el mismo método. No del todo, parecido, porque ahora reservaban todos los besos y sobeteos para el final del estudio y ella se los cobraba seguidos. ¿Qué opinas? ¿Hicimos algo parecido alguna vez? No. Ni de cerca. Quién sabe si hubiésemos podido, porque para empezar tendrías que conocer el significado de pleonasmo y de tetrástrofo monorrimo y, sobre todo, tendrías que tener ganas de ayudarme y no de gastar toda tu energía diciéndome que ya estaba bien de suspender. Suspendo una sola vez y es por los vómitos, como muy bien sabes. Tendrías que oír a Encarna, sí, a Encarna, aunque te duela: cómo viene a consolarme de la mejor manera posible. No te preocupes, Mario. Ha sido la mala suerte que se te ha cruzado como un gato negro; tú la hubieras sacado si no fuese por el corte de

digestión. La próxima vez tenemos que prepararlo mejor y, si coincide a primera hora, desayunas antes o compramos unas pastillas para que calmen los nervios y contengan el estómago. Déjalo de mi cuenta, Mario. Lo importante ahora es que no te desmoralices. No tienes por qué. Pronto convocarán otras y entonces estarás mejor preparado que ahora. Yo qué sé cuántas frases de ánimo me dedica hasta que realmente me estabilizo y destierro el pesimismo. Y todo eso antes de verte, porque la verdad es que no me apetecía nada presentarme ante ti y recibir más reprimendas que si fueses mi madre, a la que, por cierto, el suspenso no le parece ni bien ni mal. Son cosas de la vida, hijo mío. Tú tira para delante, que puedes. Bien, vale. Ahí se acabó todo. Una maravilla. Palabras de madre sensata sin remilgos ni afectaciones. Lo de Encarna, lo reconozco, es de cariño. De cariño fraternal, pues antes de la primera convocatoria es la mujer de Elviro y nos tenemos una mutua consideración de hermanos, más que de cuñados. Parece lo mismo, pero no lo es. Como no puedo mentir, te diré que esas noches sueño con sustituirte. Sí, así de claro. Si fuese novio de Encarna estudiaríamos juntos y cuando le recitase el tema del *Libro del Buen Amor*, me dejaría levantarle el niqui y meter la mano hasta su pecho como premio. Y con el Duque de Rivas, y con Calderón de la Barca. Y así hasta la generación del 98. Puedes estar tranquila, porque seguí estudiando para la siguiente convocatoria por el método tradicional, es decir, yo solito en casa, con la aridez del barrotillo encalado y la aspereza de las faldas que había en la mesa camilla. Y si alguna vez me distraigo, tengo al lado una regla de madera con la que me atizo en la cabeza para contrarrestar la falta de un profesor aristarco al lado. Mi madre me pilla en más de una ocasión haciéndolo, dándome reglazos. La primera vez me pregunta y yo le digo: Nada, mamá, es que estaba pensando en Carmen y me distraía. Ahora que no puedo decir una cosa por otra, te aclaro que mi pensamiento no vuela en esos momentos hacia ti, sino hacia Encarna. Qué le vamos a hacer. Ya me gustaría que nos hubiese salido otra historia, pero no hay que darle vueltas. Tú misma te has encargado de restregarme por las narices lo mucho que te he hecho sufrir. Yo no he venido a ganar el partido, sino a empatarlo. Podrías quedarte con la idea de que no necesitas abuela por lo mucho que reluces, pero reflexiona y admite como mínimo que estuvimos los dos bastante desafortunados. Con eso me conformo. Ya ves que no quiero eximirme de culpas, que alguna tendré.

XXIX

MALES OTOÑALES, O LARGOS O MORTALES

El inicio de los síntomas lo sitúo al tiempo que los preparativos de la primera comunión de Álvaro. Fíjate si no ha llovido. También te digo otra cosa, son las primeras señales que me constan, porque estas dolencias suelen venir de muy atrás y ni te enteras hasta que las tienes encima, como cuando se entolda el cielo de negros nubarrones a punto de descargar y tú estás en medio de un descampado, sin un techo donde refugiarte en kilómetros a la redonda. En cualquier caso, durante aquellos días en los que tengo conciencia de mi mal, me noto hecho fosfatina y, sobre todo, lo más inquietante, sin ningún interés especial por asistir a la ceremonia que se avecina, prevista para un domingo de mayo, creo que el 23. Sí, porque me viene a la cabeza la imagen de una hoja de calendario con el 23 en rojo y me entran sudores. Y no es por mi alejamiento de la Iglesia, que para eso, tú lo sabes, siempre fui muy respetuoso con las tradiciones y me emocioné como un papanatas cuando la de Mario y Carmenchu, lo mismo que pasará con Alvarito, porque es una forma de verlos crecidos y de saber que han superado las enfermedades de la infancia sin mayores contratiempos. Cuando están ante ti, vestidos de marineritos, o de novias estrafalarias, medio esposas, medio monjas, sabes que les aguarda un crecimiento imparable de pelos en las piernas, y a ellas, que les venga la regla con todo su augurio de fertilidad y paritorios. Ésas son sus reválidas. El ingreso es la primera comunión. Lo sé y lo asumo sin problemas de conciencia ni inconvenientes morales. Yo la hice y comulgué durante muchos años sin que guarde más que gratos recuerdos de todo ese tiempo. Sin embargo, esta vez es distinto. Ni siquiera es algo relacionado con la ceremonia, ni con la Iglesia, ni con los curas; qué va. Es peor pensar en la comida e imaginar que tengo que vérmelas en medio de tu familia y de la mía. Saludar a unos y otros, sonreír, besarlos, aparentar que me inunda un océano de felicidad. Si te digo la verdad, y así haré obligado, me ayuda mucho saber que estará Encarna, a la que no veo desde Navidad. Sí, ya te imagino de morros. ¡Claro, Encarna! ¡La cuñadita berganta! Te

escucho y al momento te desmiento lo que piensas desde que muere mi hermano. Es cierto que simpatizamos e incluso debo confesar que me parece muy atractiva. Eso lo sabes de sobra. Cuando hablo con ella la conversación surge sin ninguna impostura, entiende todos mis chistes y yo los suyos; es inteligente, avispada y nada afectada. Huele bien, y no digo que tú no, pero el suyo es un olor a salud, a casa ventilada, a lavanda, tomillo y menta. Su presencia me anima y he envidiado a mi pobre hermano por tenerla como esposa. Lo digo como lo siento, y punto. Quizá nunca lo expreso así en tu presencia, pero, claro, en vida no tengo la obligación de ajustarme a la verdad cada vez que abro la boca, y ahora sí. Es un chollo para ti, que tan obsesionada vives por el fraude. Por todo ello pienso en la fiesta de Alvarito y me consuela imaginar que por ventura podré sentarme al lado de Encarna, aunque tú tengas que estar al otro y me pongas cara de buitre leonado cada vez que le dirija la palabra. Será así, pero será un mal menor. Lo siento. Entonces desconocía todo lo que pasará después y me hacía mi composición de lugar. Esos días previos al acontecimiento son de mucha desazón. Al despertarme, noto en la boca el regusto de haber dormido con una placa de cobre en el paladar. Todo es de sabor metálico, acompañado de una dentera desagradable que me obliga a cepillarme una y otra vez hasta que lo dejo por imposible porque no desaparece. A veces pierdo la noción de lo que pasa en ese justo momento, como si volase hasta otro escenario, a otra situación totalmente distinta y desconocida. Entonces es cuando tú llegas a sugerirme que, siendo la tercera primera comunión de uno de nuestros hijos, la ocasión es ideal para que me acerque a recibir el pan de los ángeles, y yo me quedo mirándote sin decir ni mu. Te juro… Bueno, te prometo, que a ti no te van los juramentos, que no lo hago como burla, desprecio o, ni mucho menos, blasfemia ante lo que me propones. Simplemente, que no te entiendo. Tendría la cabeza a pájaros por ver cómo bandeo las preocupaciones de salud que me traen de coronilla, o por lo que sea, y cuando te diriges a mí sólo llego a captar algo que, efectivamente, suena a pan de los ángeles, pero que en ese instante no lo entiendo, no colijo de qué me hablas y sólo se me ocurre pensar en la merienda que luego tendrá Alvarito con sus amigos en la parte de atrás del restaurante-pastelería de las Aigorri, el templo laico de las primeras comuniones de toda la ciudad. Por eso te digo al cabo de un largo silencio y con total inocencia por mi parte: No sé si el pan les gustará a los niños. Puedes creerme o no, pero interpreto que les quieres dar ese pan de los ángeles con chocolate a los invitados y que estás hablando de una golosina de trigo, o no sé de qué. Si quisiese burlarme del sacramento ante ti, tendría argumentos más poderosos, emplearía gruesas palabras, o te lo diría a las claras y sin prosopopeyas en otro momento. No es mi estilo, ni tengo razón

alguna para comportarme así. Tampoco habríamos hecho fiesta ni con Mario ni con Carmenchu. Y como nada de esto ocurre, no doy crédito a tus aspavientos con los que me mandas a penar para siempre entre las llamas del infierno de los réprobos. ¡Te burlas de la eucaristía! ¡Los habrá más apóstatas que tú, pero tan irreverentes, lo dudo! Y no, Carmencita, no; nada de eso tengo en mi zarandeada cabeza cuando hago ese comentario. Es más, ni siquiera hoy puedo describir con exactitud lo que me la ocupa porque me invade un estado que luego oiré citar con frecuencia al doctor Gancedo, la astenia, que viene del griego ἀσθένεια, y significa debilidad. Claro que he oído antes esa palabra, pero nunca imaginé que yo sería víctima de ella, ni supe nunca cómo son en realidad sus efectos hasta que me tumbó. Cosas de mujeres, llego a decir alguna vez, estúpido de mí. Me veo cachas, padre de cinco hijos, catedrático de los que mantienen controlada el aula mientras imparten, escritor, articulista, querido por sus amigos… Tengo muchas ramas de las que agarrarme antes de venirme a pique por ningún barranco mental y, sin embargo, ya ves, ahora se abre ante mí un descomunal precipicio sólo porque tú, una de ellas y no de las pequeñas, parece que crece en otro árbol, o al menos se desentiende del mío. Si trato de valerme de tu rama para permanecer encaramado, se aparta y se va, nunca está a mi alcance, me driblas y desapareces. Atiende, Mario, estoy pensando que no deberíamos mezclar los recordatorios de Alvarito, me dices como si fuese una consulta a la que en mi estado pueda prestar atención, pero me ocurre lo mismo que con la anterior frase del pan de los ángeles: a mis entendederas es arábigo. Pero tú continúas dale que te pego. He ido a la imprenta y me han puesto delante unos recordatorios que tienen un ciervo corriendo hacia una fuente, todo en dorado, que yo los encuentro francamente alegóricos y muy señoriales, como muy eucarísticos, y otros que son varios modelos con distintos dibujos de Ferrándiz, ya sabes, el dibujante que hace esos muñecos tan tiernos y redondetes. Los veo y me digo para mí: hacemos veinte con el ciervo para los invitados mayores y otros treinta o así con los niños de Ferrándiz para los amigos de Alvarito. Pero, claro, después creo que no va a quedar bien la mezcla de los dos estilos y, como nunca sabes si algún día se van a sentar juntas en los bancos de la iglesia dos de las invitadas, es posible que al abrir los misales se vean los recordatorios y una de ellas opine que es más bonito el del ciervo y piense, ¿y por qué a mí me han dado el de Ferrándiz, que siendo bonito también, no lo es tanto como éste del ciervo? ¿No te parece? Sí. ¡Ay, chico! ¡Qué soso eres! Yo venga a explicártelo todo al detalle y tú me despachas con un sí como el que se contesta a los majaras para darles la razón cuando no la tienen. No, mujer. ¿Ves? Monosílabos. Eres un pan sin sal. Me tratas a monosílabos y así no hay manera. Carmen, no sé cómo decírtelo, pero

estoy bastante abatido y ahora mismo los monos de Ferrándiz me traen sin cuidado, dicho todo ello sin intención de ofenderte, ni a ti, ni a Ferrándiz, ni a los monos. Por favor, permite que me acueste; mañana tenemos los actos de santo Tomás de Aquino y no me sobran fuerzas para glosar un año más las ventajas del tomismo aristotélico frente al materialismo. Encarga los del ciervo, los de los monos o los que pintes tú aquí por las noches. Me parece totalmente irrelevante. ¡Qué grosero! ¡Vete, vete a la cama, que es donde menos barbarizas, Lutero! Es muy duro escucharte, Carmencita; no ya porque no sepa con exactitud si es una depresión o una carencia de hierro, o me falta calcio, o me estoy pudriendo, sino porque nunca te encontré con una actitud que me incitase a pedirte ayuda de ningún género. Todo lo contrario. La ayuda la encuentro alejándome de ti. Te puedo asegurar que nuestro caso serviría para estudiar fenómenos extrasensoriales en las relaciones humanas fácilmente demostrables por leyes físicas. Te explico. En los momentos de máxima tensión dentro del matrimonio, el estado de presión que siento contra la cabeza es indirectamente proporcional a los metros que nos separan. A menor distancia, más intenso es el malestar; a más lejanía, menor presión y, en consecuencia, mayor felicidad. Y no creas que necesito saber dónde te encuentras, y ahí está lo maravilloso del caso. En el instituto, por ejemplo, cumplo con regularidad mis obligaciones e incluso me permito gastar alguna broma que otra con los alumnos cuando veo que la clase ha sido intensa y los chicos necesitan desahogar tensiones. Pero si pienso en ello estando contigo en casa, todo se vuelve cuesta arriba, ya que temo no poder afrontar mis obligaciones del día siguiente. Una tortura. Ítem más -que significa 'también'-, una de las tardes de esa época, cuando escribo en la pizarra y me encuentro perfectamente a gusto, noto que se inicia una intensa cefalea, como las que me anuncian un trance de bajón y lágrimas. Al minuto pide permiso para entrar en clase Bertrán, el bedel, y me informa de que estás en la portería. Que baje a verte porque es una urgencia. Que no me alarme, pero es una urgencia. ¿Te das cuenta? Basta que te acerques a determinados metros para que se ponga la caldera a hervir. Además, se nota que en un ambiente como el del instituto, casi virgen para ti, el efecto es más demoledor que en casa. Por cierto, de paso te diré que en el claustro se habla durante semanas de tu visita, porque a ninguna pareja de un catedrático, ni hombre, ni mujer, se le había ocurrido interrumpir una clase para preguntarle si finalmente iba a comulgar o no el próximo domingo, cuando lo hiciese su hijo en la iglesia de San Diego, que yo creo, Carmencita, que eso fue lo que se llama en román paladino una puñalada trapera, porque, cuando me lo preguntas, ni nos retiramos a un discreto rincón, ni bajas la voz, ni me das opción a esconderme debajo del busto de fray Luis de León que

preside la entrada, sino que allí, frente al cuarto de conserjes, portero en medio, con voz clara y rotunda, me preguntas: Y qué, ¿al final comulgas o no? Porque el párroco don Remigio está pendiente de tu respuesta y el domingo no quiere acercarse a ti con el copón de las sagradas formas para que le des con la patena en las narices. Podía haberlo supuesto. Es inviable que tu urgencia tenga sentido. De donde no hay, mal se puede sacar. No, no voy a comulgar, Carmen; ya te lo había avisado y no sé a qué viene esta insistencia, salvo que quieras dejarme en ridículo aquí, delante de los bedeles. Estoy en clase y te ruego que te marches inmediatamente por donde has venido, a ver si soy capaz de recuperar el hilo de la lección. Refunfuñas no sé qué cosa y te largas. De forma milagrosa, antes de regresar al aula han desaparecido de mi cuerpo la angustia y la cefalea. Como para no pensar que hay una relación parapsicológica muy fuerte entre tu presencia y mis malestares. Después de ese incidente todo va bien. Tú te calmas y no me vuelves a sacar el tema, yo cumplo mis obligaciones como padre, Álvaro comulga y Encarna acude a la comida con una sonrisa de oreja a oreja que levanta los ánimos a cualquiera. Muy contenta te veo, es tu saludo a ella. No creas, te responde, yo siempre procuro reírme antes de dar lástima, y además hoy es un día para estar con el jacarandoso subido, aunque sólo sea para que nos vea el niño. Y entonces pronuncias una frase que me choca y descoloca: Pues, anda, habla con tu cuñada, que lleva unas semanas hecho un agonías, más triste que un saco de rododendros mustios. ¡Eres tú quien la sitúas a mi lado para que me alegre la comida! Creo que lo hiciste con alguna secreta intención, para ver nuestras reacciones o por si descubrías alguna frase inculpatoria. No lo sé, pero nada podrías sonsacar donde nada había. El caso es que lograste que el banquete fuera todo lo feliz que no había imaginado. Encarna y yo, de palique para cumplir tus órdenes. Fabuloso. No hablamos desde el año catapún. Es cierto y no me gusta nada. Llámame algún día. No puedo, Encarna; es peligroso. ¿Peligroso? Yo me entiendo. La felicidad dura lo que dura el banquete, porque luego, cuando va a organizarse la jarana de la merienda y nos levantamos los mayores, te digo que me voy, ¿lo recuerdas?, y que acompañaré a Encarna hasta su casa porque tú te quedarás en el restaurante para vigilar a la jauría de invitados que ya comienzan a llegar. Al finalizar, me replicas: ¿Cómo que te vas? Sí, mujer, coín uno de los dos que se quede es suficiente, ¿no se queda también Valen? Sí, pero no es lo mismo. Y de inmediato te sacas de la manga un plan fantástico. Bueno, pensándolo bien, yo también voy hasta casa y me traigo la labor de calceta, que así no pierdo la tarde. Y allá que nos vamos los tres, primero al piso de Encarna para dejarla allí, muy formales, y luego al nuestro, donde me quedaré a trabajar hasta la noche. Tú coges un alfiletero, las agujas y dos madejas, y

vuelves con Valen cuando los niños ya han hecho aviones con todas las servilletas de papel y los bollitos de leche sirven de bombas a discreción contra alguno de los dos bandos organizados: uno, los de Alvarito, que reúne a sus incondicionales, y el otro, los de Carmenchu, que abandera a todas las chicas y a Fermín Arteaga, que se pilla un berrinche con el resto de chiquillos porque en clase se ha chivado de un compañero que dibuja un cerdo con gafas en la pizarra a la hora del estudio y le pone debajo: *El profe*, que me da a mí la nariz que fue Alvarito. No porque el niño sea travieso, que no lo es, sino porque como esa semana tiene la primera comunión, se siente capaz de todo creyendo que no lo van a castigar. Y, es verdad, porque quien se come el marrón aquella tarde con una hora de estudio suplementaria es Fermín Arteaga. Y claro, como es costumbre, a mí no me dicen nada, para que no me altere con el muchacho. Pues mira lo que te digo: Me alegro de que me lo ocultéis, y me alegraría mucho más si hubiese sido Alvarito el del cerdo con gafas, que seguro que es por don Hermógenes, el de gimnasia. La astenia me provoca cambios en la manera de pensar, por ejemplo, en la aceptación del gamberrismo como forma de protesta, algo que he odiado toda mi vida. Mira tú qué pavero. Ni que decir tiene que en la comunión no hiciste calceta, ni diste un punto del derecho, ni un punto del revés.

XXX

AL VIVO TODO LE FALTA, AL MUERTO TODO LE SOBRA

Aquella anochecida, cuando nos cruzamos en el portal y apenas te dije adiós, estaba realmente mal. Mis fuerzas para combatir la depresión se habían terminado. Estaba agotado y comenzaba a pensar que realmente no hay nada a mi alrededor que me anime a tirar del carro y que lo mejor era dejar de sufrir. Como no vienes y los niños pequeños están con el abuelo, tengo ocasión de rumiar en solitario todo lo que me pasa, mi desesperación y mi abatimiento, tanto que decido armarme con un cuchillo de la cocina. Quiero hacerme dos cortes limpios en las venas, desnudo, metido en la bañera con agua tibia; pero se ve que estoy menos abatido de lo que supongo, porque cuando me veo allí, muerto y desangrado, imagino que el primero en entrar en el cuarto de baño podría ser uno de los niños y entonces doy un respingo que me sobresalta. Al instante vuelvo a guardar el cuchillo en el cajón. No soy un suicida. Soy un hombre tocado que necesita ayuda. Corro por el pasillo sin dar tiempo a que nuevas ideas se apoderen de mi mente y descuelgo la guía telefónica. Galera… Galindo… Gálmez… Gancedo. ¿Está el doctor? ¿Es usted? Soy Mario Díez Collado. Sí, nos conocemos de vista. Comprendo. Ya no tiene enfermera, pero yo necesito hablarle con urgencia. Quizás he retrasado la visita, pero, ahora mismo, pensar en que no me recibe hasta mañana… No sé, me parece una lejanía difícil de enfrentar. ¿De verdad? No sabe cuánto se lo agradezco. En cinco minutos estoy en su consulta. Bajo a la carrera, es imprescindible que alguien me eche una mano, que alguien me preste un hombro o me dé un abrazo. Cualquier cosa en la que apoyarme. Recurriría al coño de la Bernarda si en ese momento me lo recomiendan, como hacen en Granada. Tú apareces en el portal justo cuando salgo y nos damos un beso. ¿A dónde vas con esa cara de funeral? ¿Se murió por fin don Nicanor? No, tengo una cita. ¿Una cita? Te dejo con la palabra en la boca y tú siempre creíste que sí, que era uno de aquellos encuentros amorosos con Encarna. Para amores estoy yo en ese momento. Gancedo me recibió muy amable y escuchó mis pesares. Le relaté los meses que llevo con la

cabeza dando tormentos y lo que había intentado aquella tarde de zozobras. Se asustó, claro, pero tuvo muy buenas palabras. Señor Collado, hace un siglo podría decirle que estábamos ante un problema muy grave, pero con los avances de hoy en día un cuadro como el suyo no debe pasar de ser un aviso. Un aviso grave e importante, eso sí, y como tal debemos atenderlo, pero si cumple mis indicaciones no dudo de que pronto lo verá como agua pasada. Le explico lo que vamos a hacer, pues creo que lo mejor será que usted esté al tanto de todos los pasos. No suelo ser tan explícito con todos los pacientes, pero dadas sus características es muy conveniente su implicación directa en la terapia. Iniciaremos un tratamiento con fenelzina. Es un antidepresivo, un inhibidor muy moderno que viene a sustituir otros que presentan ciertos problemas de efectos secundarios. La fenelzina, en los años que llevamos recetándola, no nos ha mostrado ningún inconveniente, aunque ya digo, no hay una gran experiencia sobre el largo plazo. No obstante, sepa que siempre estaríamos hablando de varios años. ¿Qué opina? Yo estoy dispuesto a todo, doctor Gancedo. Máxime a partir de hoy, cuando le he visto las orejas a este lobo que llevo dentro. Magnífico, ésa es la disposición necesaria; usted ya ha dado el primer paso para curarse, se le ve con fuerzas suficientes, es un hombre joven y al desear la curación se está ayudando mucho. Le voy a recetar Nardelzine, un producto de Pfizer, una garantía. En la receta le indico cómo ha de administrársela. Aleje el fármaco de cualquier persona que no sea usted y entre diez y quince días me llama para que nos volvamos a ver. No se obsesione con los efectos. Unas personas reaccionan antes que otras, depende mucho de cómo lo absorbe cada organismo, de la alimentación y del tipo de vida que haga. ¿Usted es catedrático, no es cierto? Sí. Ya, demasiadas horas encerrado, sin embargo, no le voy a dar la baja. ¿Le parece bien? Sí. ¿Se ve animado para seguir con las clases? Hasta hoy lo he hecho sin mayores problemas. Bien, pues lo mejor es continuar así, no conviene que se tenga a sí mismo como un enfermo, porque de momento no lo es. Sólo necesita adoptar ciertas precauciones. Convénzase de ello. Yo soy de esa teoría. Otros médicos le quitarían el trabajo de inmediato, pero yo prefiero aguardar los polvos de mayo. Si evitamos la baja, la recuperación vendrá antes y será más profunda. Si durante esos diez días usted nota que se acrecienta la debilidad, o que pierde la batalla contra su cabeza, me llama inmediatamente y lo recibo a la hora que sea, como hoy. Doctor, es usted muy amable. Quisiera hacerle una pregunta. Usted dirá. Ya que la baja no la ve necesaria, me gustaría mantener todo esto oculto a mi familia. ¿A su esposa también? A ella fundamentalmente, pero, en definitiva, a todos, claro. ¿Usted culpa a su esposa de lo que está viviendo? No la culpo, pero, en fin, creo que no podría desligarse una cosa de la otra. Pues no debería. Quiero decir

que para levantar cabeza no es conveniente que centre las causas en una persona, porque aunque en apariencia pueda presentarse ante usted como la responsable de la situación, nunca lo será como su único motivo, y a veces, ni siquiera como causante real en ningún grado, excepto en algo que parece indudable. A usted su mujer no le ayuda a recuperar el ánimo. Aun así, por un lado circula nuestra percepción y, por otro, la realidad. Además, teniéndola al tanto podría ofrecernos una colaboración valiosa para… Insisto, doctor, desearía que se quedase completamente al margen de esta visita por razones que, si lo considera necesario, le explicaré en su momento. En todo caso, si usted ve que empeoro, revisaría mi postura. Entiendo. Está bien, no le diga nada. Desde luego que quiero escucharlo. Todo a su tiempo, pero permítame que le pregunte: ¿cómo justificará las pastillas ante ella? Ya lo pensé, compraré un protector estomacal y le diré que me lo han recetado contra los ácidos del reflujo causado por una hernia de hiato. Veo que no ha tardado en preparar una estrategia… Eso también es buena señal. Se nota que domina en usted la cabeza y no al revés. Al hablar con usted he recibido un gran consuelo, doctor Gancedo. Nos despedimos, paso por la farmacia y me hago con los comprimidos, con el Nardelzine y con el protector. Cuando vuelvo a casa me recibes con la cara larga. Una de esas caras que pones en las peores ocasiones, Carmencita, una cara que por sí sola me intimida bastante. Ha sido una ausencia de tres cuartos de hora, el tiempo exacto, según tus cálculos a bulto, para mantener una relación sexual, lavarme, secarme y regresar. Se te ha metido entre ceja y ceja y a ver quién es el guapo que te lo saca sin poder confesar la verdad, todo un ejercicio de equilibrio para una persona derrumbada como estaba yo en esos momentos. Vengo del médico. ¡Sí! ¡Del médico! ¡A estas horas nadie va a un matasanos, Mario, no me tomes por tonta! Es la disculpa más estúpida que he escuchado nunca. Me buscas restos de carmín por la cara, como esos labios que les pintan a los monigotes en los tebeos, y es entonces cuando me pongo todo lo serio de que soy capaz. No irán los demás, pero yo sí he ido. Al doctor Gancedo, en concreto. Una persona muy amable que no ha tenido inconveniente en verme fuera de las horas de consulta. ¿Y qué tienes? Gancedo es psiquiatra. ¿Un ataque de maulitis? ¿O se te cayó la paletilla? Algo de eso, no te creas; me ha subido una gran acidez de estómago que me quita las ganas de bregar. ¡Por un poco de acidez nadie ha dejado el trabajo! Por supuesto, yo no voy a dejarlo, no te preocupes. Gruñes, pero te tragas la bola, tal como es mi deseo. La bola a medias, porque casi todo es cierto. A partir de ese día me impongo una serie de restricciones para que los costes de Gancedo y de la medicación no repercutan demasiado en casa, y muy mal no lo he debido hacer, porque ni te has enterado. El Nardelzine actúa de

una forma realmente milagrosa, pues antes de los diez días mejoro de manera ostensible, de modo que vuelvo a la consulta más animado. Me encuentro muy aliviado, doctor; como de la noche al día. Estupendo, me dice él, eso es señal de que hemos dado con el diagnóstico acertado y el remedio correcto. Seguiremos así una temporada hasta que podamos rebajar la dosis, señor Collado. Como habrás calculado por lo que te cuento, estamos hablando de hace tres o cuatro años, y, en efecto, en cosa de un mes o así me redujo la dosis y todo va canela en rama durante casi un año. Entonces intento retirarme la medicación por completo, pero sufro una recaída, de modo que vuelvo a los niveles en los que la había dejado. De nuevo me estabilizo y todo transcurre con muy buenas sensaciones hasta que un día me llama Gancedo y me cita en su consulta. La llamada no me gusta nada, ni por el tono que emplea, ni porque se adelante a la fecha concertada para vernos, así que soy yo el primero en hablar. ¿Malas noticias, no es cierto? No son buenas, pero tampoco son horribles. Si le parece bien, voy a ponerle al corriente de todo lo que está pasando y luego tomamos decisiones. Lo que usted considere. Pues sí, lo mejor es que procedamos en ese orden. Le pongo en antecedentes. Hace un tiempo que nos han prevenido sobre el uso prolongado de la fenelzina. Se han observado peligrosos efectos secundarios si no se elimina la ingesta simultánea de una lista de alimentos, que ni en nuestro caso ni en ninguno de los pacientes tratados con este antidepresivo hasta ahora se había previsto. La lista es tan extensa que me ahorro la necesidad de leérsela, porque sé positivamente que ha venido tomándolos, ya que son tan elementales como el queso, el vino y muchas frutas. ¿Cuáles son esos efectos secundarios? ¡Yo me encuentro perfectamente! Se lo diré en corto y en directo. La fenelzina inhibe la absorción de las monoaminas de todos esos alimentos. Tras una administración prolongada, el riesgo de padecer accidentes vasculares aumenta de forma extraordinaria, con lo cual el paciente se convierte en un firme candidato a sufrir infartos o colapsos cerebrales repentinos, sin síntomas previos que puedan ayudar a detectarlos. Me está diciendo que soy una bomba andante, que cualquier día haré bum y adiós. No, don Mario, no es eso. Le estoy diciendo que tenemos que cortar radicalmente la medicación porque se ha creado una situación de riesgo. Ahora bien, no tiene por qué pasar nada de lo dicho. Siguiendo con su símil de la bomba, es como recorrer un terreno minado con una venda en los ojos detrás de quien las va poniendo. Quitémonosla para saber dónde las entierra y poder caminar por otro lado. El terreno seguirá minado, pero habremos reducido las posibilidades de pisar una espoleta explosiva. Bien, creo que lo he entendido, le digo convencido de que me desahucia en diferido. ¿Hay alguna alternativa para lo que padezco? No sé si sigue confiando en

mí. Algunos pacientes como usted han preferido recurrir a otros colegas. Estoy hablando con todos y esta misma tarde me lo han dicho ya dos de ellos. Me sorprende su sinceridad. Mejor dicho, me conquista. Es muy honrado por su parte advertírmelo y voy a corresponderle con la misma franqueza. Estoy convencido de que me receta sin saber nada de lo que ahora se descubre, por lo tanto no tengo ningún motivo para no seguir confiando en usted, así mismo se lo digo. El hombre se emociona e incluso veo que le asoma alguna lágrima. ¡Diantre!, me admiro en silencio. Soy yo a quien avisan de que está al borde de la muerte y el que se sobrecoge es el médico. Eso certifica que Gancedo es una excelente persona y que si fracasa es porque no hubo forma de evitarlo. Hay un principio activo, metilfenidato, que supera con ventaja lo que viene tomando. Le asombrará saber que gente de la profesión médica se ha aficionado a él por las similitudes que guarda con la cocaína, incluso se barrunta que puede llegar a ser tan adictivo como ella. Yo mismo soy consumidor ocasional cuando vienen mal dadas. Con prudencia, pero sin rechazo. Se lo confieso, don Mario, para que vea hasta qué punto le agradezco su confianza y le animo a seguir encomendándose a la farmacopea. Siempre hubo rectificaciones, pero jamás se dejó de avanzar. En este campo se producen mejoras día tras día y pronto dispondremos de algún medicamento que esté libre de adicciones y de efectos secundarios, pero de momento todo es muy especulativo. Usted sabe que la cocaína se viene utilizando desde el xix para estos tratamientos, con la misma largueza con la que hoy echamos mano de la codeína para otras necesidades. Freud se enganchó creyendo que era inocente y uno de sus amigos, el conocido Ernst von Fleischl-Marxow, murió a los cuarenta y cinco años, posiblemente por curar así sus tristezas. Todo es química. No pretendo ocultarle nada, ni dejar de prevenirle. Lo suyo, don Mario, es un fallo en los transmisores de la monoamina y eso se combate con más química. Así de sencillo. Usted le echa la culpa a su mujer, y yo no digo que no haya influido en su decaimiento, pero si lo reducimos todo a su última expresión, que también es la primera, hemos de concluir que se trata de un juego de correspondencias químicas en un complejo mecanismo de carne y nervios. Y Gancedo añade que él podría dedicar a mi depresión cientos de sesiones, o miles, y yo encontraría alivio o no, pero me saldría más caro, consumiría mucho más tiempo y jamás me libraría de ella, porque mi cuerpo ha iniciado una disfunción irreversible para los medios actuales. En el próximo siglo, a saber dónde podremos llegar. Le parecerá cínico, cruel o despiadado -me dice Gancedo para terminar-, pero lo único que funciona es la química. Me levanto. Se levanta. Nos damos un gran abrazo, como si dos amigos hablasen de sus cuitas, y salgo por la puerta tan decaído como no lo había estado

al principio. La he cagado. Llevo en mi cuerpo la espoleta de la muerte, pienso nada más verme en la calle. Las ideas me vienen a la misma velocidad con la que se van, y aparece el caos. Me agarro a las palabras de Gancedo. Todo es química y, por lo tanto, también ella puede ayudarme a no caer en el vacío absoluto, porque si antes creo que puede diagnosticarse como una depresión, ahora, sabiendo que he hecho oposiciones para detonar en cualquier momento, mi cabeza no podría soportarlo. Llego a casa. Hablamos. Me dices que un niño le ha pegado a Aránzazu en clase porque le gusta y ésa es la manera que tiene el animal de expresar su amor por nuestra hija. Me entran ganas de ir al colegio y tirar al niño desde el último piso; así, plof, para que aprendas, imbécil. No, no lo haré, claro. Me debo a la cultura y me han enseñado que no se puede tratar a las bestias siendo como ellas, los más zafios del lugar. Aránzazu, mi amor, ¿te ha hecho mucho daño? Sí, papá, me pegó con su cartera en la cabeza y después me dio una patada, pero me escapé y él también salió corriendo. Necesito abrazarme a la niña para que no me vea llorar, porque en ese momento mis ojos son dos fuentes incontrolables. Nos quedamos así un buen rato, hasta que se quiso separar y yo la retuve, porque no había acabado. Y tú: ¿Pero qué hacéis? Venga, venga; no dramatices, que ella también le cosca a una compañera. ¡No es verdad, papá! ¡Nos peleamos una vez, pero yo no le pego! Me puse de pie y salí del comedor. Creo que logré taparme los ojos sin que se enterase. Si un niño ve las lágrimas de sus padres, es una tragedia. Si ellos, que son mis padres, personas mayores y muy fuertes, lloran, ¿qué me queda a mí por hacer? Es para sentirse muy desvalido, así que lo mejor era que nadie conociera mis lamentos, mezcla del amor a la niña y de lo que acabo de escuchar. Aquello fue definitivo para decidir que sí, que tomaría lo que me ofrecía Gancedo. Ni siquiera es un preparado comercial. Yo creo que era un comistrajo entre boticarios, pero no veas qué resultados, Carmencita. Desde el primer momento me comía el mundo. Tú me lo notaste. ¡Mario! ¿Qué has bebido que no paras de reír? A esbozar alguna sonrisa le llamas tú el despiporre; pero, bueno, en mí es así, lo admito. No había estado tan eufórico desde que sacara las oposiciones, o cuando publiqué el primer libro y te invité a gambas, mientras tú no entendías que por un montón de hojas encuadernadas, de las que yo ya sé de antemano su contenido, pueda saltar de contento. ¡Y sin dibujitos en la portada! Volví a verme con Gancedo y me bajó la dosis. Tampoco hay que pasarse, me comentó. En la tertulia soy el más dicharachero. Don Nicanor se muestra encantado. Andabas de capa caída, pero se te ha borrado la tristeza de golpe, *Au revoire, tristesse*, me dice con ese guiño a la Sagan. Y es cierto. Voy a celebrarlo con los amigos. La vida, aunque sea corta, es vida hasta el rabo. Cómo será la reacción que estoy decidido a atenuar

mis críticas hacia ti. En realidad, me digo, estamos rodeados de mediocres por todas partes, Carmencita. La existencia se reduce a ir de un zopenco a un mediocre, por eso cuando encuentras una persona que merece la pena, te gustaría acapararla. El mediocre del camarero me pregunta qué va a ser, como si alguna tarde en los veinte años que me conoce le hubiese pedido otra cosa que no fuese un café con gotas. Café con gotas, Saturnino, que no te enteras. Va para un cuarto de siglo que tomo café con gotas de ron negrita. El hombre abre los ojos al comprobar que me meto con él por primera vez en mi historial de cliente. Algo está cambiando. Saturnino nació tonto y sufre recaídas. Fíjate en el cazurro de don Nicanor. Es un mediocre integral. Toda su puñetera vida presumiendo de republicano federal como si fuese un título de la Sorbona y sin dar palo al agua. Ni mucho menos, un palo al general, que vive tan feliz en El Pardo. ¿Republicano federal? ¡Majadero universal! El mediocre chupatintas de Moyano, que se cree alguien porque acude a la mediocre tertulia de don Nicanor para decir cuatro sandeces cada tarde y salir de allí convencido de que ha estado a la altura de los discursos de Platón. Recuerde, don Mario, nuestras verdades como puños apenas son un meñique para los otros. ¿Y Aróstegui? Ése no es poeta ni es nada. Lo que pasa es que tiene buenas agarraderas, se mueve bien por los ateneos y supo qué palos tocar. Como que dos meses antes publicaba en *El Correo* una crítica muy elogiosa al poemario de Sánchez Tilde porque sabe que ese año va a ser jurado. Mediocre de mí, que escribo unos libros que son unos tostones y unos artículos infumables que leen cuatro gatos mal contados. Y encima lo hacen para ponerme a parir. Y tú, Carmencita, qué quieres que te diga. Tú eres otra mediocre de mucho cuidado. Una mediocre de categoría sideral. Si quieres, eres el canon de la mediocridad, pero nada más que eso. La cagas a cada paso, como los demás. Mi verdadera tragedia es haber creído que el grupito de *El Correo* éramos distintos y que sólo tú te movías sin muletas en el reino de los cojos. Como te decía antes, esto es lo mismo que España, donde todos se creen los más listos, cuando la clave de la felicidad es otra y no van por ahí los tiros… Lagarto, lagarto. La vida no es una competición para ver quién machaca a quién, ni una carrera para estar encima y ser tú el que abusa, como parecen reclamar muchos de los míos que todavía conspiran por las esquinas augurando revancha en cuanto tengan ocasión. Ya veréis cuando dé la vuelta la tortilla, dicen para certificar su bajeza. Ése es el gran mensaje. Estar arriba para ser más criminal de lo que ahora se acusa a don Claudio. No se complacen en imaginar que cuando dé la vuelta a la tortilla favorecerán más oportunidades para que nos relacionemos mejor y haya más tolerancia. ¡No! Sueñan con machacarlos. Y entonces, ¿qué? Son ustedes tan mediocres o más que su predecesor. Váyanse directamente

a la mierda. Yo he callado mucho y no debería haberlo hecho. Pensé que en boca cerrada no entrarían moscas, pero fue peor: criaron dentro. Creo que lo pagué caro, pero la química que me acerca a la muerte me proporciona ahora una oleada de vida como nunca antes había sentido. De súbito decido anunciarle a don Nicanor que no volveré a escribir en *El Correo* y que mañana llamaré a las puertas de *La Codorniz*. Malo será que no admitan en un rinconcito a un catedrático bromista sin faltas de ortografía. Don Nicanor, quería comentarle un asunto… Dígame, Mario, ¿qué mosca le ha picado? Entonces veo pasar a Encarna a través de la cristalera. Dejo a don Nicanor con la palabra en la boca, me despido zumbando del grupo y corro tras ella. ¡Encarna! ¡Mario! ¿Sucede algo? No, ¿por qué? Como vienes dando voces… Es que te vi desde la cafetería y… salí a la carrera. ¡Córcholis, cuánto me alegro! Pues tú dirás. ¿Puedo acompañarte? ¡Mario, qué cosas tienes! ¿Desde cuándo me pides permiso para acompañarme? Somos cuñados. Más que cuñados, diría yo. ¿Lo has olvidado? Tienes razón. Estos días la cabeza me da vueltas y no sé ni lo que digo. Pues céntrate, que no viene el lobo. ¿Quieres que tomemos algo? No, gracias; estaba en la tertulia, ya te digo, y habría terminado mi café, a no ser que tú… No, no; yo tampoco. No soy de tomar entre horas, ya sabes. Sí, sí, lo sé perfectamente, pero uno se aturulla, olvida las cosas, se le acelera el pulso y está muy torpe con la lengua en algunas ocasiones. ¡Ahí va! ¿Y qué ocasiones son ésas? Pues, por ejemplo, cuando un hombre tiene que decirle a su cuñada que le gustaría acostarse con ella. Ése es un momento muy embarazoso y es el que yo estoy viviendo ahora mismo. ¡Mario! Dime, Encarna. Nada. Que me has sorprendido. No esperaba…, ¿cómo podría imaginar… eso? Y luego de un silencio que se escucha en toda la calle, Encarna lo rompe deliciosamente. Pero lo cierto es que yo también lo deseo… Sí, desde hace tiempo, desde que sacaste la oposición o por ahí; aunque no sé yo si… Si tú lo deseas, basta. Nada más debe importarnos. Ni el mundo, ni los mundanos. Me importas tú, y el resto, que con su pan se lo coma. Encarna me mira y se azora, pero calla, que es lo que yo demando entonces a la fortuna. Calla y se encamina hacia su casa. La sigo y me sitúo a su altura. Nuevo cruce de miradas. Se sonríe. Para qué hablar. Habría deseado prolongar ese paseo por el agradable temblor que me sube desde el estómago y por los aromas que me inundan el paladar con sabor a *rouge* y a Maderas de Oriente, que es su perfume desde que era novia de mi hermano. Cuando llegamos al portal hay una vecina que nos mira, y nos acercamos. Me la presenta. Mira, Mario, ella es doña Sole, de la que tanto te hablé por los muchos favores que me ha hecho a lo largo de estos años. No es cierto, jamás supe de su existencia, ni por Encarna ni por Elviro. Doña Sole, le presento a Mario, el hermano de Elviro,

seguro que le hablé de él en más de una ocasión. Por supuesto y, además, ¿quién no conoce a don Mario en la ciudad? Encantada. Mucho gusto. Viene a buscar papeles de la familia. Asuntos que quedan sin resolver. Nos giramos y subimos a su piso. Ha estado de fábula, Carmucha. No sé lo que habrá pensado doña Sole, pero ha sido un ataque frontal, sin concesiones a las dudas. Los problemas hay que enfrentarlos de cara y dejan de ser problemas. Se lo digo en las escaleras. ¡Qué maniobra! ¡Como Juan de Austria en Lepanto! Ella había analizado el peligro que corríamos y las ventajas de la estrategia. Doña Sole es una lercha y una juzgamundos, por lo que hablará lo que le dé la gana, pero al menos así sabe que eres de la familia y que nadie trató de ocultarse. Encarna entreabre la batiente y se encamina hacia el interior del pasillo. No la dejo. La agarro de un brazo y la atraigo hacia mí, mientras cierro suavemente la puerta con el tacón del zapato, como en las películas, te lo aseguro. Es el primer beso, completo, rotundo, buscándole sus labios con los míos. Es un minuto o más en el que nos estrellamos uno contra otro. Sabía que besarías así, me dice quitándose los zapatos para avanzar en silencio hacia la habitación. Yo no llego a su dormitorio sin haberla abrazado de nuevo, ahora por detrás, directamente por los pechos. Me vuelvo, caemos en la cama, ella se ríe del cirio que estamos armando porque somos poco prudentes con los ruidos y lo hacemos sin límites, como soldados de permiso, sin dejar un rincón de la piel que repasar, aunque sólo estemos iluminados a moco de candil por los agujeros de la persiana a medio bajar. Luego, nada más consumar el sexo, porque es lo que fue, reiniciamos de nuevo el ritual; entonces con sosiego, dándole el tiempo oportuno a cada caricia, despacito y buena letra. No pienses que te he mentido. Nunca antes habíamos estado juntos, nunca lo planificamos ni nunca lo repetimos. Di tú que lo último no estaba previsto en el guión. Cuando salgo de su casa los dos tenemos en la cabeza el convencimiento de que ha sido una primera vez de otras que vendrán, porque nos sentimos unidos como si yo fuese quien se había casado con ella, y no Elviro. Pero qué se le va a hacer. A los tres días me da el tantarantán y todos nuestros planes de infidelidad flotan alrededor como mariposas liberadas de una jaula a la que jamás podrán regresar. La sentencia de Gancedo me alcanza mucho antes de lo que él había pensado y mucho antes de lo que yo hubiera podido imaginar, pero al menos me permite estar una vez con Encarna, casi *in extremis*, casi *in articulo mortis*. No se lo tengas en cuenta a ninguno de los dos, por favor. Ni a Gancedo, por proporcionarme la sustancia que me anima a dar el paso; ni a Encarna, por aceptarme en su cama. Yo le prometí que no te lo diría, como todo lo que callé hasta hoy, pero no podía sospechar que mi marcha definitiva iba ser tan inmediata, ni que sería posible mi regreso en traje de fantasma. Y, mucho menos,

que estaría bajo esta maldita censura que nos impide mentir a conciencia y que me ha obligado a cantar de plano. No sé cuánto tiempo terrenal ha pasado desde el frémito que anuncia mi muerte, pero estoy seguro de que es el suficiente como para haberlo olvidado. Cuernos de muerto no son cuernos ni son nada. Destruye mi cenotafio, si me levantaste alguno, que lo dudo, y en el caso de que hoy despiertes de muy mal humor, procura que no lo paguen los niños, que quizá ni siquiera vivan ya contigo, ni sean niños, sino hombres y mujeres hechos y derechos. Haz todo lo posible para que se conviertan en personas menos mediocres que nosotros. ¿La niña ha ido a la universidad? No, seguro que no. Pero da igual. Que se quieran y se ayuden, aunque cada uno piense lo que le dé la gana de los otros cuatro. ¿Son buenas personas? Seguro que sí. En cuanto a mí, no creo que me den otro permiso. ¿Para qué? Ahora sabes lo que tenía que decir después de escucharte durante veintidós años, siete meses, doce días y cinco horas. Permíteme pensar que empatamos. Así que, en paz, y abracémonos como en Vergara, aunque te sepa a poco el achuchón de un espíritu incorpóreo.